

Norman Cruz

BAIGORRITA

Responso para
un etnocidio



Baigorrita
Responso para
un etnocidio

Norman Cruz

Baigorrita
Responso para
un etnocidio

e-libro.net

*Esta obra también está disponible en su versión en papel,
bajo la modalidad de impresión “a pedido” (solicítela
a produccion@e-libro.net).*

Diseño de portada y arte: Lato

© 2006, Norman Cruz (normancruz0@yahoo.com.ar)

© Primera edición virtual y en papel, E-Libro Corp./
El Cid Editor/e-libro.net, Estados Unidos y Argentina,
noviembre de 2006

ISBN 1-4135-3644-1, de la edición virtual
ISBN 1-4135-3645-X, de la edición en papel

AGRADECIMIENTOS

Al P. Meinrado Hux, al Dr. Jorge Luis Rojas Lagarde y al señor Carlos Antonio Moncaut, por brindarme generosamente aportes valiosísimos.

Al estimado antropólogo Miguel Palermo, por su ayuda en la investigación bibliográfica cada vez que se lo pedí.

Al gran narrador y amigo Andrés Rivera, cuyos demoledores análisis forzaron reiteradas reescrituras.

Al poeta Rodolfo Ramírez, de cuya amistad abusé para evaluar el efecto de esta obra sobre un prójimo selecto.

Al compañero y geógrafo Gustavo Buzai, por distraer su valioso tiempo en realizar el cartograma que enriquece el Apéndice.

A María Rosa Lojo, quien, sin conocerme, hizo una lectura crítica del texto y me brindó su aliento y apoyo.

A los autores (escritores, científicos, compiladores, investigadores, militares), de ayer u hoy, a cuya labor debo esta obra; sobre todo, a aquellos cuyos textos transcribí literalmente sin permiso ni vergüenza.

PREFACIO

ESTE libro empezó a gestarse en mi conciencia mientras leía estos sucesos desde la óptica de los perseguidores, a través de partes militares, etc. Sentí entonces la íntima necesidad de presentarlos desde el punto de vista de los perseguidos. Eso exigía recrear la realidad del pueblo *rancülche* bajo condiciones tan extremas. Como esa realidad era (es) un mundo incognoscible, sólo la ficción podía permitir tal recreación.

Por eso esta narración literaria invita al lector a compartir con este pueblo esa terrible persecución de nueve meses que son el reverso de una gestación: en lugar del crecimiento desde la nada hasta el nacimiento, la degradación del ser hacia la extinción, la nada. He debido crear personajes, relaciones, y dotarlos de sentimiento y sentido, a partir del cuadro global de los hechos tal cual los conocemos por la pluma de sus adversarios, para poder armar el cuadro social y familiar. Pero jefes, itinerarios, sucesos, hostilidades y escaramuzas se ajustan estrictamente a la documentación bibliográfica a que pude acceder.

Incluso, cuando me pareció conveniente o necesario intercalé en el texto citas tomadas de dicha documentación, animado por el doble propósito de aportar al lector datos auténticos sobre los hechos y de valorizar el texto con muestras del discurso de los perseguidores que, en mi opinión, vale la pena conocer.

Así, esta narración apoya un pie en la narrativa y otro en lo documental, combinación infrecuente pero que, a mi juicio, enriquece mutuamente ambas vertientes.

Para aclarar cualquier duda o interrogante, recomiendo al lector recurrir al **Apéndice**. El mismo está compuesto por seis secciones:

1. Advertencias.
2. Vocabulario de términos *mapuche* utilizados en el texto.
3. Nombres de personas y topónimos en la lengua de la tierra.
4. Publicaciones de las que transcribí fragmentos a mi texto.
5. Bibliografía selecta.
6. Cartograma del escenario de los acontecimientos.

La lectura del primer punto, “Advertencia”, antes de entrar en el texto de la novela puede ayudar a comprenderlo mejor.

EL AUTOR

Renacuajo Chico atraviesa a todo galope el atardecer, brumoso y casi tibio, hacia al paradero llamado Donde Hay Divisadero, guiado por el banco de humo que asciende desde los restos de cuero carbonizado de una *ruca* donde la viruela ha terminado hoy con el último habitante. Sostenido en el aire, paulatinamente quieto, llega desde la distancia el plañir indistinto de otros apestados, respunteado por las espaciadas y potentes preces que la *machi* Volaba Planeando de Otro Modo profiere, con voz ronca y chillona, para conjurar la ominosa ofensiva del *gualichu* que tanta muerte está causando.

Pero a Renacuajo Chico lo afligen otros apremios. Su azulejo desparrama ovejas a su paso, entre protestas e insultos de mujeres y chicos, y salpica de espuma a los perros pastores que intentan garronearlo. Sin acortar la rienda, rodea el carromato de un mercachifle, distrayéndole la clientela femenina a quien intenta vender sus baratijas, y va a sujetar brutalmente ante la *ruca* del jefe Diez Aguadas, haciendo sangrar la boca del azulejo en medio de un torbellino de polvo que se traga la ima-

gen de corcel y jinete. Enmascarado de sudor y de tierra, el joven salta desde el recado fuera de la espesa nube y se zambulle en la oscuridad de la *ruca*, gritando:

—¡Apresaron a tu comisión, Diez Aguadas!

El destemplado anuncio rebota en las paredes de cuero. Solo, un hombre atlético, vestido de chiripá, bota fuerte y camisa fina, sentado cerca del fogón central, sin sobresalto aparente aparta la mirada de las riendas que desvira a cuchillo, alza la cabeza con un gesto que echa a la espalda la recia cabellera retinta sujeta con vincha de lana multicolor y escruta al recién llegado. Renacuajo Chico es blanco y viste como tal, desde las botas hasta el sombrero desteñado y polvoriento que corona su ondulada melena oscura, pero ha adoptado depilación facial, aros, collar y otros usos de los *rancülche*. Diez Aguadas aspira profundamente el humo de un chala corto y grueso antes de quitárselo de la boca para decir con parsimonia:

—Éste no es modo de entrar, hijo. Es mucho el apuro que traes.

—¡Es que los *güinca* apresaron la comisión que enviaste a buscar las raciones!

—Y quién hizo eso...

—Dicen que Roca Chico les tendió una trampa y los agarró.

Villa Mercedes, octubre 23 de 1878

AL SEÑOR GENERAL ROCA

En cumplimiento a las órdenes de V.E. he tomado presos a la comisión del cacique Baigorrita, compuesta de 94 indios de lanza, 8 mujeres y 6 muchachos.

Es indudable que los ranqueles tienen el propósito de romper la paz, y me confirman de esta desconfianza no solamente las recientes invasiones que han tenido lugar en la estancia de los Olmos, a diez leguas del Río Cuarto, de donde se han llevado 400 yeguas, la muerte de nueve vecinos en las sierras, y la de La Carlota en estos días, sino que el cacique Epumer, que indudablemente es el que ha fomentado estas invasiones, me escribe diciéndome que no marchará su comisión a recibir las raciones hasta no ver que se haya despachado la de Baigorrita.

Además de los 94 de la comisión se han tomado 25 indios, que estaban en ésta por negocios, lo que hace un total de 119 indios de pelea.

Serán bien tratados como me lo recomienda V.E.

Rudecindo Roca, Teniente Coronel

Diez Aguadas, llamado por los blancos Baigorrita, vuelve su atención, en aparente calma, al pucho deforme y a las riendas. Desorientado, Renacuajo aguarda. Por fin, envuelto en el humo del tabaco, el jefe murmura bajo, casi para sí:

—De él no desconfiarían. Ni yo hubiera desconfiado...

Una mujer aparta la manta que cierra su compartimiento y asoma la cabeza rubia, de rostro muy blanco pero curtido.

—¿Qué son esos gritos?

—Es que la comisión... —empieza a explicar Renacuajo Chico, pero Diez Aguadas lo interrumpe.

—Dile a Viejo José que venga en seguida y avisa a mis jefes lo sucedido; que vengan aquí mañana temprano.

El joven sale; la mujer se acerca a Diez Aguadas.

—¿Qué decía Renacuajo Chico, Manuel?

Él, en silencio, se concentra en su trabajo. Pero a ella le basta verle los ojos para comprender que algo muy grave sucede.

—Manuel, debes decirme lo que pasa.

El tono casi casual de Diez Aguadas contrasta con lo que dice.

—Roca Chico apresó la comisión que mandé.

—¡No puede ser! El *comandante* dijo que... Voy a buscar la carta que te envió.

—No hace falta, *Marí*. Me la dijiste tres veces, y dos más el Viejo José.

Marie lo escruta entre herida y molesta.

—¿Te la hiciste *leer* con él? Desconfiaste de mí...

—El sabe mejor la lengua de los *güinca*. Tú sabes tu lengua.

—¡*Leo muy bien l'espagnol!* —protesta ella, y en su enojo no responde en el habla de la tierra, sino en español y francés. El insinúa casi una sonrisa al preguntar, también en español:

—Qué vos diciendo, *Marí*.

Y vuelto al talante grave, concluye en su lengua:

—Sabes que yo no hablo lengua *güinca*, mujer.

Amoscada, se queda con los ojos muy abiertos absortos en las brasas del fogón, las manos entrelazadas sobre el maltrecho vestido europeo. Tras un silencio largo, reflexiona en voz baja:

—Pero casi no hay comida, Manuel. ¿Qué vamos a comer sin esas raciones?

La forzada calma del jefe se agrieta. Avienta lejos el pucho, y un destello homicida le cruza los ojos.

—¡Perros *güinca!* —murmura roncamente—. Hice cumplir el tratado, y ellos...

Marie, inquieta, lo mira levantarse y zaquear hasta el fondo de la *ruca*, donde pateo a un cuzco desprevenido; después, mientras se va dominando, vuelve por la línea de puntales hasta una horqueta de donde descuelga la primorosa alforjita tejida que usa como tabaquera. Hurga en su interior y se la arroja con fuerza:

—¡Acá no hay ni un cigarro! ¡Quiero fumar!

En sumiso silencio, ella va por chala a una de las habitaciones tabicadas con mantas, vuelve a sentarse a la luz del fogón y empieza a armar toscos cigarros. Le alcanza el primero. El se acucilla, toma un tizón y lo enciende con largas chupadas. Ella añade unas astillas al fuego. Tal vez inducido por el chisperío que se le refleja en los ojos, él monologa:

—¡Perros!... Es cierto. No tenemos casi nada. Confiaba en que esta vez cumplirían el tratado. Trabajamos tanto con Dos Zorros para convencer a la gente de que había que hacer la paz con *Güenusai*... Era distinto cuando vivía Zorro Igual al Puma, el hijo de Zorro Celeste, que tan bien nos conducía por el camino de la paz.

Se queda unos momentos caviloso; cuando vuelve a hablar, la ira contenida le va enronqueciendo la garganta.

—Siempre nos han dado terneros flacos por vacas, harina agorgojada, aguardiente aguado, tabaco ardido, yeguas de menos... Ya no les basta con eso. Ahora quieren matarnos de hambre, y me provocan a pelear apresando a mis embajadores.

Exaltado por sus propios dichos, termina bramando:

—¡Ese traidor Roca me ha quitado a mi cuñado Pedernal Dorado, mi *escribano*, mis intérpretes, mi *corneta*... muchos amigos!

—Yo seré tu *escribana*, Manuel.

Él se cierra, y quedan callados.

El espeso y desusado oasis de quietud naufraga en el bullicio habitual de la *ruca* a medida que ésta vuelve a llenarse de gente. De regreso de una excursión en busca de leña y agua van entrando esposas, concubinas, proles y cautivos, seguidos por un reguero de perros. Desenganchan de la frente las fajas con que sujetan las cargas y las van echando por tierra sin cuidado: ya saben la mala nueva. Ni una lágrima corre por el rostro enérgico de Rifulgente Lucero de la Tarde, la amatronada y sensual mujer principal de Diez Aguadas, al saber que su hermano Pedernal Dorado, embajador plenipotenciario de su marido, está prisionero. Pero los soeces insultos con que suelta las riendas de su furia contra los blancos llegan nítidos hasta el carro del mercader, de pronto sin clientela. Los estridentes lamentos de los parientes de otros capturados, que se van enterando del suceso, contaminan de resentimiento el crepúsculo sereno.

Marie se agacha para recibir entre sus brazos a Cabeza Amarilla, hija de Diez Aguadas, que se desprende corriendo del pelotón de niños. El padre, nimbado en el humo azul del tabaco, al contemplar las rubias cabelleras de la mujer y la niña vuelve a pensar que parecen madre e hija, aunque ningún parentesco las una. Luego sigue con la mirada el inseguro claveteo de los tacos altos de Marie, ya muy chuecos, en el suelo flojo, mientras se

retiran juntas a uno de los cubículos, y aprecia la diferencia entre este andar y el de las mujeres de su raza, ligeramente lunanco a fuerza de sentarse con ambas piernas dobladas siempre al mismo lado.

La llegada de su secretario José Asteparo, un blanco bajo y robusto que corona su desbordante pelambre gris con un deshilachado gorro de manga de color arratonado, troncha la contemplación. Lo distinguen como *Vuta Ngoché*, José Grande, o Viejo, desde que su hijo, apodado José Chico, empezó a destacarse en los entreveros y como lengua-raz de Diez Aguadas. Habla con el jefe sin protocolo alguno.

—Me ha dicho Renacuajo Chico que han capturado tu comisión...

—Sí... Salgamos, hay demasiado bochinche aquí. Y ya afuera:

—También mi hijo estará entre los prisioneros...

—Sí. A José Chico lo han visto *toro* en la pelea en varios malones. Le tocará lo mismo que a nuestra gente.

José, estoico, baja la cabeza y apenas comenta:

—Avisaré a la madre.

—De paso, mandarás mensajeros a prevenir a las comisiones de Dos Zorros y de Pata de Piedra, que van en camino a buscar sus raciones, lo sucedido con mi comisión.

El viejo sale y él, ya solo, se asoma a la entrada y llama fuerte para rasgar el bullicio:

—¡*Marí!*

Y cuando ella acude:

—Has dicho que serás mi *escribana* y ahora mismo tengo que mandar algunas cartas.

—¿A quien le mandarás cartas?

—Voy a reclamar a ese perro de Roca chico que me devuelva inmediatamente a mi gente si no quiere que arrase la tierra *güinca*.

*

El sol recién nacido fulge en la platería que adorna los corceles atados al palenque de troncos contiguo a la *ruca* del jefe.

Adentro, sentados o echados, varios jefes de lujoso atavío comentan el hecho que aflige a todos. Están allí Jaguar Colorado, Celeste, Fortuna, Ciprés en el Deslinde, Chingolo, Batallón de Pumas, Zorro Sentado, Zorro Batallador, Aluvión, el veterano Lengua Veloz, Cuatro Pedernales, con algunos de sus subjefes. Y varios unidos a Diez Aguadas por lazos de parentesco: sus suegros Uña de Puma y Orador en Funeral, su tío Pluma Pequeña, sus cuñados Negro Tapado y El que Olvida, su hermano Lucho, su medio hermano Seis Cuernos, su yerno Jaguar Azul.

Las mujeres de Baigorrita se agrupan a un costado, silenciosas. Refulgente Lucero de la Tarde vigila con aire severo a los cautivos blancos encargados de la atención de los huéspedes: una mujer joven, muy sucia y desaliñada, a quien llaman Perra Cautiva, con una niñita tan sucia como ella prendida de sus harapos, reparte un poco de chicha con un odre de cuero; un muchacho andrajoso picado de viruelas sirve porciones de carne y zapallo hervidos, y otro más chico alimenta el fuego.

Habla primero Uña de Puma, el mayor de los presentes, y un silencio respetuoso se abre para escucharlo.

—Hijos míos: éste no es un incidente traicionero más, de los tantos a que nos tiene acostumbrados el enemigo. Desde hace tiempo, los jefes de *Güenusai* han querido echarnos más allá de los grandes ríos y quedarse con esta tierra. Ellos quieren toda la tierra. Este Roca Chico nos deja sin raciones y cautiva a la gran embajada, encabezada por mi hijo Pedernal Dorado, que Diez Aguadas envió en su homenaje a recibirlas. Sabe bien que es una gran provocación que tendremos que responder como es debido.

—¡Mi *uùdanpeñi* Diez Aguadas, como buen *an-cagüinca*, es un idiota y un servil con los *güinca*! ¡Debemos reunir todas las lanzas disponibles y marchar a rescatar a nuestros hermanos que ahora gimen en el cautiverio por culpa de su blandura!

Es Seis Cuernos quien interrumpe al orador, supurando su repugnancia al tratar a Baigorrita de “hermano paterno” y “medio *güinca*”. Lucho, también medio hermano de Seis Cuernos y hermano entero del jefe, le sale al cruce.

—Como siempre, Seis Cuernos habla sin saber lo que dice. Como siempre, Seis Cuernos desnuda cuánto envidia a Diez Aguadas. Como siempre, esa envidia, que no lo deja vivir, habla por su boca. Como siempre, Diez Aguadas deberá terminar por cerrarle la boca de un golpe para que calle. ¿No estás harto ya, hermano paterno, de que siempre te pase lo mismo? ¿No aprendes aún que el mejor Seis Cuernos es el que va al frente en la pelea y sólo grita cuando carga a muerte al enemigo? Tu enemigo

no está aquí, Seis Cuernos. Guarda silencio, o yo mismo te haré callar.

Seis Cuernos se precipita sobre Lucho blandiendo su rebenque de pesada cabeza de plata como una cachiporra.

—¡Tú, alcahuete de...!

Pero Diez Aguadas, con un salto prodigioso, le aferra la muñeca, le quita el rebenque, que arroja lejos por la puerta de la *ruca*, y se encara con él. Casi rozándose las narices, se miran en los ojos, acojinados en la cúpula de silencio tejida por los testigos. El retacón Seis Cuernos, forzado a levantar la cara, jadea, estertoroso de rabia, bajo la máscara pétrea donde arden los ojos de Diez Aguadas. Lento transcurre el lapso. Por fin, como un perro que allana las orejas al acatar la supremacía del líder, Seis Cuernos desvía la mirada y sale a recoger su rebenque. Como si nada hubiera pasado, Diez Aguadas pide a Uña de Puma:

—Ten la bondad, suegro, de terminar de desnudarnos tu pensamiento como tan bien lo hacías cuando el molesto Seis Cuernos te interrumpió.

—Te lo agradezco, yerno. Pero debo advertirte sobre Seis Cuernos. Terminará matándote en tu cama...

Una chispa maliciosa cruza por los ojos de su yerno.

—Eso es difícil, suegro. El sueño de mis mujeres es muy liviano, y yo nunca duermo solo...

Todos festejan ruidosamente la salida, y en el grupo de mujeres se entrecruzan miradas halagadas. Afuera, Seis Cuernos mastica su humillación, mientras Uña de Puma reanuda su discurso.

—Digo, hermanos, que mi corazón sufre porque a mi hijo y los demás prisioneros ya los hemos perdido. Mandarán a *Güenusai* como sirvientes a los hombres que no puedan enrolar en su ejército, repartirán las hembras jóvenes para uso de sus oficiales y las viejas a sus soldados, regalarán los niños a sus mujeres para que les sirvan de esclavos...

Restallan gritos e imprecaciones contra los *güinca*.

—Mi corazón también presagia que este es el principio de mucha calamidad. He soñado con terribles malones *güinca*...

Cuando se acallan las reacciones, el jefe toma la palabra.

—Hermanos: tal vez Uña de Puma diga la verdad, pero yo guardo la esperanza de que esta traición haya sido una ocurrencia de Roca Chico, y no una orden de su hermano grande. He mandado avisar a las comisiones que enviaron Dos Zorros y Pata de Piedra a buscar las provisiones que les asigna el tratado para que estén prevenidas. En cuanto tengamos noticias de lo que suceda con ellas resolveremos qué hacer. He dicho.

Buenos Aires, octubre 23 de 1878

AL COMANDANTE ROCA

Perfectamente bien. Mande un muchacho de los tomados, con pliegos a Epumer y Baigorrita, diciéndoles que se toman estas medidas en represalias por robos y muertos cometidos por sus indios y que si quieren vivir en adelante en paz con el Gobierno de la Nación, es necesario que se vengán a situar con sus tribus en los puntos que se les designará, donde se les dará vacas, ovejas y mucho dinero que de otra manera tendrá que

emplearse en someterlos por la fuerza o destruirlos [...] Puede mandar también con el muchacho alguna vieja, si hay en la comisión, que saben tener influencia y puede persuadir a algunos capitanejos [...]

Julio A. Roca

Villa Mercedes, octubre 28 de 1878

SEÑOR INSPECTOR Y COMANDANTE
GENERAL DE ARMAS

Oficial. Comunico a V.E. que en vista de las instrucciones recibidas del señor ministro de la Guerra, he apresado a tres comisiones de indios, pertenecientes a las tribus de los caciques Namuncurá, Baigorrita y Epumer Rosas.

Esta operación no ha podido efectuarse sino después de vencer serias dificultades, pues la mayor parte de los indios ranqueles están vinculados por lazos de amistad y relaciones mercantiles con una mayoría considerable de los vecinos de estos departamentos y de esta villa con particularidad. Las comisiones de [...] Baigorrita y Namuncurá fueron las que se tomaron primero, y [...] no hicieron ninguna resistencia; pero con la gente de Epumer tuve precisión de adoptar otro temperamento, pues habiendo sabido de antemano que venían prevenidos de que se trataba de apresarlos, salí a recibirlos a 2 leguas a vanguardia de esta villa. Así que llegaron donde estaba ordené al capitanejo que encabezaba la comisión que se rindiesen él con toda su gente, a cuya intimación respondieron acometiéndonos a mano armada a cuantos nos encontrábamos presentes, por lo que me vi obligado a emplear la fuerza para contenerlos, lo que logré hasta cierto punto. Pero como la mayor parte se hubiese puesto en fuga en dirección a sus tolderías, desprendí algunas partidas para capturarlos, las cuales, como los indios no quisieron detenerse ni entregarse, hicieron uso de sus respectivas armas, dejando tendidos en el trayecto andado 50 muertos.

El total de lo tomado a las tres comisiones asciende en este momento a 200 indios de lanza, 40 de chusma, 300 caballos y 50 mulas [...]
Rudecindo Roca

*

—Cuatro Machos, hijo de Cuatro Pedernales: ¿acaso no fuiste capturado con el resto de mi comisión en *Merchede*?

—Tu lengua habla la verdad, Diez Aguadas. Roca Chico me ha tenido preso desde entonces. Pero ahora me ha dicho: ve a Donde Hay Divisadero, dile a *Baigorita* que la comisión de Pata de Piedra está prisionera y la de Dos Zorros, que no quiso rendirse, fue anquilada.

—¡Ese perro traicionero!... ¿Cuánta gente le mató a Dos Zorros?

—Dice que más de cincuenta.

La voz del jefe vibra en un acorde grave y roca-lloso:

—Es un asesino traidor parido por brujerías. Cobraremos la sangre de esos muertos.

—Me ha dado cartas para ti, y también para Dos Zorros y para mi padre.

Por la puerta de la *ruca*, Flamenca Alegre, sobri-na adolescente de Refulgente Lucero de la Tarde, admira con dos amigas la estampa del muchacho, el poderoso torso desnudo con el poncho echado la espalda, el rostro que parece recién pintado, y se preguntan cuánto debe pesarle la plata que luce en los aros macizos, las chauchas del tirador y las espuelas chilenas de rodajas descomunales. También Diez Aguadas se fija en este detalle:

—Veo que no te han quitado ni las espuelas.

—Me han devuelto la plata porque me negué a venir sin ella.

—Ven, sentémonos en la sombra. Refulgente Lucero de la Tarde, haz que le traigan algo de comer. *Marí*, ven a decir las cartas.

Las muchachitas disputan sin delicadeza el privilegio de atender y alimentar a Cuatro Machos, quien afecta total desinterés.

Marie descifra la carta de Rudecindo Roca, que reproduce en parte las instrucciones de su hermano Julio Argentino.

Diez Aguadas escucha, inmóvil. Sólo el intermitente relampagueo de sus ojos delata el efecto profundo que le provoca lo que oye. Después, se sume durante un rato en espesas reflexiones.

Desde el grupo de mujeres, ajenas a la gravedad del momento, las tres muchachitas canturrean, tratando de llamar la atención del inmutable Cuatro Machos. De pronto, la voz quebradiza de Flamenca Alegre se destaca de las otras:

Ven por la noche, ¡ay! ven por la noche.

Ven, que te espero,

*pero cuida entonces, ¡ay! pero cuida entonces
que no ladre el perro.*

*Y si ladra el perro, ¡ay! y si ladra el perro
échate en el suelo.*

*Cuando el perro salte, ¡ay! cuando el perro salte
ven, nomás, adentro.*

*Desata la guasca, ¡ay! desata la guasca
quedito, muy quedo*

*y entras en la ruca, ¡ay! entras en la ruca
levantando el cuero.*

*Lo harás por el lado, ¡ay! lo harás por el lado
que no sople el viento.*

¡Ay, amor, no temas! ¡Ay, amor, no temas!
Ven, nomás, adentro...

Mientras las mujeres festejan la desfachatez de la joven, Cuatro Machos oculta su conmoción y afirma la voz cuanto puede para pedir a su anfitrión:

—Perdóname por interrumpir tus pensamientos, Gran Jefe, pero quiero pedir tu licencia para retirarme a descansar y así poder continuar mañana en busca de Dos Zorros.

—Te quedarás en mi *ruca*, muchacho. Mañana te daré un baquiano para que te lleve con Dos Zorros y con tu padre. Junto con esas cartas te pido que les lleves también mi palabra.

El jovencito oculta la alegría que lo inflama: nada tendrá que arriesgar para ir al encuentro de la niña complaciente.

—Me honras con tu invitación, Gran Jefe, y mucho más con tu confianza por darme tu palabra para que la lleve a los otros jefes.

—Les dirás que creo que a los dos Roca sólo les importa que nos sometamos, y que son falsas sus promesas de riquezas. Trataré estos asuntos con mis jefes, y los mantendré informados de lo que se resuelva. He dicho.

La última frase significa que la entrevista ha concluido. Mientras el muchacho va a comprobar la buena atención que reciben sus caballos, Flamenca Alegre zalamerea a su tía hasta obtener su permiso para pernoctar en la *ruca*.

Diez Aguadas llama a Marie:

—Vamos a contestar el mensaje de Roca Chico. Busca tus *papel*.

Sentados en la corta sombra que proyecta la *ruca* sobre la tierra arenosa de la entrada, trabajan en la carta para el comandante Rudecindo Roca, a quien diferencian como Roca Chico de su hermano mayor Julio Argentino, ministro de la guerra. Allí cerca, Cabeza Amarilla juega con la arena.

—Dices que me van a invadir, que debo someterme... Yo soy argentino y libre y vivo en mi tierra. ¿Por qué he de someterme? Pueden invadirme si quieren. Yo quiero la paz y ustedes no la quieren, por eso han capturado y matado a la gente que enviamos Dos Zorros y yo a buscar las raciones. Sin raciones, nuestra gente no tiene comida y está muy enojada, así que tendremos que invadir también. Y tal vez matemos a algunos de tus *ofichal* y nos traigamos enancadas a sus mujeres...

Ella va repitiendo para sí, en voz alta, lo que traduce a las hojas ajadas que apoya sobre una rústica maleta de cuero de potro, duro de puro seco.

—Usted, comandante, dice que si no nos sometemos me invadirá. Yo soy argentino, soy libre y quiero la paz y he respetado el tratado que ustedes han roto, capturando y matando nuestras comisiones. Mi gente está muy enojada. Sin las raciones no tenemos qué comer, entonces que también nosotros tendremos que invadir a ustedes... No, así no se dice... Nosotros también los tendremos que invadir...

Para cuando culmina la ardua tarea, la mancha de sombra frente a la *ruca* se ha estirado lejos.

—¿Cómo la firmamos?

—Como las últimas.

Ella estampa: *General Manuel Baigorrita*.

*

Buenos Aires, Octubre 23 de 1878

AL COMANDANTE ROCA

Avise al coronel Racedo [...] que, a pesar de las negociaciones, ordene sin pérdida de tiempo una salida a los toldos de los indios gauchos Peñaloza y Goyse [...]

Julio A. Roca

Buenos Aires, octubre 24 de 1878

*AL EXMO. SR. MTRO. DE LA GUERRA,
GRAL. D. JULIO A. ROCA*

Oficial. El Cnel. Racedo, con 200 hombres, va en marcha sobre los toldos de Epumer [...] Cayupán me pide sus raciones y sueldos que le corresponden por este trimestre [...] permitiéndome hacer presente a V.E. ser de oportunidad regalar a este cacique algunas vacas y yeguas de las que debían recibir Epumer y Baigorrita.

Rudecindo Roca

Buenos Aires, Octubre 27 de 1878

AL COMANDANTE ROCA

Villa Mercedes:

Se ha portado bien y el señor Presidente me encarga decirle que está satisfecho de su conducta [...]

Puede largar algún viejo o vieja, haciéndoles promesas para que, volviendo a sus toldos, induzcan a las familias de los tomados a presentarse.

Para estos pillos el pan en una mano y el garrote en la otra.

Espero también el buen resultado de la expedición de Racedo.

Mil parabienes a los jefes y oficiales de su División. Que siga el buen acierto.

Julio A. Roca

En el camino de El que Olvida y Oscuro Tapado, hijos y jefes principales del jefe Orador en Funeral, el Gran Padre puso la carreta henchida de un audaz vivandero que, burlando dudosas vigilancias, había cruzado la frontera para mercar con la gente de Dos Zorros. Lo dejaron pasar —no se juega con los amigos de Dos Zorros—, no sin pedir un barrilito de regalo. La abstinencia había sido larga, y ahora la gente de Orador en Funeral duerme el denso sueño del aguardiente.

Un ladrido triza la tersa calma de la agónica noche nublada, viborea entre las *ruca* que festonean la margen de un arroyito casi seco y dispara en la profusa perrada una barahunda que turba el sopor de una mujer regordeta recostada sobre el pecho de Oscuro Tapado, tirado junto a un palenque.

La mujer sacude la cabeza con agudo tintineo del pesado adorno de plata del pelo mientras recupera la conciencia suficiente para comprender el ominoso significado del redoble de cascacos que crece por sobre los primeros rumores de alarma. Sacude con fuerza al hombre, que ronca junto al sombrero caído en su propio vómito, gritando:

—¡Malon güinca! ¡Malon güinca!

Tarde consigue el jefe erguir, apoyado en la mujer, su recia talla: un greñudo milico lo vuelve a tumbar de un culatazo. Unos pocos tiros abortan

todo conato de resistencia, no sin que el celo vindicatorio de algunos soldados propicie uno que otro degüello inútil. La claridad creciente devela a la gente en indefenso montón rodeada por un anillo de Remington, mientras se va apagando el galope de varios fugitivos y sus perseguidores.

Con el último resuello de sus cabalgaduras, algunos de esos fugitivos alcanzan el asiento de Dos Zorros, en Agua que Corre. La consigna que traen —*¡malon güinca!*— azota las *ruca* como un ventarrón, desatando confusión y pánico. Los hombres manotean las lanzas, las mujeres levantan en vilo a sus pequeños y los habitantes de la mayor población del país *rancülche* abandonan todo a merced del saqueo y la frustración incendiaria de los *güinca*, que más tarde consume en inmensas llamaradas las *ruca*, la comida, el grano, la ropa, los enseres, entre los espeluznantes alaridos de una anciana atrapada por el fuego en su escondite.

Villa Mercedes, noviembre 4 de 1878

*AL EXMO. SR. MTRO. DE LA GUERRA,
GRAL. D. JULIO A. ROCA*

Oficial. En este momento se presenta de regreso de tierra adentro un indio que mandé con hacienda y otros objetos para Epumer dos días antes de apresar la comisión de dicho cacique, y confirma la noticia [...] el coronel Racedo ha obtenido un triunfo espléndido sobre los salvajes [...]

Rudecindo Roca

Villa Mercedes, noviembre 5 de 1878

AL SR. MTRO. DE LA GUERRA

[...] Resultado de la expedición espléndido, a pesar de haberme sentido los indios cuatro leguas antes de llegar.

He cautivado tribu Peñaloza y sus hijos Goyco y Papallo y otras tribus más. Si no me siente Epumer Rosas, no se escapa [...] Número de prisioneros monta a 370 entre los cuales hay setenta y tantos de lanza. He montado bien indios amigos con caballos quitados. Tengo reses y ovejas también [...]

Coronel Racedo

*

Los jefes de Diez Aguadas concurren a su convocatoria para debatir los próximos pasos en vista del ataque a las comisiones de Dos Zorros y Pata de Piedra.

José y Renacuajo Chico acaban de llegar y están atando sus caballos al palenque del jefe cuando algo en el horizonte atrae su atención.

—Ese polvo se acerca, muchacho.

Renacuajo Chico observa un instante y afirma:

—Es un solo jinete, sin más caballo que el montado.

—Pero viene demasiado rápido para andar sin caballos de refresco.

—Debe de traer alguna novedad grave.

—Es muy veloz ese caballo...

En la base de la polvareda va apareciendo un punto que no se ve mayor que un excremento de mosca cuando Renacuajo Chico sentencia:

—Ese es uno de los caballos de Dos Zorros.

Desde una *ruca* lejana parte otra columna de polvo, que converge con la primera. Tan seguro como antes, el muchacho dice:

—Ahí sale Seis Cuernos de su casa, en su pangaré tiznado, al cruce del que viene.

—Lo debe de haber alarmado mucho la aparición de este jinete.

Se suman a la reunión y escuchan a Diez Aguadas.

—Malos tiempos son éstos, hermanos. Los *güinca* rompen los tratados, apresan y matan las comisiones que van a buscar raciones, nos masacran mientras mandan regalos y ofrecen negociar. Yo me equivocaba cuando les decía que eran torpezas de Roca Chico: mis informantes me mandan decir que son órdenes de su hermano grande, que...

Se interrumpe al descubrir el polvo que se acerca. Aguardan.

El pangaré, adelantado a toda carrera al otro caballo, raya la tierra y se detiene a dos palmos de Diez Aguadas salpicándolo de baba, y Seis Cuernos abandona la tromba de polvo con un prodigioso salto desde su lomo para caer, clavado como un asta, ante los jefes, que ponderan estertóreamente su alarde.

Sin pedir permiso, señalando al muchacho ceitrino que llega en ese momento, grita:

—¡Han capturado a Orador en Funeral con toda su gente, y Dos Zorros se ha escapado por una pezuña!

—¿Qué dices? —pregunta Diez Aguadas, pero Seis Cuernos sigue, sin atenderlo:

—¡Pregúntenle a Guanaquito! Los que no fueron muertos o capturados han tenido que abandonar cuanto tenían.

Mira de reajo a Diez Aguadas.

—¡Para eso sirven los tratados de paz de mi medio hermano!

—¡Cállate!

Seis Cuernos se domina y calla. Diez Aguadas pide al muchacho detalles del suceso. Luego dice:

—Ya ven, hermanos. Ahora también hemos perdido a mi suegro Orador en Funeral.

El grupo de las mujeres no está tan lejos como para no escuchar lo que anuncia la clara voz del jefe, y Torcaz Hermosa, la hija de Orador en Funeral, rompe a llorar. Las demás no tardan en acompañarla con sus lamentos chillones.

—Los jefes blancos ofrecen dádivas para que nos sometamos, pero también a Batallón de Jaguares, Seis Pumas, Oreja Verde, Villarreal y otros jefes les prometieron tierras, caballos, vacas, sueldos. Les prometieron que no los harían soldados ni tendrían que pelear contra nosotros. Se sometieron. Ahora *Rachedo* los ha mandado atacar a Dos Zorros y Orador en Funeral. Muchas promesas, pero apenas les han dado algo de comer, una *chaqueta*, los caballos que nos quitan a nosotros y un *jusil* para que nos maten, y les han quitado la tierra y la libertad. Quieren hacernos lo mismo. Yo no quiero entregarme, pero... si no nos sometemos, matarán a muchos, sufriremos hambre y nos echarán a la tierra de las manzanas, tal vez al otro lado de las montañas. Quiero que ustedes digan su palabra, hermanos.

—¡¡Rendirnos jamás!!

El poderoso rechazo de Zorro Sentado a la insinuación de entregarse sacude hasta los árboles. Golpeando con el puño su vasto pecho, el gigante desafía:

—¡Yo, Zorro Sentado, digo una vez más: entremos a saco en las poblaciones de los invasores a buscar nuestro sustento! ¡El que se entrega es un traidor, y el que se escapa es un cobarde!

Varios se suman a la protesta.

—¡Sí, sí! ¡Peclaremos! ¡Muerte al *güinca*!

—Como quieran, hermanos —dice Diez Aguadas—, pero con esos *Reminchron* que tienen ahora...

—¡No lo escuchen, hermanos! —la indignación se despeña por la garganta de Seis Cuernos como una cascada ardiente, impregnándole la voz de un desprecio viscoso—. Todos saben que estos mitad *güinca* son hijos de mi padre, pero es la sangre de su madre *güinca* la que habla por su boca y suelta la víbora de la cobardía y la traición. Terminarán por entregarnos a todos. ¡No lo permitan, hermanos! ¡Antes, lancéelos sin asco! ¡He dicho!

La diatriba contra los “mitad blancos” enciende un griterío. Tanto se desgañitan los contagiados por el exabrupto de Seis Cuernos como los partidarios de Diez Aguadas y Lucho, o aun quienes no apoyan a ninguno. La atronadora voz de Zorro Sentado se destaca sobre todas. Trabajosamente, Diez Aguadas consigue imponerse al tumulto.

—¡Seis Cuernos es siempre el mismo carroñero! Les pide que me maten porque quiere verme muerto y sabe que no es capaz de matarme.

El duelo de alaridos entre sus partidarios y los de Seis Cuernos ahoga por momentos sus palabras.

—¡Todos saben que muchas veces estuve a punto de matarlo, y no lo hice sólo porque es hijo de Plumón de Macá, mi padre! Pero te prevengo... —una resonancia bronceína le va engolando la voz— ...Si no te callas ahora mismo, juro que esta vez lo haré.

Lívido, Seis Cuernos lo atropella manoteando las bolas que lleva en la cintura y muge:

—¡No me...! —pero la poderosa garra de Diez Aguadas le aferra la garganta. Ahogado de humillación, se deshace de la zarpa y aún intenta asesarle un bolazo, pero la bola vuela a perderse más allá de la gente, cortada la sogá por un centelleo fulmíneo del facón de su oponente.

Hay un suspenso crispado. Seis Cuernos mira atónito el cabo cortado de sus boleadoras. Diez Aguadas se desentiende ostensiblemente de él, que entonces, mudo, da media vuelta y se abre paso entre la gente. Su segundo y amigo Pasto Verde lo acompaña, lo contiene y logra sentarlo con él en la rueda.

—Decía, hermanos, que los *güinca* tienen ahora ese *jusil* nuevo que llaman *Reminchron*, que tira muchas *bala* y se carga en un parpadeo. Nos matan desde lejos y no podemos llegar con nuestras lanzas.

Lengua Veloz deja caer la pregunta como una piedra en el ominoso pozo de silencio cavado por la confesión de impotencia del líder:

—¿Qué haremos, Diez Aguadas?

—Casi no tenemos qué comer, y Dos Zorros tiene menos que nosotros. Así que, antes que nada,

tendremos que entrar al territorio blanco a buscar yeguas, caballos y vacas. Le propondré a Dos Zorros que invitemos a Pata de Piedra para entrar juntos. Lucho vigilará por si viene Roca Chico. Seis Cuernos, Chingolo y Jaguar Azul juntarán su gente de pelea, la alistarán para invadir y la llevarán con Dos Zorros. Que cada jefe y cada hombre se mantenga alerta, con las armas, raciones y caballos a la mano. Que las mujeres estén listas para levantar las *ruca* en cualquier momento: si las tropas *güinca* avanzan, marcharemos a ocultarnos en la región de los montes.

*

La inmensa polvareda levantada por las patas de dos centenares de caballos chorreantes de espuma desde la explanada ante la *ruca* de Diez Aguadas, convertida en playa de maniobras, va llenando el espacio como el humo de un campo incendiado. Los jinetes se esfuerzan con suerte esquivada por dominar su tendencia libérrima y sujetarse a los disfónicos devaneos de un abollado clarín mal soplado por un trompa de emergencia, mientras una cochambre de tierra sudada les va embarrando las pinturas de guerra. A su tiempo, la tanda de jinetes se renueva. Mientras aguarda el resultado de las tratativas con Pata de Piedra, Baigorrita los instruye en lo que recuerda, algo borroneado por el prisma del tiempo, de los ejercicios de caballería que le enseñara en su adolescencia su padrino Manuel Baigorria.

La alambicada diplomacia *rancülche* utiliza la vía indirecta como sistema. Así, el larguísimo discurso de Diez Aguadas para Pata de Piedra, almacenado en el cerebro de un memorioso mensajero, no será recibido directamente por el gran jefe salinero sino por intermedio de su jefe principal Buen Remedio, suegro de Diez Aguadas, encargado de transmitirlo y negociar.

Las mujeres han preparado alforjas con charqui, piñones de araucaria molidos y harina de maíz tostado para sus maridos. Así provisionado parte el contingente que intentará incursionar sobre la frontera uniendo sus fuerzas con las de Dos Zorros.

Tres vigías, destacados por Lucho en una aguada estratégica, soportan un fuerte chubasco. Inmóviles, acuclillados bajo sus ponchos, parecen ídolos esculpidos por la lluvia. Los caballos ensayan dormir con las orejas gachas. Retiradas para evitar daños si atraen algún rayo, las lanzas plantadas en tierra yerguen sus moharras al cielo plúmbeo. De pronto, un barroso alza la cabeza y mueve las orejas en todas direcciones hasta fijarlas en un punto. Los tres hombres saltan, ensillan, recogen las lanzas y siguen cautamente el rumbo que marcan, ahora, las orejas de todos los animales. Aprovechan los escasos accidentes del terreno para desdibujarse. Cuando vadean el agua baja de un tupido total descubren una avanzadilla enemiga que marcha a tranco lerdo bajo el aguacero. Esperan que se aleje antes de seguirla. A poco andar, uno se sorprende:
—Pero... ¡están buscando nuestras propias *ruca*!

—Sí, pero parece que el baquiano se ha desorientado.

Hartos de deambular en vano, los soldados emprenden el regreso. Los exploradores no les pierden pisada hasta que se reintegran a la tropa de Rudecindo Roca, acampado con doscientos hombres en Agua que Corre, cerca de los restos del antiguo paradero de Dos Zorros. Recién entonces uno de ellos parte hacia Donde Hay Divisadero para informar la novedad.

El anuncio de la cercanía del enemigo desata en el extenso hábitat que ocupa la gente de Diez Aguadas en Donde Hay Divisadero una actividad febril. Aún en tinieblas, las mujeres anticipan el baño matutino, desperezando chiquillos en la laguna bajo una lluvia delgada. Mientras los hombres reúnen la escasa hacienda y las caballadas, la mojada corambre que recubre los armazones de palo se estremece, se agita, palpita y se desploma bajo la acción de las mujeres que, como hormigas voraces, devastan el caserío. Arman largos líos enrollando los cueros pesados de agua sobre las pértigas que los sostenían. Luego aseguran una de las puntas a los arneses de las mulas y caballos cargueros que los caballerizos les apartan, mientras los extremos libres, arrastrados por el barro, trazarán surcos cuya suma dejará el rastro típico de una tribu migrando.

Aclara el día. Por la bruma del noreste, al cabo de los huellones trazados por las bastas ruedas, se esfuma estridulando la carreta del marchante, abruptamente tronchado su negocio.

Pero la veintena de virolentos apiñados bajo los restos de cuero de una *ruca* abandonada miran al sur. Con desesperada resignación, ven como la lluvia va borrando la rastrillada sobre el fango arenoso, ya desierto hasta donde la vista alcanza. Entre ellos también ha quedado a morir Juntaba Copos de Nieve Desparramados, la mayor de las esposas de Diez Aguadas.

Para las fuerzas expedicionarias los momentos eran difíciles y había que adoptar medidas decisivas.

Se encontraban en el corazón de la pampa: Leuvucó era precisamente el viejo asiento de las tolderías de Epumer, aunque había levantado últimamente sus campamentos de allí, retirándose muy lejos.

El indio se encontraba y se organizaba en Potagüe [sic].

Era indispensable operar de inmediato.

Ante todo, convenía desorientar a los indios, cuya vigilancia hacía imposible una sorpresa.

Al efecto se despachó a un capitanejo que acompañaba a la expedición, para que participase a los caciques Epumer y Baigorrita, que se trataba únicamente de arreglarse definitivamente con ellos para vivir en paz.

El plenipotenciario Millaqueo, que así se llama el referido capitán, es cuñado de Baigorrita. El enviado emprendió su marcha a las 4 de la tarde del día 17 con orden de llegar a su destino esa misma noche y al oscurecer la división emprendió la suya al trote tendido sobre el mismo rumbo: la intención era sorprender a los grandes señores de la pampa.

Eran las 4 de la mañana y las fuerzas expedicionarias llegaban fatigadas a Potagüe [sic]: habían realizado una jornada de 16 leguas.

Los indios se habían retirado de ese punto.

(La Prensa, 18/12/1878)

Dos jinetes en mula siguen entre el barreal a un guardia que los guía en la noche hasta el fogón al raso de Diez Aguadas, quien los invita a apearse con un ademán. Mientras se acercan al fuego se alzan voces asombradas: son Pedernal Dorado y su hijo y asistente Cabeza de Pedernal.

Durante un momento eterno, Diez Aguadas y Pedernal Dorado se estrechan las manos. La intensidad de fugaces miradas habla por ellos.

—Dime qué milagro de los espíritus tutelares te devuelve a nosotros, hermano.

—No debemos esta alegría al favor de los buenos manes, sino a la torcida voluntad del perro blanco Roca Chico. Me manda convencerte de que es mejor que te sometas. Ahí traemos cartas y presentes que manda para congraciarse.

—Eso no me gusta, hermano. Te fuiste jefe de mi embajada y vuelves mandadero de Roca Chico. Eso es mucho caer...

Pedernal Dorado palidece ante la ofensa, y su voz se torna cavernosa.

—Me ha dicho que te dé sus regalos y su propuesta de arreglar una paz duradera. La orden de convencerte de que te sometas me la ha dado en secreto. Pretende que haga lo mismo con Dos Zorros. Me amenaza con mandar toda mi familia a *Güenusai* para que sea repartida y esclavizada si desobedezco, pero no vengo a cumplir esa orden. Creo —y ahora se dirige a los jefes que rodean el fogón— que miente; que habla de paz para atacar por sorpresa. Ahora mismo tal vez su tropa esté viniendo sobre mi rastro.

—Lucho, envía exploradores sobre la huella de Pedernal Dorado. Y a ti, cuñado, tu padre y tu hermana te esperan ansiosos. Ve con ellos, pero te pido que antes de partir en busca de Dos Zorros asistas a una consulta con mis jefes para decidir qué haremos.

—Así lo haré. Haz bajar las maletas con los presentes para ti. La mula del muchacho trae lo que debo entregar a Dos Zorros.

Uña de Puma ha esperado pacientemente para saludar a su hijo. Tras un encuentro silencioso, se dirigen hacia el grupo de mujeres. Diez Aguadas admira el porte firme y pausado de su cuñado mientras camina hombro a hombro con Uña de Puma hasta que Refulgente Lucero de la Tarde viene a su encuentro para tocarle el pecho con unción.

Entretanto, Cabeza de Pedernal ha saludado a todos y se tironea fieramente de los cabellos con su primo Torito Bravo, hijo menor de Refulgente Lucero de la Tarde, en lo que aquí se llama un *loncotun* festivo.

Los demás se acercan a curiosear lo que Roca Chico ha enviado como parte de la política de seducción y garrote. Diez Aguadas exhibe el pequeño tesoro: dos retazos de bramante, una pieza de bayeta, un par de botas, una chaqueta, unas arrobas de azúcar y yerba y varios pañuelos multicolores. Por la posesión de las telas se desata una acérrima disputa entre las mujeres del jefe, de cuya fiereza dan cuenta tres surcos sangrientos en el rostro de Lengua Amarga, una herida en el cuero cabelludo de Camina Distinto y el ojo morado de Torcaz Hermosa.

La reunión de jefes no llega a concretarse. Durante el día, entre intermitentes garúas, la inquietud provoca el levantamiento espontáneo del campamento, y los jefes se ponen al frente de la marcha. Pero el precoz atardecer urdido por el grueso cobertor de nubes empieza a vomitar jinetes que azotan charcos a todo galope rumbo al sur. La lluvia apaga el eco de sus gritos:

—¡Vienen los *güinca*! ¡Vienen los *güinca*!

Diez Aguadas alcanza a un jinete que lleva una mujer enancada y los desmonta con brazo de hierro. Son Cuatro Machos y Flamenca Alegre.

—¿Qué hay?!

—¡Los *güinca*! ¡Nos asaltaron!

El muchacho se vuelve a enhorquetar en su caballo, que se ha detenido a esperarlo a dos pasos, levanta a su enamorada como si fuera etérea, clava espuelas y la cortina de agua se los traga.

Varios se acercan chapaleando. Refulgente Lucero de la Tarde pregunta:

—¿Qué pasa?!

—Asaltaron a Cuatro Pedernales. ¡Gusano de Oro, mi tordillo de pelea! ¡Ustedes, busquen a los jefes que encuentren, que vengan aquí con los hombres que puedan juntar! ¡Los demás, que apuren la marcha!

Cada jefe reúne su cuadrilla de lanceros para proteger la retaguardia. Baigorrita mantiene empecinadamente un orden en el aparente caos de su gente, haciéndole atravesar los montes dividida en innumerables regueros; de cada quien arranca hasta el último adarme de energía y un poco más aún, imprimiendo a la marcha un ritmo endemo-

niado. Cada núcleo familiar se disgrega del conjunto y concentra toda su energía en moverse más rápido.

Dos noches y un día marchan sin cesar. En el límite de sus fuerzas, reciben el ansiado mensaje: la vanguardia *güinca* que les pisaba los talones retorna a Donde Hay Divisadero llevando de la brida su caballada despeada.

Junto con el aviso, Dos Zorros ofrece a Diez Aguadas el mando de la fuerza formada por doscientos de sus lanceros, unidos al contingente de Jaguar Azul, Chingolo y Seis Cuernos. Casi al mismo tiempo, Pata de Piedra manda un refuerzo de ciento cincuenta hombres. Diez Aguadas se envalentona:

—Hermanos: aquí tenemos quinientas lanzas. Roca Chico está a pie en Donde Hay Divisadero con toda la gente que nos ha cautivado. ¿Dejaremos que engorde tranquilamente sus caballos en nuestras sembrados? ¿Que se lleve tranquilamente a nuestras familias cautivas?

—¡No! ¡No!

—¡Yo, Diez Aguadas, digo que debemos ir a quitárselos ahora mismo!

—¡O, bo, bo, bo, bo, bo, boooo!

Marchan sin pausa toda la noche. Antes de amanecer, mientras la furia del temporal arrecia, se detienen, desnudan y uncen los torsos con grasa de potro, de choique y médula ósea, pintan trazos de guerra en la faz, sueltan las hirsutas melenas que la lluvia se empecina en aplastar sobre rostros, pechos y espaldas; montados en los mejores caballos de pelea, divididos en varios destacamentos, blanden las larguísimas lanzas em-

penachadas y se lanzan aullando sobre el campamento enemigo.

Aclaraba el día 21: el temporal que envolvía a la pampa se hacía sentir con más fuerza.

En este momento se aproxima en tropel la indiada que amparados por las sombras traían una carga al campamento, en donde se había formado cuadro, encerrando las caballadas dentro de él.

Los alaridos feroces del salvaje poblaban los aires. La carga que llevaron fue rápida y enérgica, pero pocos minutos después eran rechazados completamente, no sin pagar un tributo de sangre a su audacia [...]

Tan luego como aclaró, se desprendieron fuerzas en su persecución cuyos resultados no pudieron ser muy satisfactorios, a causa de los elementos de movilidad de que disponían.

El 22 la División expedicionaria emprendió la marcha de regreso a Villa Mercedes, y durante los días de travesía, no fue molestada por los indios.

(La Prensa, 18/12/1878)

A marcha lenta, mezquinando caballos, Diez Aguadas hace transportar hasta cada familia la luctuosa carga de caídos en la lid que han conseguido recuperar entre la lluvia de balas. Casi sin detenerse, parientes y plañideras lloran fugaces despedidas a muertos cuyos restos mal inhumados irán quedando en los montes, para siempre en el olvido.

Villa Mercedes, noviembre 25 de 1878

AL SEÑOR MINISTRO DE GUERRA, GENERAL ROCA

Oficial: Acabo de llegar de Poitahué después de diez días de penosa marcha a causa del mal tiempo que continuamente hemos tenido desde nuestra partida.

Logré llegar sin tener nada que lamentar al punto que dejo citado, donde permanecí acampado desde el 16 hasta el 20.

Las instrucciones que V.E. me impartió sobre el movimiento ofensivo que con una parte de la división a mis órdenes debía efectuar sobre las tribus de los caciques Epumer y Baigorrita, han sido observadas, y la operación verificada con algún éxito, no obstante habernos sentido y descubierto los indios, cuando apenas nos habíamos distanciado 35 leguas de la guarnición de Villa Mercedes. Sin embargo, tengo aquí en este momento al cacique Melileo, a los capitanejos Manqueo, Pichintrú, Feliciano, Anteleo y Licanqueo, a más de setenta indios de lanza y 230 de chusma incluso prisioneros y presentados.

No me ha sido dado obtener mejores resultados a causa de haber encontrado a los indios prevenidos y preparados para hostilizarnos en revancha del último golpe que les dio el coronel Racado [...]

Rudecindo Roca

*

La creciente oscuridad se va tragando las pertinaces siluetas ambulantes. El fresco de la noche es un bálsamo para los peregrinos. El jefe ordena acampar hasta que salga la luna y ocultar los fuegos. Arden leñas empozadas y embozadas por mamparas de cuero. En cucullas, emponchado, Diez Aguadas masca un trozo de grasa cruda, ensimismado en las llamas que tiznan una olla de fierro donde hierve el charqui. Chicos y cautivos duermen, salvo la Perra Cautiva, que debe aguantar sentada en duermevela para alimentar el fuego. Ovillada contra sus piernas duerme la cautivita muda que la sigue siempre como un faldero. Las

cinco esposas, sentadas a distancia, contemplan a su dueño con reprimida ansiedad, pendientes del menor indicio para acudir presurosas.

—Parece fatigado —cuchichea Camina Distinto, recortado su atípico perfil delgado y aguileño contra la lumbre, mientras amanta a su bebé.

La mestiza Torcaz Hermosa, casi adolescente, embarazada, regordeta y bulliciosa, aunque abatida por la reciente pérdida de su padre y hermanos, conserva picardía para pedir a la mujer principal, con expresión que su ojo morado torna cómica en lugar de maliciosa:

—Refulgente Lucero de la Tarde: ¿por qué no le preguntas si me deja espulgarlo? Tal vez, aunque esté cansado, quiera copular hoy...

Semejante pretensión de una mujer de bajo rango sobre la atención sexual del marido arranca un generalizado rumor de protesta.

Con el énfasis que usa para controlar al revoltoso harén, Refulgente Lucero de la Tarde murmura:

—Si él quiere copular, ya llamará a quien quiera cuando le parezca. Harían mejor en pensar qué daremos de comer mañana a nuestro marido y a nuestros hijos. En esa olla se cuece el último charqui que nos quedaba.

Pero el futuro no desvela a sus colegas. La cautiva Lengua Amarga, que debe a su impertinencia recalitrante la mayoría de las cicatrices que le adornan el cuerpo, mira de soslayo a Marie y susurra:

—¡Buf! Seguro se va a querer acostar con esa “lomo blanco” de ojos lavados.

La aludida no le presta atención, como tampoco a la seca orden de Refulgente Lucero de la Tarde

ni al indignado cacareo del grupo cuando se levanta y va a sentarse junto a Diez Aguadas. Al principio, él no advierte su cercanía, pero luego la mira con ojos que se ablandan. La protesta de las otras aumenta, hasta que él las acalla con una mirada como un chirlo.

El tiempo se desliza. Mientras las demás se acuestan y se van quedando dormidas, Diez Aguadas y Marie siguen sentados lado a lado. No hallan preciso hablarse. Sobre el monte, una vislumbre clara anticipa la aparición de la luna cuando él la tumba sobre la arena. Dócil a las manos que levantan pollera y enaguas, ella separa ampliamente las piernas. Lento pero con firmeza, él entra en ella. Las vigorosas acometidas tornan pronto lo que era pasividad complaciente en un arrebatado de uñas y dientes crispados. Un gemido visceral, ahogado y trémulo, rueda al encuentro del filo plateado que asoma tras los caldenes.

La pálida luz ascendente se mete por todos los vericuetos, arrancando a la gente de la densa fatiga. Bañados por la luminiscencia fantasmal, humanos y animales caminan de nuevo, a la izquierda de sus sombras que se acortan.

Y por la izquierda sale el sol, y sube acortando sombras, y siguen caminando. En breves paradas se distribuye y consume, cruda o casi cruda, la escasa carne con que los hombres, boleando sin cesar, abastecen a sus familias. Y el sol alarga las sombras por la izquierda. Y siguen caminando.

*

Buenos Aires, noviembre 25 de 1878

COMANDANTE GARCÍA - PUAN

[...] se les ha impartido la orden para salir el 27 [...] Namuncurá es buena presa y bien vale un ascenso sobre el campo de batalla a cualquiera que lo tome [...]

Julio A. Roca

Buenos Aires, noviembre 25 de 1878

COMANDANTE FREIRE - GUAMINÍ

[...] sigan el plan trazado [...] Baigorrita y Epumer, si es que están con Namuncurá, lo que no creo, deben estar con muy pocos indios [...] Si toma a Namuncurá, no tendrá necesidad de esperar llegar al Río Negro para cambiar sus charreteras por las de Coronel [...]

Julio A. Roca

Buenos Aires, noviembre 25 de 1878

CORONEL LEVALLE - CARHUÉ

[...] Baigorrita y Epumer, si es que están con Namuncurá, lo que no creo, deben estar con muy pocos indios [...] no se aparten de [...] dicho plan [...] haga resonar un poco su nombre, Coronel: aquí tiene una buena ocasión [...]

Julio A. Roca

Buenos Aires, noviembre 27 de 1878

AL CORONEL RACEDO

Oficial. Me parece conveniente que usted en persona dirija la expedición que ha de concluir con los restos de los Ranqueles. Váyase preparando y avíseme qué día piensa salir. Creo que ahora estas marchas deben hacerse despacio para no fatigar los caballos. No deje perder esta luna [...]

Julio A. Roca

*

Diez Aguadas recibe un chasqui de Buen Remedio desde la Sierra Reverberante, adonde Pata de Piedra ha retirado a la gente de las salinas, y se saltea las normas de cortesía para informar al consejo de jefes y a sus lanceros así nomás, de a caballo:

—Hermanos: el gran jefe Pata de Piedra quiere volver a instalar su *ruca* en El Gaviotal, recuperar las grandes salinas, castigar a los *güinca*. Quiere juntar a todos sus hombres y los nuestros en condiciones de pelear para hacer un malón grande.

—¡O bo bo bo bo bo!... —azuja el chivateo de todas las gargantas el discurso del jefe.

—Quiere entrar hasta el corazón de la tierra *güinca*, matar a sus hombres, quitarles sus mujeres, montar sus caballos, arrear su hacienda, quemar sus *ruca*.

—¡A... ya... ya... ya... yaaa!... —se estremece el aire.

—¡Quiere que vayamos con él a escarmentar a quienes por dos lunas nos han maloneado, matado, cautivado, robado y perseguido!

—¡*Lape... lape... güincachregua!*... [¡Muera, muera el perro blanco!] —estalla Seis Cuernos, blandiendo la lanza con las venas hinchadas como serpientes.

—¡Y yo, Diez Aguadas, digo que los *rancülche* debemos ir con él a vengar a nuestros hermanos muertos, nuestras mujeres vejadas y nuestros chicos cautivos! ¡He dicho!

—¡*Mai mai lape güincachregua!*

—Pero no se puede ir a la guerra a pie y sin comida. Venimos y seguiremos marchando sin pausa. La caballada está flaca y cansada. No tenemos víveres.

Sin transición, el hábil caudillo, tal como llevó a sus hombres de la anomia al entusiasmo, los trae a la realidad.

—Habrá que buscar buen pasto para los caballos, mientras treinta o cuarenta cazadores salen a bolear. Secaremos la carne, y ya con ese charqui, cada jefe armará su pelotón. En cuatro soles debemos estar listos para ir al encuentro de Pata de Piedra. Recién entonces detendrá su marcha nuestra gente. He dicho.

Un enjambre de mensajeros, cruzando constantemente montes y travesías en todas direcciones, intercomunica a los grupos y mantiene la cohesión en ese orden difuso pergeñado por el jefe. Verdadera sangre de la parcialidad, el riesgo de su rol es, sin embargo, incomparable con el del selecto núcleo de observadores que se mueve con sigilo bajo las mismas barbas del enemigo en funciones de espionaje.

Son ellos quienes descubren las tres gruesas columnas *güinca* que convergen a marcha forzada sobre el transitorio paradero de Pata de Piedra en la Sierra Reverberante. Para auxiliarlo, Baigorrita despacha a revientacaballos la tropa que preparaba para acompañarlo en el malón, pero el refuerzo no alcanza a llegar a tiempo.

Carhué, diciembre 22 de 1878

AL SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA

Tengo la satisfacción de comunicar a V.E. que hemos llegado a ese punto y apoderádonos de los restos de la tribu de Namuncurá el siete del corriente, después de haber recorrido la extensa línea de tolderías ocupadas sucesivamente por los indios en su retirada hacia el oeste, visitando todas las aguadas de los flancos del camino, y tomando en ellas los dispersos y familias que no pudieron seguir a este cacique en su precipitada fuga.

Namuncurá tenía conocimiento de nuestra llegada a Chiloé por los bomberos de una invasión que se disponía a traernos, y ha mantenido siempre una distancia de veinte y tantas leguas a lo menos, entre él y nuestras fuerzas, dejando en nuestro poder todo cuanto no podía llevar por falta de caballos y no atreviéndose siquiera a mostrarse.

Su última guarida escogida eran las sierras de Lihuel-Calel [...] tenía entre él y las fuerzas que lo perseguían, veinte y dos leguas de travesía [...] Esa circunstancia ha impedido que cayese en nuestro poder [...] La persecución ha tenido que cesar a las diez y ocho leguas, por lo escabroso y tupido del monte y debilidad de nuestros caballos [...]

Señor ministro: cincuenta y tantos indios de lanza muertos, trescientos prisioneros entre indios de pelea y chusma, y treinta cautivos entre grandes y chicos rescatados, seiscientas ovejas, cien vacas y ochenta caballos, son los resultados [...]

El poder de Namuncurá está destruido; ha huido casi solo en dirección al Colorado [...] En el territorio que formaba lo que él llamaba su patrimonio [...] no queda una sola toldería y sólo vagan en él, fugitivos aislados, desligados ya de todo vínculo con su cacique que les ha arrancado los elementos de movilidad para su fuga, así como los animales de abasto que necesitan para sustentarse [...]

Al felicitar a V.E. por este hecho que deja asegurado para siempre el dominio del desierto, cumplo con el deber de recomendar [...] muy particularmente a los [...] comandantes don Teodoro García y don Marcelino Freire.

Coronel Levalle

*

Falta rato para que amanezca en Agua que Corre, pero ya el calor torna untuosa la oscuridad preñada de mosquitos. En el silencio trasfondado por el bullanguear de las aves acuáticas se escuchan resoplidos, coletazos y piafar de yeguarizos que logran sólo muy fugazmente soliviar el manto de zancudos que les cubre el pellejo. Amparado en la tiniebla, un grupo aguarda, chicoteándose los mosquitos con ramitas. Como un bostezo, la negrura suelta dos sombras.

—No hay nadie por las cercanías, padre.

—¿Están seguros?

—Muy seguros, *señor*.

—Ustedes cuiden los caballos. Llévenlos al prado chico, que debe estar muy pastoso.

Apenas las nubes empiezan a blanquear, el grupo se pone en movimiento en la penumbra, encabezado por el hombre casi obeso que da las órdenes.

Bordean una sementera de trigo y alcanzan la laguna, trocando en las gargantas de las aves el preanuncio alborozado de la aurora por estridentes reclamos de alarma.

—Cocinen rápido —ordena el hombre a las mujeres antes de desnudarse y meterse en el agua—. Debemos empezar en cuanto aclare.

Mientras dos mujeres encienden fuego y tiran entre las brasas trozos de carne de choique y de gama, el resto expurga fatigas de viaje chapoteando en el agua fresca.

Al mismo punto se acercan quince exploradores *rancülche* al mando del capitán de auxiliares Ambrosio Oreja Verde. Los rostros impenetrables no traslucen qué sienten al acercarse de nuevo al abandonado centro político del que fue su país, que hoy vienen a hollar como soldados de su enemigo secular. Los mismos jefes que condicionaron su sometimiento y el de su gente a que no los obligaran a combatir contra sus paisanos son ahora oficiales y suboficiales del ejército *güinca*. Indescifrables, marchan al paso cansino de sus caballos a través de un monte ralo, hasta que la parsimonia estalla sin ruido como el sueño de un gato asperjado: en una sola cadencia fulminante y silenciosa, desmontan, ocultan los caballos ahora briosos, se ocultan a su vez y acechan un tenue resplandor, a la distancia. Dos observadores avanzan a descubrir el fogón y regresan con su informe.

—Serán como veinte. Están cosechando trigo. Son casi todas mujeres.

—Es muy extraño, esto. ¿Quiénes podrán ser?

La pregunta de Oreja Verde queda en suspenso.

—¿Se fijaron dónde tienen los caballos?

—Había algunos donde era el prado chico de Dos Zorros.

—Monten y vamos. Ni un ruido. Al que deje relinchar su caballo...

Oreja Verde deja la amenaza flotando. Los caballos se hacen cargo de la intención de los hombres, y marchan silenciosamente hasta la ceja del monte. En la claridad todavía cenicienta se distingue la gente doblada sobre el trugal. Con ampuloso ademán, Oreja Verde lanza el pelotón a la carga. El, con tres hombres, se aparta hacia el prado chico y persigue durante un trecho a los dos jinetes, que han escapado a tiempo con la caballada. Recoge algunos animales rezagados y abandona la persecución.

Un subalterno, consternado, le sale al encuentro:

—¡Es el jefe Dos Zorros!

—¡¿Cómo?!... ¿Lo... mataron?

—Se entregó sin resistir. Sólo están con él seis de sus mujeres, varios chicos y su asistente. Su hijo Como el Puma y su *escribano* Cabral eran los que cuidaban los caballos.

Incrédulo y amedrentado, Ambrosio se acerca a Dos Zorros. Este le clava la mirada quemante de sus ojos chiquitos. Su rostro es inescrutable, pero su lengua filosa:

—Ahora estás con los *güinca*. Ellos no te dejan bolear gamas ni guanacos, pero te mandan a cazar a tu gente.

El capitán, mudo, mira el piso como un perro apaleado.

—Hoy has tenido buena caza, renegado. Tal vez te den algún *galón* por llevarles cautivo al principal jefe de los *rancülche*... Aunque veo que te han dado *chaqueta* de *ofichal*. ¿Ya eres *alfere*?

En la respuesta de Ambrosio, apenas audible, se trasluce un sutil pero perceptible tinte de orgullo:

—Soy *capitán*...

Por la máscara pétrea de Dos Zorros cruza un lampo sarcástico al mirarle los pies descalzos, y sigue usando palabras españolas para subrayar su desprecio:

—¡Ug! *Mucho capitán*... Pero sigues *en pata*...

La actitud irresoluta de Ambrosio se prolonga hasta que el propio Dos Zorros le da un corte:

—Vamos, *capitán*. Llévame con tu *coronel Rachedo*. No pienso hacer matar a mi familia, y yo tampoco puedo hacerme matar con perros como ustedes...

El grueso insulto provoca un remezón entre los lanceros, conscientes de su dominio de la situación pese al ascendiente del gran jefe. Pero Dos Zorros clausura con un *Aupin* [he dicho] su monólogo, y se enjaula en un mutismo que tardará mucho tiempo en quebrar.

Ya avanzada la mañana, el coronel Racedo, henchido de satisfacción por la magnífica presa obtenida, muda el campamento en busca de mejores pastos. La tropa cruza muy cerca de lo que era, hace apenas una luna, el asiento de la cabecera de la nación *rancülche*. Entre el pelotón de prisioneros, los ojillos de Dos Zorros, allá en lo hondo de su redondo rostro impassible, contemplan por última vez la llaga yerma que muestra al cielo restos

de corrales de palo a pique, muñones de toldos y ranchos carbonizados, palenques tumbados, basura, osamentas que ya empiezan a blanquear, descarnadas por caranchos, chimangos, buitres, perros cimarrones, zorros, quirquinchos...

*

Por sendas vírgenes, apartadas de las rastrilladas, la acéfala gente de Dos Zorros, conducida por los bisoños Zorro Lancero y Como el Puma con el auxilio del chileno Manuel, se apura en busca de conjeturales refugios donde escapar al exterminio. Un destacamento avanzado de Racedo les corta el rastro, y se lanza tras él cuan rápido consiguen las espuelas impulsar a los sufridos patrios.

El polvo en el horizonte anuncia a los acosados fugitivos el retorno de la pesadilla. El pelotón que intenta contener la furiosa embestida se dispersa a la primera carga y la cacería a destajo se generaliza. Los mismos soldados que más tarde, aplacado el ciego vértigo homicida que los hipnotiza durante estas persecuciones, serán capaces de privarse de su ración diaria de fécula cediendo piadosamente la pétrea galleta a algún muchachito hambriento que quede prisionero después de lograr el milagro de sobrevivir, no cejarán ahora de sablear cabezas y espaldas, cualquiera sea la edad y sexo de sus portadores, mientras el brazo y el caballo no agoten su energía hasta la hez.

Entonces, un rayo de furia cae sobre los prevenidos perseguidores. La legendaria lanza de Baigorrita empieza a cobrar su gravamen de san-

gre antes de que alcancen a advertir el peligro: un soldado, traspasado por la espalda, es arrancado limpiamente de la silla por sobre el pescuezo de su cansada cabalgadura.

—¡Aaaaah...!

—¡¡Yaaaa...!!

Hincada en el convulso paquete de carne revolcada, la lanza dibuja sobre ese vértice un abanico en el aire, guiada por la habilísima mano que el caudillo *rancülche* desliza a lo largo del *coligüe*; el tordillo rebasa a la víctima en su carrera, y su impulso se trasmite al brazo extendido hacia atrás para desclavar la lanza del ya cadáver, que responde al poderoso tirón con una pirueta imposible antes de quedar convertido en un manantial de sangre despatarrado en la arena.

El horrisono doble alarido ha vulnerado la violenta atmósfera de la tarde, arrancando de su absorbente faena de segadores de vidas a los soldados, quienes se vuelven entonces para enfrentar el aluvión de lanzas que los arrolla. Pero ahora, sin tiempo para recargar los Remington, las ventajas se evaporan. Los lanceros de Baigorrita abren canales en la desperdigada tropa, la traspasan y siguen adelante. La gente de Dos Zorros prosigue su fuga desfavorada, sin saber que Diez Aguadas, enterado por sus esforzados exploradores de los esfuerzos del destacamento *güinca* por alcanzarla, ha reunido un pelotón a toda prisa y ha logrado llegar a tiempo para protegerle las espaldas.

Río IV, enero 7 de 1879

AL SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA

De regreso le hago el presente desde Leuvucó, con fecha 2 de enero.

El cacique Epumer Rosas, prisionero con 300 almas, entre chusma e indios de lanza.

Los mayores Anaya y Álvarez llegaron con sus fuerzas hasta los comienzos de la travesía, en persecución de Baigorrita, quien había sido oficialmente avisado de mi venida.

Puedo asegurar a V.E. que los indios han abandonado por completo sus antiguas guaridas, retirándose casi todos al Chadí-Leuvú, de donde difícilmente vendrán porque están de a pie, como he quedado yo tras ellos.

Las fuerzas expedicionarias llegaron más allá de Nahuel Mapó [...] Los salvajes atacaron al mayor Anaya en el punto mencionado [...] lo que me dió por resultado perder 8 soldados y 5 heridos, sufriendo los indios, como es consiguiente, las consecuencias de su temeridad [...]

Coronel Racedo.

*

—Manuel, Refulgente Lucero de la Tarde me manda decirte que, como ya no hay más grano, tendríamos que carnear una vaca.

Una sombra borra la sonrisa que Diez Aguadas dedicaba a su nieta Avecilla Mansa, acunada entre sus muslos. Levanta hasta el rostro de Marie la mirada resignada e, inútilmente, pregunta:

—¿No hay maíz, ni avena, ni...?

—No nos queda nada, Manuel. Solamente esas vacas.

Un hiato hace creer que no cederá. Al fin concede:

—Pueden matar una, pero debes advertir a Refulgente Lucero de la Tarde que desde ahora sólo podrá hacerlo cada tres días.

—Pero... —va a objetar ella, pero sabe que será inútil.

Las mujeres carnean.

Devorada la res, abandonan en busca de alivio la recalentada *ruca* y se tiran amontonados en el magro parche de sombra de un gran chañar que apenas atenúa la potencia del sol devastador. Los guadales resecos desprenden en alas del hálito bochornoso finísimos velos de arenilla volátil, que ascenderán al cielo en bermejas girándulas de polvo caliente en cuanto se reanime el viento norte.

Tres hijos de Baigorrita —Cabeza Amarilla, Armadillo Juan y Venadito Abandonado— y su nieta Avecilla Mansa juegan con una camada de piojosos pichones de lechuza. A su capricho, los flacos chiquillos ora miman, ora torturan a las lechucitas, seguras víctimas, al primer descuido, de los perros famélicos que, después de roer las pezuñas de la vaca muerta hasta donde han podido, acechan con ojos vidriosos la ocasión de hincarles el diente.

Los adultos dormitan y se espulgan mutuamente los parásitos sobreactivados por el sol.

Refulgente Lucero de la Tarde, reclinada en la arena con la ropa recogida, se hace depilar minuciosamente por Lengua Amarga y Torcaz Hermosa. Hasta ella, degradada por la escasez su contextura rolliza, exhibe el ostensible emparrillado de las

costillas. Insatisfecha con la labor de la cautivita que le registra la cabellera en busca de liendres, llama:

—Perra Cautiva, ven a espulgar me tú.

La sucia joven cumple mansamente la orden con paciencia bovina, y su ama se arrellana satisfecha.

Camina Distinto se hace espulgar con los dos cautivos varones. Al mayor, ya adolescente, le brillan los ojos en el rostro taimado picado de viruelas al aventurar las manos profundamente bajo la ropa de la mujer, que cada tanto esboza un tibio llamado al orden palmeándole ligeramente los dedos.

La violencia de la resolana empequeñece los ojos de Marie, refugiada en la angosta faja de sombra que proyecta la *ruca* para mantenerse apartada del resto, cuyos rituales sociales le provocan un rechazo visceral. Sin embargo, condesciende en espulgar a Baigorrita cuando él se lo pide, y frecuentemente se empeña en aliviar a Cabeza Amarilla, atormentada por la sabandija. Pero no permite que lo hagan con ella. Por fuerza, se ha adaptado a convivir con sus parásitos. Se escandaliza cada vez que se detiene a considerar hasta dónde ha llegado su capacidad de adaptación.

*

Cercenadas las raciones y el rico comercio interfronterizo, la base de la economía tribal rancülche ha quedado reducida a cenizas. La tribu de Baigorrita, como todas las parcialidades, ha consumido y desgastado sus pertenencias sin reposición posible. La movilidad continua y la necesidad de buscar comida les vedan sembrar y cosechar, elaborar y cocer vasijas, ta-

llar madera, trabajar cuero, soguear. No tienen lana ni estabilidad para hilar y tejer. La zona apenas ofrece algunas raíces para recolectar. Las presas para bolear han de buscarse cada vez más lejos, con grave riesgo de que las partidas volantes que cruzan el desierto en todo sentido les corten el rastro y despilfarrando en el empeño su capital más valioso: los caballos. Grandes y chicos adelgazan día tras día. Todavía se producen casos de viruela, y los enfermos, expulsados, vagan en la soledad hasta morir por inanición. Los perros más fuertes y menos fieles abandonan al hombre, se acimarroan empujados por el hambre.

Se estacionan donde el agua, el pasto y la leña son suficientes, pero nunca más de dos días. Luego vuelven a moverse. Y, sin embargo, no van a ninguna parte. Sus itinerarios se enroscan y entrecruzan viciosamente sobre sí mismos, en una suerte de rondar intestino, como un puñado de serpientes. Como si el vientre de la pampa se negara a parirlos hacia otras latitudes.

*

Diez Aguadas desenreda con esmero la cola de su mejor tordillo de pelea, aún sudoroso. La base del pelaje es blanca, con las dos patas, una mano, el tronco de la cola y la punta del hocico negros; del mismo color son las manchas anilladas, del tamaño de un agujero de cangrejo, que se derraman irregularmente por el anca y las paletas. La tropilla que los rodea y los enormes perros pampas echados cerca, cuyas tripas vacías trinan persistentemente, reflejan el cansancio de una larga mañana trajinando médanos y guadales en busca de alguna presa comestible. Pero también hoy han debido conformarse con el severo entrenamiento.

Abstraído en su tarea, no advierte, hasta que alguna de sus mujeres le avisa, que un grupo surge de las brumosas ondas de calor y polvo removido y se detiene cerca. Mira con curiosidad al personaje alto que lo encabeza, envuelto con una insólita vestimenta blanca que sólo deja ver sus extraños ojos de acero pulido. Viene a pie, con los pies destruidos, y trae de tiro un mulo indeciblemente flaco, cargado con odres vacíos sobre los cuales se bambolea un indio veterano, con el matorral de luengo pelo entrecano como única sombrilla, sobre cuya recia pierna desnuda chorrean hilos sanguinolentos. Tras ellos se enfilan siete niños de ambos sexos, también a pie, exhaustos, la mayor de los cuales, de unos diez años, aúpa al más pequeño.

Al detenerse el mulo, el herido sale de su sopor.

—*Marimari* —saluda.

—*Marimari*, forastero. Apéate.

El personaje de blanco vuelve sus raros ojos hacia el fascinado corrillo de miradas que lo asaetan y señala el odre vacío. Refulgente Lucero de la Tarde reacciona:

—Perra Cautiva, tráeles agua.

Los niños arrebatan el pellejo que trae la mujer y se pelean por beber, mientras la figura de blanco ayuda a desmontar al herido, que no se tiene en pie. Lo reclina, aparta el poncho ensangrentado de la herida, que suelta humores por entre dos costillas bajas, y les quita a los niños el odre para hacerle beber unos sorbos y lavarle la llaga con delicadeza.

—Tú debes de ser el gran jefe Diez Aguadas. Te saludo. Soy Guanaco Veloz, he sido gente de Hom-

bre de Palabra —articula el herido con esfuerzo.

—Te saludo y me sorprendo, hermano. Andas por los campos herido, con chicos, sin caballos ni comida, con este extraño *güinca*...

Una fugaz sonrisa cruza el rudísimo rostro cansado.

—No es un hombre, hermano.

Todos miran al individuo, que sigue curando la herida, imperturbable. Sólo pueden ver sus manos y sus pies descalzos, blancos, grandes y ampollados. Diez Aguadas le ordena:

—Levántate.

Guanaco Veloz hace levantar a quien lo cura.

—Descúbrete —vuelve a ordenar Diez Aguadas. Los ojos de acero lo miran impávidos.

—No entiende la lengua, hermano...

Diez Aguadas se acerca, le quita la sábana de la cabeza y da un paso atrás, asombrado, mientras a sus espaldas se levanta un coro ahogado. Ninguno había visto jamás semejante ejemplar de vasca imponente y rubicunda.

Baigorrita retrocede lentamente varios pasos, hipnotizado por los destellos que el sol arranca del pelo cobreado. El lapso de suspenso se prolonga, y el perceptible cambio en la mirada absorta del jefe enciende una chispa de alarma en las mujeres.

—Te la compro.

—No es mía, hermano. Se la cuido a mi *concho*.

—Te la cambio por una de mis mujeres.

La alarma de las mujeres estalla en ira y angustia. Lo conocen demasiado. Marie, confiada en su inmunidad, se le acerca.

—Manuel, no...

Pero él la aparta de un manotazo y sigue atento a la mujer. Ella se desentiende de él, se cubre otra vez la cabeza y vuelve a ocuparse del herido, quien balbucea:

—Yo... Te digo que no puedo, hermano...

—Te doy dos de mis mujeres... Y dos caballos, los mejores que has tenido.

Camina Distinto y Torcaz Hermosa sueltan el llanto; Marie palidece; las otras protestan ruidosamente.

Con tremendo esfuerzo, Guanaco Veloz se levanta y apremia con el gesto a la vasca para que le ayude a montar.

—Me... me voy, hermano. Déjanos ir. No quiero que...

La voz de Diez Aguadas adquiere el tinte metálico que empavorece a quienes lo conocen.

—Quédate.

El otro queda en suspenso.

—Precisas comida para tus hijos. Tengo vacas. Te juego todas mis vacas contra la mujer.

Las mujeres se desesperan. Demasiado saben lo que significa la palabra “juego” en boca de este hombre. Especialmente, les ronda el caletre el recuerdo de la madre de Cabeza Amarilla, perdida hace tiempo jugando al *quechucan* contra un jefe de allende la Montaña Nevada.

—No... puedo jugar ahora... Tal vez si mejoro...

—No quiero esperar. La quiero ahora.

—Te... la presto esta noche, hermano...

Impaciente, Diez Aguadas agarra un brazo de la mujer con aire posesivo. Con la ventaja de la sorpresa, ella le gana la espalda, le abraza la garganta,

le saca el facón y le clava un dedo de la hoja bajo el esternón. Antes de que nadie alcance a moverse, soltando un alarido rabioso, se lo quita de encima con un empujón violento que lo manda trastabillando a caer entre las brasas del fogón, y retrocede hasta afirmar la espalda en el mulo, blandiendo el facón con fiereza.

Tan pasmado como el auditorio, Baigorrita tarda en sentir la furia que le va inundando las venas. Entonces manotea una gruesa estaca de la pila de leña y atropella a la mujer gruñendo bajo y profundo como un jaguar empacado. Ella lo espera atenta, esquivo la parábola del garrote y le asienta un planazo en la cabeza, gritando:

—¡Basta, borrico! ¡No me obligues a matarte!

Baigorrita sacude la cabeza a lo perro salido del chubasco. Una calma homicida lo contiene. Mueve la estaca con la derecha, dejándola caer, machacóna, sobre la palma izquierda con chasquido carnoso. A la mujer le baja un arrechucho por la médula cuando ve la ira fría, calculada, que acumula en los ojos antes de venírsele encima. Engañada por una finta, hace un rápido quite y un estallido de noche se la traga.

—¡No la mates, hermano!

El grito lancinante de Guanaco Veloz inmoviliza a Diez Aguadas en una pose estatuaría, clavados los pies a ambos lados de la mujer caída, arqueada la espalda, abombado el pecho, echado atrás el garrote en el punto inicial del arco trágico a cuyo cabo el cráneo de la mujer vale lo que un huevo de chingolo bajo el casco de un caballo. Suman decenas los jadeos que pueden contársele a ese pecho en el im-

presionante silencio antes de que empiece a relajarse, baje mansa la estaca y se desplace como si desmontara.

Con zumbido de enjambre que levanta vuelo, arranca el murmullo del corro de mirones.

—¡Manuel! —chilla Marie, precipitándose hacia él. El resto de las mujeres corren hacia la desvanecida para desquitar el ultraje inferido a su hombre, y Torito Bravo desenvaina el cuchillo para contribuir a la purga.

—¡Déjenla!

El grito de Diez Aguadas es un estampido.

—Mataré a quien la toque. Esta mujer será mía... —esboza una sonrisa venenosa— ...si no consigue matarme antes —y se dirige a Guanaco Veloz, en cuyos ojos estupefactos todavía no cabe la secuencia que acaba de presenciar—: Me la has prestado. He tomado tu palabra. Serán mis huéspedes. Mis mujeres se ocuparán de ti y de tus criaturas. He dicho.

Mientras se deja curar la pequeña herida, Diez Aguadas no aparta de la vasca la mirada febril. No ordena marchar. Dedicar el día a observarla. La mira beber con ansia y comer con voracidad. La contempla a la distancia después que retira a Guanaco Veloz y sus hijos hasta la sombra de un algarrobito apartado. Y cuando los fogones se extinguen, traspasa el círculo de silencio, tan dolido como inofensivo, con que lo han cercado sus mujeres, que fingen dormir, y camina bajo las estrellas hasta donde descansan sus forzados huéspedes. Pero la mujer resiste con tal escándalo, que el frustrado conquistador opta por volver a su lecho con humor perruno.

La contingencia posterga rencillas y celos internos en el harén. Demasiado casualmente, todas salen más temprano que nunca a buscar esquivas raíces comestibles, dispersándose por el filo de los guadales. Y como sin querer terminan por juntarse todas, hasta la arisca Marie, a prudente distancia de indiscreciones familiares.

—Esta gente se come nuestra comida. Y come demasiado —protesta Lengua Amarga.

—Esa gran vaca colorada ha vuelto loco el corazón de nuestro hombre —dice Refulgente Lucero de la Tarde.

Torcaz Hermosa, acariciando su embarazo, se lamenta:

—¿Qué vamos a hacer con ella?

—No podemos hacerle nada. Si algo le pasa, Diez Aguadas es capaz de matarnos —dice Lengua Amarga.

—No va a matar a nadie, pero mientras no consiga yacer con ella nos hará quedar aquí y deberíamos estar marchando. Cuanto más demore, peor se pondrá él. Debemos hacer algo para que lo acepte pronto —dice Refulgente Lucero de la Tarde.

—Pero no parece dispuesta —dice Camina Diferente, que ha retirado de su espalda la cunita con el bebé y le mete un pezón en la boca para hacerlo callar.

—¿Cómo no comprende que si no lo acepta él la puede matar? —dice Lengua Amarga.

Su hijo Armadillo Juan las observa con sus enormes ojos melancólicos sin perder palabra de la conversación.

—Esa vaca colorada debe ser loca. ¿Cómo puede resistirse a Diez Aguadas?

—¿No han visto que parece un hombre? Seguramente prefiere a las mujeres.

—Ella no sabe qué hacer. Viene del otro lado del Lago Grande, como yo. Cuando llegué, a mí me pasaba lo mismo —interviene Marie, y todas reparan en ella como si recién llegara.

—Pero tú... ¡Tú, sí! ¡Tú convencerás a la vaca de copular con Diez Aguadas! —se ilumina Refulgente Lucero de la Tarde.

—Estás loca. No quiero que lo haga.

—Nadie te pregunta, cabeza de zapallo. Hoy mismo hablarás con ella si no quieres que te rompamos todos los huesos.

—Pero...

—¡Cállate y escucha! Tendrás que explicarle cómo se debe pagar aquí la hospitalidad y todo lo que tú misma has aprendido. Le dirás que Diez Aguadas ya ha matado a otras mujeres por negarse a copular con él y también ella terminará muerta.

—Eso es mentira.

—¿Qué sabes tú de eso? ¿Copulas con él unas pocas lunas y crees que sabes todo de nuestro marido? Dile a esa vaca colorada lo que te digo, que ella tampoco sabe si es cierto. Y tú, Camina Distinto, ve a pedir a Volaba Planeando de Otro Modo que ruegue a los buenos manes para que esta sabandija logre convencer a la vaca y nuestro marido vuelva a ser el de siempre.

Así, la vasca queda rebautizada *Vuta Colüguaca*, la Gran Vaca Colorada.

Con paso inseguro, Marie se acerca a los forasteros. Alrededor, indiferentes al aliento de hornalla que se vuelca del cielo, Torito Bravo y Armadillo Juan confraternizan con los hijos de Guanaco Veloz, divirtiéndose a costa del más chico de los cautivos de la casa, que aparenta flacos y desvalidos seis o siete años. Se detiene a unos pasos de la vasca, que finje no advertir su presencia, y la mira construir una precaria protección de totora contra el sol para Guanaco Veloz. La vasca ignora su saludo en español y en lengua de la tierra. Se le acerca más y pregunta, esforzándose para que su voz no desnude su vergüenza:

—Hola. Soy Marie. ¿Cómo está tu hombre?

Todavía sin mirarla, le responde:

—Qué va a ser mi hombre éste.

—¿Y entonces?

—Hace ya dos meses que estos cerdos mataron a mi hombre —por fin la mira, pero vuelve a apartar la vista—. Y mi niño cayó de un caballo y se quebró el cuello.

—Lo lamento mucho. También mataron a mi marido, y mis hijitos no sé dónde andarán. Me los quitaron hace tanto tiempo...

Al verla llorar, la mujerona se acerca y le pasa un brazo por los hombros. Cuando nota que se calma, indaga:

—Eres francesa, ¿verdad?

—Sí.

—Yo soy vasca española, y también me llamo María. ¿El indio apuesto es tu marido?

Marie sonrío tristemente.

—El marido de las cinco que estamos con él. Yo soy la última cautiva que compró para concubina.

—Sin embargo, parece que tú seas importante aquí.

—Le escribo sus cartas y le leo las que recibe. Y Manuel se entusiasma mucho con las mujeres nuevas... como ahora contigo.

—¿Manuel? ¿Acaso es cristiano?

—Es mestizo, pero un sacerdote lo bautizó con el nombre de su padrino, Manuel Baigorria, un blanco que fue cacique entre estos indios. Los españoles lo llaman Baigorrita. En su lengua se llama Diez Aguadas.

—Conque cinco hembras...

—Tenía nueve, pero ha perdido las otras por la viruela y... el juego.

—¡Caray con el indiecico! Ha de ser un buen amante.

—Seguro que sí. Deberías comprobarlo tú misma.

—No me interesa.

—Es lo menos que pretende de ti por su hospitalidad.

—Me estás echando en sus brazos...

—Es que si sigues tan obcecada te puede matar.

—No le será tan fácil.

—¿No ves que puede hacerte estaquear hasta que el sol te mate y te coman los caranchos?

—¿Qué es eso de estaquear? ¿Y caranchos?

Marie le señala un ave carroñera con aspecto de aguilucho que trata de arrancar algún pellejo de un hueso de caballo roído, no muy lejos.

—Eso es un carancho. Te desnudan y te atan de pies y manos a cuatro estacas, al sol, pero an-

tes de que te mueras de sed, los caranchos se dan cuenta que no puedes evitar que te arranquen los ojos mientras estás viva.

—¿Este hombre es capaz de hacer eso?

—Él es capaz de todo, *Colüguaca*.

—¿Cómo me has llamado?

Marie enrojece.

—Perdóname, se me escapó. Las mujeres te llaman *Vutacolüguaca*.

—¿Y eso qué significa?

—No te gustará saberlo.

—Dímelo.

—La Gran Vaca Colorada.

—Je. Jeje... ja, ja, ja... Sois unas... ja, ja, ja... cerdas... ja, ja, ja...

—Y bueno, a mí a veces me llaman la Lomo Blanco...

—Sois buenos aquí para los apodos.

Se recompone y adopta un aire serio.

—Mira, te diré algo: comprendo muy bien mi lamentable situación aquí, y agradezco tu consejo. Tal vez lo siga. Sin ceder algo jamás podré escapar...

—¿Tú quieres escapar?

—La esperanza de volver a mi tierra es lo único que me sostiene, Marie. Juro que me escaparé.

—¡Nosotras te ayudaremos! —se entusiasma Marie.

—¡Hmm! Quieres eliminar la competencia, ¿eh? Igual que las otras, supongo —el acero de sus ojos abochorna a Marie, que baja los suyos—. En esto todas estáis de acuerdo, ¿eh?...

Marie calla.

—Bien, tú no te afanes: di a las otras que dejaré acercar a vuestro semental. Por supuesto, todas vosotras deberéis ayudarme a escapar después.

María, pensativa, se atarea distraídamente con los hijos de Guanaco Veloz. De pronto, como quien se arroja al agua, se yergue en toda su estatura y camina enérgicamente hasta el lugar donde Baigorrita y los suyos comen. Diez pasos antes de llegar la detienen todos los ojos clavados en ella. Todos... menos los de Diez Aguadas. Ella llama a Marie con una seña y cuando llega a su lado le pide:

—Mira, he... estado pensando. Quiero que hagas la traductora para hablar con tu marido.

—Bueno... espera un momento.

Marie se acuclilla junto a Baigorrita, que mastica un tendón reacio aparentando total indiferencia.

—La mujer grande quiere hablar contigo, Manuel.

—Ug...

—Acércate, María. ¿Qué quieres decirle?

—Dile que estoy dispuesta a... acostarme con él esta noche. Pero... no lo haré a vista y paciencia de todo el mundo, como acostumbráis aquí. Que haga al menos una de esas tiendas de pieles.

—Manuel, esta mujer dice que esta noche puedes dormir con ella, si haces armar una *ruca* para los dos.

Silencio. Él no mueve ni los ojos. De pronto ríe.

—¿Que yo haga...? Debe estar loca. La moleré a palos y la copularé todo lo que quiera.

—Escucha, María... Esto no es como tú crees. No puedes poner condiciones. El está enojado contigo ahora. Las costumbres...

—Está bien, está bien... Justamente ésa es la cuestión. Dime tú, que pareces haberlo aprendido todo, qué debo decir o cómo debo actuar.

—Entonces, arma tú misma la carpa. Cuando caiga la noche, enciendes un fuego, preparas la cama, te desnudas, te acuestas y esperas. Si él no va por su cuenta yo lo empujaré. Tienes que tragarte tu soberbia y mostrarte muy sumisa.

—Gracias, querida. He de procurar hacer al pie de la letra cuanto me dices.

—Tendrás que ir al monte a cortar unas pèrtigas. Después yo te daré unos cueros. Y no fijes la mirada en las personas como siempre lo haces. Esa actitud es muy mal vista aquí. Yo ya me acostumbré, y hasta a mí me resulta molesto cuando me clavabas tus ojos...

Armadillo Juan no parece hijo de una cautiva blanca. Tal vez por eso, Diez Aguadas suele mirarlo. Ahora lo tiene echado sobre las rodillas y le revuelve el pelo con cariñosa rudeza. Inesperadamente, el chico empieza a hablar.

—¿Sabes lo que han dicho mis madres, *chachai*? Dicen —remeda a Refulgente Lucero de la Tarde—: “está loco con esa vaca colorada”. Dicen —remeda a Torcaz Hermosa—: “¿Cómo puede resistirse a mi *chachai*?”.

Baigorrita, divertido, lo anima a seguir hablando, mientras se demuda el rostro de sus mujeres.

—Dicen —vuelve a remedar a Refulgente Lucero de la Tarde—: “dile a la vaca que mi *chachai* mata a las mujeres que no copulan con él” —Diez Aguadas no puede contener la risa—. Dicen: “tú,

cabeza de zapallo, dile que duerma con mi *chachai* o te rompemos los huesos”.

Las estentóreas carcajadas de Baigorrita desfondan el calor del mediodía y van rebotando a inquietar la modorra allá en lo profundo de los montes lejanos.

La luna dibuja fantasmas con las sombras de los arbustos, inunda el llano estéril y se quiebra en el caparazón de cuero, inmóvil como una gran tortuga muerta. No lejos, un colchón de brasas se extingue bajo un grueso cobertor de ceniza. Alrededor, varios bultos ahusados descansan. Sólo quedan dos personas sentadas junto al fogón.

—Ella ha hecho una *ruca* para ustedes y te está esperando, Manuel. ¿Qué esperas tú? —incita Marie.

Él se levanta y se encamina lentamente al improvisado tálamo. Pero a medida que avanza su naturaleza lo traiciona, y termina por correr. Entra, aventa el poncho que cubre a María, la levanta de las caderas, la ensarta brutalmente desde atrás y así, a cuatro patas, la posee con fiereza, sintiendo cómo los gritos de dolor que le arranca resarcan en sus oídos la humillación que vino acumulando en el pecho desde que la conoció.

Después, a medida que la luna cruce el firmamento, y empalidezcan las estrellas, y el sol suba para calentar el reducto como un horno, y vuelva la luna a enfriarlo, sostendrán un torneo sexual capaz de transformarlos infinitamente en amantes, rivales, cómplices, enemigos...

Afuera, un cerco de desazón y celos... la admiración, la envidia, el orgullo, la pena.

Guanaco Veloz, echado a la sombra del mezquino resguardo de totoras, bebe agua del odre enterizo de cuero de cordero que uno de sus chicos le sostiene en alto. Luego sigue aleccionando a su hija mayor.

—Lo primero que debes decirle cuando entres es: “*Marimari* gran jefe. Me envía mi padre Guanaco Veloz para que te pida algo de comer para él y mis hermanitos”. A ver: ¿cómo le dirás?

La niña, muy seria, repite sus palabras sin errores.

—¡Muy bien, hijita! Serás una gran embajadora de tu padre. Dile que hace dos días que no comemos nada. Que yo todavía no puedo caminar ni montar a caballo, por eso no he podido conseguir comida.

La niña pone a prueba su audacia. Seria y decidida, levanta el cuero que cortina el refugio donde se estancan olores misteriosos.

Desnuda, la pareja deja de comer para mirarla con curiosidad. María se cubre, mientras la niña se adelanta a las preguntas y dice su discurso con voz monocorde hasta terminarlo casi sin respirar. Su empaque hace reír a María y hasta Diez Aguadas suelta una risita.

—Dile a tu padre que en seguida les haré dar de comer.

Después que la niña sale comenta, como si María pudiera entenderlo:

—Estas mujeres... Desquitan sus celos haciendo pasar hambre a esta gente. Pero ya es el tiempo de salir de aquí.

Ella, a la expectativa, al verlo vestirse se empieza a vestir también. Al salir, ajustándose la vincha, él le indica por señas que volverá por la noche.

—Nos estamos quedando sin comida —dice Jaguar Azul.

—Allá, en nuestros montes, todavía deben quedar ocultos muchos de nuestros caballos y vacas que sólo nosotros podríamos encontrar —dice Lucho.

—Me gustaría volver a buscarlos —dice Jaguar Azul.

—No sé de dónde sacan los *güinca* mulas y caballos, pero siguen patrullando los montes y caminos de nuestra tierra. Será difícil llegar allá sin que nos sientan —dice Chingolo.

—Es cierto, pero si se pudiera... —dice Lucho.

—Pediré a Diez Aguadas que me deje ir —dice, decidido, Jaguar Azul.

—Yo quiero acompañarte —dice Chingolo.

—Pero por ahora mi suegro está muy ocupado... —dice Jaguar Azul, señalando, socarrón, el refugio de los amantes.

—Los soles pasan, los *güinca* avanzan, el *gualichu* vuelve a enfermar a la gente, sólo nos quedan tres vacas y a Diez Aguadas la única vaca que le interesa es la Colorada Grande. Celeste ya habrá cruzado el Río Colorado; Lengua Veloz, Jaguar Colorado y hasta mi padre Uña de Puma estarán en el Salado, y la gente de Dos Zorros ya ha de andar por el Neuquén. Mientras, nosotros seguimos aquí —resume Refulgente Lucero de la Tarde en cónclave de mujeres.

—¡Viene un mensajero! —anuncia Lengua Amarga.

El recién llegado aguarda a prudente distancia que lo autoricen a desmontar.

—*Marimari*, hermano —saluda Refulgente Lucero de la Tarde.

—*Marimari*. Que sea bueno este día para ti. Que tú y las mujeres y caballos de tu marido se encuentren bien —responde el joven, respetando la costumbre de no mirar a la cara a una mujer casada. Ella sonrío.

—Puedes apearte, hermano. ¿Cómo están tus caballos? ¿Qué se te ofrece?

El joven desmonta, siempre a distancia y esquivando la mirada.

—Mis caballos están bien, aunque sólo dos me quedan, hermana. Traigo un recado de Lengua Veloz para Diez Aguadas.

—¿Qué dice Lengua Veloz?

—Ya está cruzando el Salado con las ovejas y ha recibido informes muy malos.

—¿Qué informes?

—Las patrullas *güinca* pasaron por Donde Hay Divisadero y avanzan sobre los montes persiguiendo a los retrasados.

—Pero entonces... ¡tenemos que irnos de aquí! —exclama Lengua Amarga.

—Esperen. Por favor, hermano, di a Lengua Veloz que daremos su informe a Diez Aguadas. Ve con esa Perra Cautiva, que te dará algo de comer y lo que desees.

Mientras ambos se apartan, las mujeres se afiebran.

—Debemos arrancar a la Gran Vaca de entre los brazos de Diez Aguadas.

—Antes que nada, Lengua Amarga, manda a tu hijo de paseo para que no vaya después con cuentos.

—Vete a jugar, Armadillo Juan. ¡Vete, vete!

—Hay que hacerla huir hoy mismo. Y de forma que nadie la alcance.

—Lo haremos. Lengua Amarga, ve a buscar a *Marí* y a *Camina Diferente*.

Lengua Amarga cruza por entre un corrillo de chicos entecos, el suyo entre ellos, que se divierten a su modo en el calor de la tarde. Vuelve con las ausentes y Refulgente Lucero de la Tarde toma el mando.

—Esta noche haremos escapar a la Gran Vaca. Cuando todos duerman, Lengua Amarga, *Marí* y *Camina Distinto* llenarán cuatro odres con agua y los llevarán al bajío de duraznillos. Lleven a la Perra Cautiva para que les ayude. Tú, Lengua Amarga, te quedarás con ella a esperarme mientras yo busco los cuatro mejores caballos de marcha, aunque tenga que sacárselos a Diez Aguadas...

—¡Estás loca! ¿Qué haremos para que no nos mate a todas? —interrumpe Torcaz Hermosa, mientras las otras chillan de miedo.

Refulgente Lucero de la Tarde, persuasiva, señala a Marie con gesto torvo:

—Le diremos que ésta fue quien ayudó a la Vaca a escapar, a ver si por una vez la castiga a ella y no a nosotras.

—¡Eres una...! —grita Marie, y tratando de atraparla por la enorme trenza renegrida le arranca el

cubrecabeza de plata. De un solo puñetazo en la nariz, la mujer principal la deja tendida en el polvo gimoteando entre lágrimas y sangre. Cabeza Amarilla corre en su ayuda, y Refulgente Lucero de la Tarde continúa como si nada, mientras vuelve a colocarse el *chrarilonco*:

—Una vez que tenga los caballos los llevaré al bajío para cargar el agua, y mandaremos a la Perra Cautiva con ellos a esperar a la Gran Vaca detrás de aquél médano grande, así la culpabilizan si llegan a descubrirla. Torcaz Hermosa borrará las huellas. Tu, Lomo Blanco, deja de quejarte y ve ahora mismo a decirle a la Gran Vaca que debe esmerarse en agotar a Diez Aguadas, espero que sea capaz; cuando él esté bien dormido, que vaya a encontrarse con la Perra Cautiva. Si anda rápido toda la noche, todo el día y la noche de mañana sin aplastar los caballos ni perder el rumbo norte, podrá salvarse. Que ni se le ocurra llevar a la Perra, porque los caballos no aguantarían ni les alcanzaría el agua.

Marie se limpia la sangre y las lágrimas con gesto rabioso, toma de la mano a Cabeza Amarilla y va a cumplir la orden.

El clima confabula en favor del plan. El bochorno desemboca en violenta tormenta nocturna, que viene a proteger la fuga y disimular las huellas. Luego, alta ya la noche, escampa.

Al despuntar el sol Baigorrita regresa de bañarse y pregunta:

—¿Dónde está la mujer grande?

Silencio. En los ojos de obsidiana se enciende una luz de sospecha, rápidamente alimentada por la actitud particularmente obsequiosa y sumisa de Refulgente Lucero de la Tarde, que al fin se atreve a musitar:

—La cautiva escapó, *mevuta* [marido].

—¡Hay que alcanzarla!

—Lleva los cuatro mejores caballos y mucha agua, *mevuta*.

—¡Mis caballos! ¡Han sido ustedes!... ¡Las voy a!...

Busca su daga, pero Refulgente Lucero de la Tarde ha tomado sus precauciones. Como tampoco el arreador está a la vista, dobla en dos un grueso cabestro de guasca. Los ojos de Refulgente Lucero de la Tarde se agrandan.

—¿Dónde están las otras?!

La pregunta de Diez Aguadas no es sólo para ella: rodean el fogón Marie, Cabeza Amarilla, los tres cautivos, Pecho Colorado Chica con sus dos hijos pequeños y su hermano Torito Bravo, concurrencia cuidadosamente calculada por Refulgente Lucero de la Tarde como posible amortiguador de la cólera de su marido. Lengua Amarga se ha quedado por su cuenta, seducida por la inminencia de un episodio que imagina de crueldad y violencia inauditas. Confía en que la compañía de su hijo, Armadillo Juan, la proteja si llega a resultar salpicada.

El cautivo picado de viruelas suelta:

—No son tontas. Por algo se han ido...

—¿Se han ido? ¿Adónde se han ido?

—Adonde no las puedas castigar por lo que te han hecho...

—¡Miente, *mevuta!* ¡Eres un mentiroso, te mataré si no te callas! ¡Ésta, tu gran favorita, es la única culpable!

Marie, demudada, balbucea:

—No es cierto, Manuel, yo no... —y enmudece de indignación y vergüenza.

Pero Diez Aguadas, aun en el colmo de la ira, no es manipulable. Azota con la guasca a Refulgente Lucero de la Tarde.

—¡No te hagas la inocente! ¡Sólo tú pudiste tramar esto, bruja traidora!

—¡Aayy!... ¡Pégame si quieres, pero juro que fue ella!

El cautivo picado de viruela aplaude:

—¡Ella las mandó a todas! ¡Ella las mandó a todas! ¡Pégale más, ja, ja, ja!

—¡Déjala!

El agudo chillido y un punzazo en la espalda hacen girar a Diez Aguadas sobre los talones. Allí, en el otro extremo de su propia lanza, Torito Bravo, con una expresión de furia homicida inconcebible en un chico de diez años, le apoya en el pecho la filosa hoja de acero lista para traspasarle el corazón.

—¡Si vuelves a castigar a mi madre lavaré mis manos en la sangre de mi padre, padre!

Baigorrita se ha convertido en piedra. Su estupor parece contagioso: durante un tiempo invaluable, ni la brisa se mueve.

El hechizo se hace añicos cuando Refulgente Lucero de la Tarde corre hasta su hijo, le arranca la lanza de las manos y lo refugia en su seno. Su dureza se licua en un ruego gemebundo:

—No lo castigues, *mevuta*, pégame a mí...

Súbitamente, el jefe reacciona y levanta la guasca vengadora sobre el ovillo que han formado en el suelo su mujer principal y su hijo; pero en vez de golpearlos, arroja lejos el cabestro. Con paso firme, aunque lento, camina hasta el palenque, desata un caballo, lo monta en pelo y lo lanza a toda carrera a través del arenal.

Vuelve muy tarde. Toda su familia lo espera reunida. Refulgente Lucero de la Tarde en persona sale a su encuentro para tomar la brida del caballo destruido. Sombrío, con una vara fina, larga y flexible en la mano, se acerca al grupo silencioso. Sin encono, casi con ternura, empieza a azotar a sus mujeres. Sólo Marie se libra del castigo. Las demás, en diversa medida según su jerarquía, reciben la porción que les cabe de reafirmación marital; pero la exclusión de la Gran Vaca de la disputa por los favores de su hombre les hace vivir la expiación como el justo precio de su feroz alegría. Torito Bravo ve cómo su madre soporta los varillazos sin quejarse; lívido, con los nudillos blancos de apretar los puños, sujeto con fuerza por su hermana Pecho Colorado Chica, logra contenerse.

Jaguar Azul llega cuando culmina el correctivo aplicado por su suegro. Aguarda a prudente distancia a que concluya su faena para acercarse.

—*Marimari*, suegro. Que tus caballos y tus mujeres se encuentren bien —saluda, sin advertir la incongruencia de la fórmula habitual.

—Están mal. Mis mujeres, porque acabo de castigarlas. Y a mis mejores caballos, ellas me los ro-

baron para hacer escapar a mi mujer nueva, por eso las castigué —responde jadeando.

—Perdóname... Puedo volver después.

—No. Perdóname tú, yerno. Eres bienvenido. No hagas caso de mi ira, no es contra ti. ¡A ver, ustedes, mulas inútiles: este fuego se está apagando!

Las maltratadas mujeres se estorban por atizar la hoguera.

—Perdóname también por no ofrecerte nada, pero casi no hay comida. Recién mañana mataremos una de las últimas vacas.

—Justamente por eso venía a verte, suegro. He hablado con Lucho y Chingolo de esto. Chingolo y yo queremos volver a nuestra tierra para buscar hacienda perdida.

Diez Aguadas se toma su tiempo.

—Nos hacen mucha falta algunas vacas... Vayan, pero por separado. Lleven cada uno sólo una partida chica, muy bien montada y sin impedimenta, que pueda andar muy rápido.

El agrio remedio administrado por las mujeres a su rijoso marido ha surtido frutos. Temeroso de que la fugitiva ponga a los *güinca* sobre su pista, ordena partir. Bajo el tórrido sol vuelven a desplazarse, lentas, las ralas hileras de estoicas siluetas, entre las brillazones del aire sofocante estancado por la tupida cortina montuosa. Diez Aguadas escolta al grupo con una docena de jinetes que arrean la caballada, suelta para que pueda ramonear al paso.

José, primero de la fila de caminantes, se detiene junto al carguero que lleva de tiro y llama al

jefe con una seña. Cuando se acerca al trotecito, le hace oír con sonoras palmadas el ruido hueco de los escuálidos odres de cuero.

—Estas *uñca* están casi vacías, Diez Aguadas. Y yo no podré caminar mucho más. Ya no soy joven.

Hosco, el jefe contempla la hirsuta pelambre gris y la corta barba apelmazados de tierra y sudor que enmarcan el brillo afiebrado en los ojos de su cansado secretario.

—El tiene razón, *mevuta*. Ya no podemos seguir. Hace rato quedó el viejo Atrás del Río tirado a un lado del camino, y desde ayer ya no nos acompañan la vieja Buscadora de Palomas ni su hermana Renacuajo Verde.

Un leve jadeo entrecorta el habla de Refulgente Lucero de la Tarde, en cuyo rostro reluce el sudor.

Diez Aguadas la mira largamente y responde, seco:

—Seguiremos. Algo descansaremos en la próxima aguada.

El resto de la fila no se ha detenido, y los va alcanzando. Marie llega y tercia:

—Pero si no descansamos, sólo tú y los que van montados podrán llegar a esa aguada, Manuel.

Tapada como está, sólo se ven sus ojos. Aprovecha el momentáneo respiro para descubrirse el rostro, y Diez Aguadas reprime un gesto de sorpresa cuando ve que el sol le ha convertido la faz en lлага. Comprende que no la ha visto a la luz del día desde que vienen marchando. Suaviza el tono:

—Todos llegaremos, *Marí*.

—¡Pero el agua no alcanza! —insiste ella, casi desesperada.

—Mandaré a buscar. ¡Gusano de Oro! —llama.

El muchacho se acerca al trotecito, atento a la consigna de no cansar al caballo por ningún motivo.

—Toma este carguero y ve con dos muchachos a llenar las *uínca* en aquella aguada que hallamos esta mañana. Vayan al trote largo y vuelvan al paso vivo.

Mientras la columna de polvo que levantan los cuatro caballos se achica hasta perderse en los reverberos, los demás siguen su andar de penitentes, que Diez Aguadas forzará hasta el límite de su resistencia.

*

No todos los grupos dispersos por el país del monte logran moverse con igual velocidad, y quienes cierran la marcha son los más vulnerables.

Varios jefes acatan las instrucciones de marchar separados del resto, pero otros, como Batallón de Pumas o Ciprés en el Deslinde, no pueden evitar que su gente, pese a todas las exhortaciones, sea absorbida por el mayor y más lento de los contingentes, al mando de Pluma Pequeña. La interminable caravana de varios centenares de personas termina por convertirse en una presa casi ofrecida a la voracidad de las tropas en campaña, cuyas partidas volantes reticulan el desierto a través de médanos y montes buscando rastros recientes.

Enfermos, madres con demasiados niños para poder cargarlos a todos y ovejas cansadas son las últimas cuentas del largo rosario que reptan entre boscajes calcinados de sol. Una mujer, con un chi-

co a la espalda, otro en brazos y un tercero prendido de su ropa, se sienta en la arena. Otros caminantes pasan cerca de la mujer sentada, pero ya nadie tiene fuerzas para aliviarle la carga. No es que ella no sepa que quedarse ahora significa perder sus hijos si la encuentran los *güinca* y, si no la encuentran, morir de sed los cuatro. Pero no puede más, y allí se queda.

Cierra la marcha una anciana que aparenta la edad de la raza humana, desmentida por una vitalidad de gama arisca. Su calma es casi arrogante cuando se detiene y vuelve el rostro, tramado de arrugas por el buril de las décadas, hacia el confín del monte donde se pierde el ancho rastro que vienen dejando. Los ojillos escudriñan la turbia faja de humo que las quemazones, ordenadas por Baigorrita para privar de pastos al enemigo, asientan sobre el horizonte, y en ella alcanzan a descubrir algún matiz particular de color, densidad o textura, porque anuncia:

—¡Vienen los *güinca*!

El ripioso graznido azuza a la gente como un latigazo. Cada vez que alguien vuelve la mirada a la espalda ve crecer hacia el cielo, inexorable, la nube de ceniza volátil. A su tiempo, en la base de la nube se empiezan a distinguir, como hormigas debatiéndose suspendidas en las ilusorias aguas que finge la resolana, los primeros jinetes. Inexorables, crecen los móviles puntos. El pánico arranca fuerzas de lo recóndito de huesos, sangre y tendones, y contra toda lógica los fugitivos corren, veloces, en todas direcciones, abandonando vacas y ovejas. Inexorable, crece el tropel de cansados ga-

lopes. Los vertederos de arena que alzan las primeras balas, los secos estampidos, el ominoso siseo de sables desalojando vainas, revientan el pavor en disfónicos aullidos que devienen estertores agónicos bajo el filo mellado del acero que ejecuta su siega inclemente. Inexorable.

El rumor del ataque corre de boca en boca como un viento que arrastra hacia adelante a la multitud y, en su camino, va alcanzando a los jefes. Chingolo, agregado con sus lanceros al regreso de su incursión en busca de hacienda, es el primero en enterarse; suelta toda la rienda a su montado en busca de su tropilla, convocando mientras abre picada entre la gente:

—¡A tomar los caballos de pelea! ¡A cubrir la retaguardia! ¡A matar *güinca*!

Monta a pelo limpio un caballo de guerra y vuela hacia la retaguardia seguido por algunos de sus hombres.

Las caballadas son un hervidero. Batallón de Pumas, Pluma Pequeña, Renacuajo Chico y varios más apartan sus mejores corceles. La confusión se generaliza. El viejo jefe brama:

—¡Que cada cual monte y saque un caballo de reserva! ¡No dejen la caballada junta! ¡Cada uno mande adelantar la suya con unos muchachos! ¡Los que estén listos, síganme!

Los demás jefes no dudan en acatar la autoridad que Pluma Pequeña se arroga. Provistos de sus lanzas por la diligencia de sus asistentes, lo siguen con sus hombres.

Mientras, como un enjambre de avispas furiosas desparramadas por el viento, Chingolo abate

su pequeño pelotón contra los soldados poseídos por la fiebre de la persecución. Pero el hábito, a veces eficaz, de entrar al combate intimidando al enemigo con espeluznantes alaridos anula el factor sorpresa, tal vez el único que hubiera permitido causarle algún traspíe, siquiera mínimo. Alertados por la bulla, los soldados se reagrupan rápidamente, desmontan, se abroquelan en cuadro y vacían la carga de los Remington casi a quemarropa sobre los ululantes jinetes. Una bala le entra a Chingolo bajo la nariz y le revienta el cráneo. Ruedan varios lanceros y el resto se retira entre el zumbido de los proyectiles. Los caballos de los *güinca* no están en condiciones de perseguirlos.

Pluma Pequeña, Ciprés en el Deslinde y Batallón de Pumas cargan furiosa y reiteradamente, con gruesos pelotones, contra el inexpugnable cuadro, continuamente reforzado por más soldados. Se repliegan al atardecer. Ciprés en el Deslinde y muchos otros quedan tirados en el campo. Desde muy lejos, una bala postrera mata, todavía, a Batallón de Pumas.

Al alba se reanuda la extraña pugna. Los *güinca*, a pie, van capturando paso a paso a los rezagados. Para protegerlos, Pluma Pequeña se ve obligado a ordenar carga tras carga, sucesivamente frustradas contra las balas.

Harto de llevar la peor parte en esta tragedia de ratón y gato, el viejo jefe reúne a todos los lanceros disponibles y los arrastra a un ataque desesperado. Lo encabeza bravamente, y es de los primeros en caer. Renacuajo Chico, con ayuda de otros hombres, logra rescatar el cadáver y abandonar el cam-

po. Muchos se rinden. La cosecha de prisioneros resulta fácil para el enemigo.

Guaminí, febrero 15 de 1879

SEÑOR INSPECTOR Y COMANDANTE GENERAL DE ARMAS

[...] Llevo 103 indios de lanza prisioneros, 297 de chusma, 27 cautivos de ambos sexos rescatados. Han sido muertos el Cacique Pichun, tío de Baigorrita, los capitanejos Lencué, Lincopal y Chincol y cuarenta y cinco de lanza. Se han tomado 243 animales vacunos, 777 lanares y 300 caballos más o menos [...]

Freire

Guaminí, 15/2/1879

*AL SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA,
GRAL. D. JULIO A. ROCA*

Por el parte que dirijo al señor Inspector se impondrá V.E. del resultado de la expedición que se sirvió confiarme. El ha debido ser mejor, pero me faltó la caballada en el momento debido no tan sólo a las grandes fatigas que ha soportado, como a la carencia casi absoluta de pastos, pues Baigorrita había dado orden de mondar todos los campos, lo que ha hecho de una manera completa.

Los indios han principiado por mandar sus haciendas al Chadi-Leuvú, y aunque ellos parece no están dispuestos a irse, no tengo duda de que lo harán en la primera amenaza que se les haga de Villa Mercedes o Sarmiento.

Hay una gran seca, las lagunas principian a secarse, y a ponerse el agua intomable, hasta para la misma caballada [...]

Marcelino Freire, Teniente Coronel

La noche tarda en enfriar la intensa canícula vespertina. Las estrellas derivan mucho camino antes que el aire quieto reclame añadir un leño al fueguito agonizante en el fondo de un pozo. La llama renacida arranca de las sombras las figuras sentadas y cabrillea en los ojos absortos. Nadie habla. Amparadas en el silencio, las estrellas siguen derivando. Amortiguado, llega el gemir de mujeres en duelo.

Lucho piensa en voz alta sin dirigirse a nadie.

—Sabían que no tenían que juntarse todos. Marchando separados no hubieran podido causarles tanto daño...

Renacuajo Chico se siente aludido.

—Para eso hacía falta que alguno tuviera el mando general. Nos fuimos juntando casi sin darnos cuenta.

—Pero tampoco nos pidieron ayuda...

—No se pudo. Pluma Pequeña y yo nos enteramos del ataque cuando ya los *güinca* estaban matando la retaguardia indefensa.

—¿Ningún lancero los escoltaba?

—No, porque nadie mandaba, ya te lo dije.

José interviene para preguntar a Renacuajo Chico:

—¿Y tu familia?

—Quién sabe... Se han perdido mi mujer y su hermana con los chicos y también su madre, la hija de Pluma Pequeña. Tal vez hayan podido esconderse...

Diez Aguadas aparta del fuego su mirada, llorosa del lado izquierdo por el humo que sube desde el pucho retacón calzado en la comisura labial,

y la dirige hacia donde plañe, acampada a cielo abierto, su familia.

—¡*Marí!*...

La delgada silueta se levanta, cruza la oscuridad entre ambos resplandores y viene a detenerse casi tocando al acucillado jefe, que ha vuelto a clavar la vista en el fuego.

—Aquí estoy, Manuel.

Pasa un rato antes que decida hablarle.

—Dile a las mujeres que terminen ya su duelo y den algo de comer. Partiremos cuando *Melipal* llegue aquí —y señala un punto en el firmamento por donde la Cruz del Sur deberá cruzar más tarde. Lucho lo interrumpe.

—Los *güinca* ya se han ido. ¿Para qué apurarnos?

—Tal vez no se han ido. Pueden usar los caballos tomados para montar alguna avanzada. Envía tus exploradores a descubrir. Renacuajo Chico, ve con cinco mensajeros a recorrer los grupos, que no se detengan.

*

Más allá del País de los Jaguares, el monte pierde altura y, con breve transición, muere en la arena de la travesía. Diez Aguadas, a vanguardia con las tropillas, sujeta su caballo cuando pisa el filo del desierto. Al verlo detenerse, la interminable y literal fila india que lo sigue, encabezada por su propia familia, suspira aliviada: por fin un descanso. Ilusión fugaz: el inflexible líder remonta al trote largo la doliente peregrinación para arengarla a no detenerse hasta el Salado. Pero mientras él se pierde allá, donde los últimos árboles del monte

ocultan la cola de la caravana, la cabeza de la columna se doblega sobre el candente lecho de arena, y son inútiles las exhortaciones de otros jefes para hacerla continuar. Cuando el jefe vuelve y lo advierte:

—¡Levántense y caminen, hatajo de vacas ruines! —brama, descolgando del hombro el temido arreador.

Soslayándolo con una mirada de un rencor casi sólido, Refulgente Lucero de la Tarde desafía su peligrosa ira.

—Eso se dice fácil, estando a caballo. Deberías caminar a pie como nosotros, a ver si puedes seguirnos... ¡Aah!

El fuego inmisericorde del látigo le ha cruzado la espalda, y la azotera se enrosca para tajarle la nariz y la mejilla. Torito Bravo atropella a su padre esgrimiendo el cuchillo, pero también recibe la mordedura quemante y rueda por el suelo, chillando. Refulgente Lucero de la Tarde, enajenada, se obstina:

—¡Sí! ¡Péganos! ¡Mátanos a todos a azotes, mal hombre!

—¡Que se levanten y caminen, digo! ¡Tú, la primera! A los que no sigan caminando ya mismo, los dejaré aquí muertos para comida de los caranchos. ¡En marcha! —y apoya su discurso repartiendo trallazos.

Entre ayes y maldiciones, lentamente se van levantando. En el fondo, saben que su salvación depende de eso. En la última aguada han cargado toda el agua posible, comida ya no queda, y en la travesía será imposible hallar una ni otra cosa.

Marie se levanta con mayor dificultad que el resto. Engarfiado en las espinas del camino ha ido quedando en jirones el vestido, y cabalga sobre los restos de la enagua a modo de chiripá. Ya nada protege las piernas, enflaquecidas como juncos, que lucen profundos arañazos en la piel ampollada y despellejada por el sol. Hace mucho que inutilizó todos sus zapatos, y ha improvisado unas ineficientes abarcas de cuero crudo que intentan proteger sus pies, literalmente destruidos. Ponerse de pie le cuesta un rosario de lamentos, y cada paso que da le arranca un quejido. Baigorrita, en su convincente revista, llega hasta ella y se queda mirándola. A los ojos le asoma la pena. No le parece cierto que sea la misma. Ella le sostiene la mirada.

—Te desconozco, Manuel. En menos de dos lunas te has vuelto un malvado.

—No contigo, *Mari*. Nunca te he castigado.

—Pero lo harías ahora si yo no siguiera marchando.

—No lo sé. Tal vez. Darías muy mal ejemplo con eso...

—O me abandonarías “a los caranchos”, como dijiste.

—Tal vez no podría evitarlo.

Con involuntaria ternura, ella se inclina sobre Cabeza Amarilla, dormida con la facilidad impartida por el doloroso entrenamiento cotidiano, y la obliga a levantarse. Diez Aguadas extiende un brazo para que la niña aferre su mano y la levanta hasta el anca de su caballo, donde en seguida vuelve a dormirse abrazada a su cintura.

Viejo José ha vuelto a encabezar la hilera. Detrás se encolumnan Refulgente Lucero de la Tarde, Torito Bravo, Camina Diferente, Marie, Torcaz Hermosa, Lengua Amarga, Armadillo Juan. Los siguen los cautivos: los dos muchachos, la Perra cargando a Venadito Abandonado, huérfano de madre desde hace tiempo a causa de la viruela, y la cautivita muda prendida de su ropa. Los perros, puro pellejo sobre huesos afilados, cierran la marcha.

Marie y Diez Aguadas comulgan con el tácito voto de silencio del pueblo en marcha. Es preciso ahorrar aliento y fuerzas. Bajo la mirada ponzoñosa de las otras mujeres, él cabalga a su vera durante mucho tiempo para que ella se ayude asida del recado.

*

Zorro Sentado, solo, con sus cuatro mejores caballos, arrastra la lanza al trote largo y rendidor sobre un rastro que mira cada tanto. Retorna a reunirse con su gente, que dejó al cuidado de su lugarteniente y hermano adoptivo por amistad, Zorro Batallador, adelantada por el rumbo del Salado. Viene de entrevistarse con Pluma Pequeña, y ha debido seguir un camino muy errático para conferenciar con algunos de los conductores de pequeños grupos o familias diseminados al azar por la planicie montuosa. Ignora que, después su entrevista, las tropas han alcanzado y dado muerte al viejo jefe, y que apenas un tercio de la gente que lo acompañaba ha podido escapar de la muerte o la captura.

Sabe, en cambio, desde que tomó este rastro, que los *güinca* están aquí: las huellas de los cascos de cuatro caballos del ejército se enciman sobre las de Zorro Batallador y los suyos. Han de ser soldados de avanzada atrapados por el vértigo de la persecución, porque no llevan caballos de reserva y apuran demasiado la marcha. Sabe, también, que Zorro Batallador y sus hombres cabalgan adelantados a las familias pedestres, convertidas así en carne de sable. El odio y la ansiedad crecen en el pecho de Zorro Sentado, forzando insensiblemente el aire de su marcha. Ya al galope largo, avista las alturas de la Sierra del Pecarí y se aparta de los rastros, que se dirigen a rodearla por una ruta bien conocida, porque sabe que ya está muy cerca de los soldados. Pronto alcanza la sierrita; escondido en sus desniveles, descubre los cuatro caballos con monturas del ejército aliviando la sed en un pequeño abrevadero. De momento, no ve a los jinetes.

Sin perder de vista el abrevadero, coloca un bocado de seda a su gran pangaré de pelea. Los soldados no tardan en surgir detrás de unos matorrales, y empiezan a ajustar las cinchas. Zorro Sentado manea a sus otros caballos, se desnuda hasta quedar en chiripá, se quita el sombrero y la vincha, ajusta las espuelas y comprueba la disposición de su largo facón y sus tres pares de boleadoras en la cintura.

Sereno, pero rápido, monta en pelos, se inclina hasta el suelo para alzar la lanza y con leve presión de las rodillas hace subir al pangaré a un altozano. En alto la gastada moharra de hoja de

bayoneta, guarnecida más abajo por un espeso plumero rojo, observa a los *güinca*, que de pronto sienten su presencia.

Tras un instante de confusión, los soldados, veteranos, advierten que es un jefe y que aparenta estar solo. Entusiasmados, se enhorquetan y sajan a espuela y lonja el cuero de sus montados que, transidos de fatiga, apenas logran arrastrar un penoso trotegalope. La reseca luz de la tarde declinante exagera los relieves del más corpulento *rancülche* vivo. Espera. Cuando están al alcance de su voz, reta:

—¡Yo siendo *Anünguer*! ¡*Chregua* [perros] viniendo!

—¿Soj Anener? ¡Vení que yo te via dar Anener, indio pulguiento! —retruca el cabo negro que encabeza a los suyos.

Con un movimiento puro como un arpegio, Zorro Sentado apresta la lanza cual brizna; atento, el pangaré baja la cuesta, pasando en armónica cadencia del paso al trote, al galope, a la carrera... cuasi al vuelo. Obediente a sutilísimos impulsos, zigzaguea para confundir al enemigo.

El cabo Rosas cree que ha esquivado el ataque, pero la lanza que amagaba a su negra piel ha ido en busca de otra presa. El doble alarido del matador y el que muere le taladra la cabeza y se vuelve a tiempo para ver que la moharra ha traspasado al cabo Vega por el vientre. La distracción le cuesta cara: el pecho del pangaré toma a su caballo con las manos en el aire y lo revuelca en el polvo.

Zorro Sentado deja la lanza espetada en la víctima y busca un par de bolas en la cintura, mien-

tras otro veloz zigzaguo del pangaré lo aleja del alcance del sable del único soldado raso y lo acerca al cabo Brandán, quien intenta escapar. Con un salto portentoso desde el lomo del pangaré, el gigante se enhorqueta en el anca del caballo de Brandán, que se derrumba bajo el sobrepeso.

—¡Yo siendo *Anünguer!*

Con un golpe tan rápido que la bola se pierde de vista, Zorro Sentado la sepulta en la nuca del cabo, y el golpe le expulsa los ojos de las órbitas.

Veloz, con una bola girando a sogas cortas en cada mano, se vuelve hacia el soldado, que lo embiste, y le suelta un bolazo fulminante; pero el otro se tira del caballo a tiempo y la bola sólo le desbarata el hombro.

—¡Yo siendo *Anünguer!*

Un sablazo furibundo del negro Rosas le parte el cráneo con un ruido de zapallo. El pangaré, detenido en cuanto notó la pérdida del jinete, vuelve a buscarlo. Zorro Sentado se cuelga de él al pasar y se deja arrastrar al galope. Al no sentirse perseguido, el animal se detiene, y el malherido *rancülche* consigue al fin treparse al lomo; acomodando cuidadosamente el cuerpo bajo su dueño para que no se deslice, el caballo lo aleja definitivamente del peligro.

Guaminí, febrero 15 de 1879

Por nuestra parte sólo tenemos que lamentar la muerte de un cabo del Regimiento 2o., un cabo y un soldado heridos y un trompa extraviado [...]

Freire

Tres días después, anunciaban unos indios tomados, que Anener había pasado por sus toldos con parte de los sesos a la vista.

(La Patria, 14/7/1879)

*

El sol se apiada de los verdugones que alteran el pellejo arenoso del desierto: declina purpúreo sobre el horizonte. Desde lejos, es preciso prolongar la observación para darse cuenta que son hileras de caminantes que se mueven, tanta es su lentitud.

La menguada caballada responde sin entusiasmo al insistente acicate de los arrieros, tan bajas las cabezas que el resuello agita el polvo del suelo. De pronto, uno alza la testa y ventea con ansia, clavando la vista y las orejas al frente. El resto no tarda en captar el sutil mensaje de la brisa. Los belfos se expanden, temblorosos; los ojos empañados brillan súbitamente; los que vienen sujetos tironean de las bridas; el tranco se alarga al trote, al galope, y al culminar en estampida alguno pierde las cargas. Quién sabe dónde, los esqueléticos perros encuentran energías para correr tras ellos.

La gente, que aguardaba estos signos, también logra apurar la marcha, ocultando el ansia bajo su cota inmutable.

A nadie le importa lo salobre del agua. Los yeguarizos sorben larga y sonoramente. La gente bebe, se desnuda y se sumerge en los bajíos. Algún perro se atraganta mientras nada. Lejos de los perseguidores y con agua, esto es un retazo de felicidad, aunque el hambre escueza los estómagos. Hasta el

gualichu parece dar una tregua: hace días que no cobra nuevos enfermos de viruela. Después, los perros cazadores salen a buscar presas para sí y para sus amos por la costa del Salado.

*

Seis Cuernos había quedado con su gente muy rezagado de Pluma Pequeña. Engolosinadas tras éste, las tropas no lo hallaron. Pero ahora que regresan batiendo en franjas todo el territorio, es imposible pasar hacia el Salado sin tropezar con ellas. El grupo se ve forzado a contramarchar a ocultarse en los confines más inaccesibles de los montes de Donde Hay Divisadero.

Apenas terminan de borrar cuidadosamente las huellas del trayecto a estos escondites, cuando un explorador informa que algunos soldados bien montados descansan junto a la laguna. Los ojos de Seis Cuernos refulgen.

—Tenemos que quitarles los caballos.

—Pero, hermano, estamos casi a pie... —objeta su lugarteniente Pasto Verde.

—Por eso mismo necesitamos esos caballos, y se los quitaremos.

El tono no admite réplicas.

Mucho antes del alba, invisibles en la lobreguez enconada por ventosa llovizna, varias sombras reptan, pacientes, aplastadas al suelo, hasta la caballada enemiga, cuya ubicación perciben misteriosa pero infaliblemente. Se deslizan entre las patas de los animales y los van soltando.

Pero... uno de los guardias también es *rancülche*. Quizá una alteración imperceptible en el ritmo de algún resuello lo alerta, y dispara dos tiros de alarma. En un instante bolas y cuchillos lo dejan fuera de combate, pero la operación ya ha abortado. A costa de herir varios caballos, los soldados abren a ciegas un fuego graneado, que encuentra blancos a medida que los merodeadores se levantan para escapar. A los primeros tiros, Seis Cuernos y el resto de su tropa, a la expectativa en las cercanías, acuden a galope tendido, se apean y sostienen el entrevero por largo rato. Cuando finalmente se retiran, los soldados corren a sus caballos, montan en pelos y los persiguen, alumbrados por los fogonazos.

Apenas clarea, los perseguidores empiezan a alcanzar a las familias y la fuga se torna desesperada. Un hombre, dos muchachos y una niña ayudan a correr a una mujer, que carga una criatura de pecho, por una pequeña hondonada. Son cautivos blancos. De pronto, el hombre de detiene y grita en español:

—¡Esperen! ¿Pa qué nos escapamos? No han de hacernos nada, no somos indios.

La mujer abre enormes los ojos. Su expresión vira rápidamente de la sorpresa a la furia, y grita en lengua de la tierra:

—¡Eres un perro! ¡Seis Cuernos es mi marido, el padre de mis hijos, no lo traicionaré!

—¡Basta! Vos venís con nosotros y se acabó. ¡Agarrenlan!

Los muchachos intentan tomar a la mujer, pero ella aferra a su hija, profiere un graznido chirriante

te, los atropella, se abre paso y corre. El hombre la alcanza pronto y la sujeta con fuerza. Los otros le ayudan. Ella los pateo con saña, pero en el forcejeo no puede evitar que le arranquen la criatura de los brazos. Alzándola en alto como un trofeo, el hombre corre hasta una loma y llama a gritos la atención de los soldados, que inmediatamente enfilan hacia el grupo.

—¡Somos cautivos! ¡Somos cautivos!

En un momento los rodean. Mientras caminan, escoltados por un soldado, la mujer amamanta a su hija y va insultando ronca, metódicamente, en la lengua de la tierra, al hombre que la ha obligado a entregarse.

Villa Mercedes, marzo 13 de 1879

*AL SEÑOR COMANDANTE GENERAL DE ARMAS
DE LA NACIÓN*

El capitán Guevara, del cuerpo de mi mando, que el 26 del pasado desprendí con una partida ligera a explorar los campos de Leuvucó y Poitahué, me comunica que viene ya de regreso y a la vez me anticipa la noticia que en el primero de los parajes indicado ha habido una fuerza de ochenta indios que intentaron arrebatarme la caballada, matándoles quince hombres, hiriéndole muchos otros y tomándoles treinta prisioneros, incluso chusma y cinco cautivos. Los indios se han batido con desesperación, pues echaron pie a tierra y es en el entrevero donde resultaron cuatro heridos y dos contusos por nuestra parte. También han tomado a los salvajes una cantidad de animales vacunos, caballos y yeguas, cuyo número aun no conozco con exactitud [...]

E. Rodríguez, Teniente coronel

El tiempo va componiendo. Un rayo de sol rompe tímidamente las nubes y alumbra al menguado grupo, que camina arreando los caballos cansados. Casi todos los hombres van heridos, incluso Seis Cuernos, echado sobre la cruz de su pangaré tiznado.

Pasto Verde lo increpa:

—Te advertí que no podríamos... ¡Mira cómo hemos quedado!

Pero Seis Cuernos ya no es el mismo. Sus seguidores más valientes, aquellos que sostenían sus desplantes en los parlamentos, han sido muertos o capturados. Muy lejos de su efervescencia cotidiana, devastado por la adversidad, se endereza sobre la silla con una mueca de dolor, dejando a la vista una enorme mancha roja en un costado de la camisa, que chorrea por las jergas y la panza del caballo hasta gotear a tierra, y con un temblor insospechado en la voz musita una respuesta impensable:

—No nos queda para comer más que estos caballos. Si vamos hacia el sur moriremos de hambre en pocos días. En cambio, alcanzan para alimentarnos hasta el territorio *güinca*. Iré con mi familia a entregarme en *Charmienchro*. Podrá venir quien quiera con nosotros.

Calla sobre un abismo de incrédulo silencio. Mientras a unos los va colmando la cólera, en la mente de otros se van abriendo camino las razones del jefe. Estalla el rechazo en boca de Pasto Verde:

—¡Vas a rendirte a los blancos! ¡Justamente tú! Diez Aguadas tiene razón: eres un cobarde disfrazado de *toro*. No seré yo quien te siga.

—Me seguirá quien quiera, ya lo he dicho. Pero no te llevarás más caballo que el que montas.

—¡Sabes que hacen falta tres caballos para llegar al Salado, y no podrás impedir que me los lleve!

Nadie habla, pero los presentes encierran a Seis Cuernos y a los caballos en un círculo protector. Pasto Verde comprende que no dudarán en matarlo. En el colmo de la furia, logra controlar su impulso homicida. Ahogado de rabia, monta, clava las espuelas y se aleja a gran galope profiriendo insultos terribles. Tres lanceros se van tras él silenciosamente; su mujer también intenta seguirlos con su hijita, pero otras mujeres la detienen y logran convencerla de renunciar a esa travesía suicida. Cuando, más tarde, Pasto Verde vuelve por ellas, se niegan a entregárselas. Ya calmado, acata con resignación su destino y se les une. Sus tres hombres han seguido hacia el sur.

Sarmiento, marzo 29 de 1879

[...] En este momento se que Linconao ha salido a recibir á un indio que viene con la familia a presentarse; el indio es Cayu mota [...]

Fr. Moisés Álvarez

*

En el campamento de la costa del Salado, Lucho busca certezas, pero sólo halla perplejidades:

—¿Y qué haremos ahora, hermano? ¿Has decidido ya cuánto estaremos aquí, y adonde iremos luego?

—No lo sé todavía, hermano. ¿Cuál es tu pensamiento?

—A veces quiero volver a nuestra tierra, a veces pienso que eso sería meterse como un ratón entre las zarpas del jaguar...

—Yo tampoco estoy seguro. Creo que deberíamos escuchar la palabra de todos mis jefes antes de tomar una resolución.

—Muy bien. Convoquemos a un parlamento. ¿Dónde se hará?

—Aquí mismo. Busca el mejor lugar, y esta tarde enviaré los mensajeros.

Lucho elige una isla rodeada por un profundo brazo del Salado, que ofrece mayor seguridad, y todo el mundo pone manos a la obra.

Recibir a una concurrencia numerosa en medio de tanta escasez exige un trabajo ímprobo. Los boleadores cabalgan días enteros para abastecer de carnes silvestres a las mujeres, quienes las cortan en tiras o fetas y las cuelgan a secar en zarzas y lazos tendidos, donde no las alcancen los perros y al cuidado de una parvada de chicos, que mantienen a raya con sus hondas a las hambrientas aves carroñeras. Una legión de mujeres, muchachos, cautivos y agregados ha escampado un extenso playón y construye una gran enramada sobre un costado para atenuar el solazo.

Las mujeres más viejas, bajo la guía de Flor de Luna, consorte de Uña de Puma, mastican granos entre las desdentadas encías y escupen ese fermento en pellejos empozados donde atesoran los escasos frutos silvestres que han podido recoger para hacer algo de chicha. Otras, sentadas al modo

de las mujeres de la tierra a la sombra de un arbolito, dosifican los contundentes ingredientes de la narcótica mezcla para fumar, apelando a las últimas reservas de tabaco. Por esta vez, la ausencia de yerba y azúcar impide hacer bolitas para chupar.

Junto a la enramada, Marie y Torcaz Hermosa improvisan un cobijo con los restos de la primitiva *ruca*, descartando puntales y estacas porque no hay cueros suficientes para cubrirlos. A Torcaz Hermosa la divierte el afán de Marie por tabicar recámaras para cada concubina colgando guiñapos de jergas inútiles.

—Estás perdiendo tu tiempo.

—¿Por qué?

—Esas mantas son las únicas que hay. ¿Con qué nos taparemos en la noche?

—Hace calor, con un buen fuego no hará falta taparse mucho.

—Entonces tendrás que conseguir mucha leña...

Pero esa noche, mientras la tierra pierde rápidamente el calor del día, aunque la Perra Cautiva es obligada a vigilar el fuego, todos descuelgan las mamparas para abrigarse, y las actividades maritales quedan expuestas a la luz rojiza.

*

—Yo, Diez Aguadas, he creído que este era el tiempo de convocarlos a esta reunión por las enormes calamidades que nos afligen. Todos sabemos que en las últimas lunas los *güinca* nos han deshecho. En mis recuerdos no encuentro otra época en que nos hayan causado tanto daño. Y creo que ni

los más viejos entre nosotros han llegado a ver masacres como ésta. Muchos de nuestros jefes y más de la mitad de nuestra gente han muerto o están prisioneros, nos han dejado casi sin caballos, vacas y ovejas, han arrasado nuestros sembrados y quemado nuestros granos, nos han echado de nuestra tierra. Tal vez encontremos, muy lejos, una nueva morada, pero ya no será nuestra morada, donde hemos dejado los huesos de nuestros mayores.

Hace una larga pausa.

—He visto que todos están contentos porque saben que vuelve Jaguar Azul con algunas vacas. Pero yo, Diez Aguadas, no estoy contento. ¿Qué comeremos cuando nos hayamos comido esas vacas? Los boleadores matan sus caballos galopando días y días y después de media luna vuelven con unas pocas presas. Los *reminchron güinca* nos masacran cada vez que intentamos volver a nuestra tierra. ¿Cómo viviremos entonces?

Un desusado silencio envuelve sus palabras.

—Esta mañana, mientras ustedes se reunían aquí, todos nuestros *machi* acompañaron a la más vieja y poderosa, nuestra Volaba Planeando de Otro Modo, a impetrar la protección del Gran Padre y los entes protectores contra las acechanzas de los manes dañinos y los brujos *güinca*. También han pedido, secretamente, augurios sobre lo que nos espera. Me han contado el resultado de esas consultas y han inundado mi corazón de congoja, hermanos. Todos los presagios son fatídicos. Nuestro Dueño y nuestros manes están muy enojados con nosotros. Nos han vuelto la espalda.

Demoleedor para un pueblo cuya gente jamás da un paso sin contar al menos con un vaticinio favorable.

—Hermanos: ya los *machi* han dicho su amarga palabra, pero estamos aquí y debemos decidir qué camino tomamos. Quiero pedirles que todos abran sus corazones para que yo pueda elegir el camino mejor. Que hablen los jefes que conducirán conmigo a nuestra gente; que los ancianos hagan oír su antigua sabiduría; que los jefes maduros dejen hablar a su experiencia; que los jóvenes jefes muestren lo que encierran sus impetuosos corazones.

Y ya en el registro más agudo de la escala por la cual ha subido su voz en incesante crescendo:

—Yo, Diez Aguadas, el jefe más grande que conserva nuestra gente, diré mi palabra cuando todos hayan dicho la suya, pero juro desde ahora cumplir lo que este consejo decida, aunque mi corazón diga otra cosa. He dicho.

El silencio, apenas alterado por algunos chicos que juegan no muy lejos y el piafar de los caballos espantando tábanos y moscas bravas, desciende sobre la reunión como una niebla oscura.

Como el tiempo pasa sin que nadie lo rompa, Diez Aguadas exhorta:

—Estamos esperando, hermanos. Tú, suegro, que cargas tantos inviernos sobre tus espaldas, muéstranos lo que encierra tu corazón.

Uña de Puma se agita, incómodo, un momento. Por fin, orador experto, tras exponer el protocolo con rítmica cadencia, lenta al principio, entra en materia.

—Mi yerno Diez Aguadas ha hablado verdades, hermanos. Todo cuanto ha dicho es cierto. También cuando dice que pronto no tendremos qué comer. Todos los que están aquí han sabido alguna vez lo que es el hambre. Pero yo, por viejo, he visto más. Les quiero contar, hermanos, lo mucho que ha visto Uña de Puma cuando muchos de ustedes no habían nacido, cuando mis ojos eran ojos de muchacho y *Ancavilu* enviaba sus malones contra nosotros.

La mención de *Ancavilu*, “mitad víbora”, como apodaban sus enemigos al general Juan Manuel de Rosas, levanta gritos de odio, a pesar del medio siglo transcurrido, contra el impulsor de las más trágicas batidas que guarda su memoria colectiva.

—Estoy viendo en mi recuerdo tantas hambrunas que mataron a tantos seres queridos a lo largo de tantos años como llevo vividos... Solíamos recordar aquellos tiempos con mi recién perdido amigo el jefe Pluma Pequeña, casi tan viejo como yo. Él podría decirles que juntos hemos comido carroña repugnante. Con él hemos visto a grandes jefes tener que matar su caballo de pelea predilecto para alimentar a sus hijos. Hemos visto mujeres comiéndose su perro más querido. Hemos visto morir niños por comer a sabiendas raíces venenosas.

Pausa.

—Todo eso, hermanos, han visto los ojos de Uña de Puma. Y ahora será peor: ellos quieren terminar con nosotros. Zorro Sentado, Zorro Batallador y otros hermanos dicen que debemos pelearlos hasta que nos maten a todos. A mí, Uña de Puma, eso me gustaría más que huir o esconderme, pero

digo: si eso quieren los *güinca*, ¿por qué darles el gusto? Otros creen los ofrecimientos que nos hacen para que vivamos sometidos. Eso es dejar que nos humillen, que nos manden a matar hermanos, que se revuelquen con nuestras mujeres, que nos quiten nuestros niños para hacerlos hablar y pensar como *güinca* y trabajar como esclavos. Es no volver a galopar libremente tras la gama, el choique y el guanaco. ¿Qué quedaría entonces de nosotros sobre la tierra? Nuestros antepasados nos pedirían cuenta. Tal vez debamos buscar asilo entre la gente de las araucarias, de las manzanas o al otro lado de la Gran Sierra Nevada. Sufrirá nuestro orgullo: tenemos pocos amigos y de muchos hemos sido enemigos. Pero si nos detenemos, aquí o en otro lado, moriremos de hambre o nos alcanzarán los *güinca*.

Lengua Veloz y Fortuna apoyan la sugerencia de seguir la marcha. Otros gritan su protesta.

Diez Aguadas concede al joven Como el Puma, que ha venido a representar a la gente de Dos Zorros, el honor de hablar antes que otros jefes de mayor jerarquía.

—Ya todos ustedes saben, hermanos, que mi padre Dos Zorros, el *toro* gran jefe de los *rancülche*, cayó prisionero de *Rachedo* con todos sus acompañantes por la mano traidora de Oreja Verde.

La repulsa al traidor lo interrumpe un momento.

—Ahora, a Dos Zorros lo arrean camino de *Güenusai*. Su captura nos ha dejado sin conductor. El Gran Padre quiso salvarme esta vez, y con mi primo Zorro Lancero he tenido que hacerme cargo de nuestra gente, aunque sé que no estamos a la altu-

ra de Dos Zorros. Cuando murió el gran jefe Zorro Igual al Puma, padre de Zorro Lancero y hermano mayor de mi padre, éste decía: “yo no tengo ese corazón que tenía mi hermano”. Yo, ahora, digo que mi corazón es pequeño comparado con el de mi padre.

Pausa.

—Las tropas de *Rachedo* y Roca Chico nos andan buscando. Y nos encontrarán, porque sus baquianos son renegados de nuestra propia gente, como el traidor Oreja Verde. Todos saben que ese miserable, menos que un perro, comió de la mano de mi padre toda su vida, hasta que el relumbre de los galones que le habrán ofrecido los *güinca* lo alentaron primero a desertar y después a traicionar a su gran jefe, que no quiso matarlo por no ensuciar su cuchillo con sangre de perro.

La repulsa se torna ensordecedora.

—Yo tampoco he querido matar a su hermano, que sigue con nuestra gente, porque hasta ahora ha peleado bien contra los *güinca*. Pero es grande la ira que embarga mi corazón cuando pienso en los traidores, y es grande el odio que guarda mi corazón contra sus parientes que siguen viviendo entre nosotros. Diez Aguadas suele hablar de los males que nos mandan los entes malignos. Pero no dice que fue su cuñado Seis Pumas, su emisario de confianza ante los *güinca*, quien nos mandó la peste el invierno pasado desde *Güenusai*, adonde lo envió a tratar la paz. Bien claro lo dijeron nuestros *machi*: él enseñó a los brujos *güinca* cómo podía encontrarnos su *gualichu*. Después volvió, se llevó sigilosamente a su gente y fue a ofrecerle a Roca Chico su traición a cambio de un cargo de

capitán y el botín que pudiera quitarnos cuando nos invadieran. Pero Diez Aguadas no se hace cargo de la conducta de su cuñado...

Apenas un peligroso destello en los ojos altera el rostro del jefe, pero Lucho interrumpe:

—Deberías morder tu lengua, chiquillo. El traidor que has mencionado sería como un muerto para nosotros si no fuera porque viene sobre nuestras huellas. Ya nadie de nuestra gente menciona el nombre de esa alimaña, y el día que esté al alcance de mi lanza o la de Diez Aguadas limpiaremos la tierra de ella. Eres muy imprudente. Que haya caído en tus manos la jefatura de la gente de tu padre sólo muestra que no hay entre ella un hombre que merezca conducirla.

Brazos potentes deben contener a Como el Puma.

—Si no fuera el huésped de tu hermano te...

—Si no fueras nuestro huésped, mi bola ya habría partido tu cabeza.

—¡Basta! —interrumpe Diez Aguadas—. No es momento de dirimir pequeñeces ni necesito defensores. Quien nos habla es el hijo de Dos Zorros, no debemos olvidarlo. Dejemos que se desahogue. Continúa, hermano. Vuelca todo el veneno que guarda tu corazón. Yo soy el gran jefe y sabré soportar tus agravios. Pero te advierto: cuídate de insultarme.

—¡*Avpin* [he dicho]! —ladra el joven, y aparta a manotazos a sus aprehensores para alejarse de la reunión.

Lengua Veloz, respetado veterano de incontables combates cuya historia lleva escrita en la red de cicatrices que adornan su pellejo, toma la palabra con voz grave y reposada.

—Diez Aguadas ha dicho que aquí, en el Salado, no tenemos vacas, yeguas, granos ni caza suficiente. Ha dicho la verdad. Con Diez Aguadas hemos hablado. Los dos pensamos que los *güinca* ya nos han castigado mucho, que tal vez se den por satisfechos y se vuelvan a sus cantones al primer frío. Pero no podemos volver a nuestra tierra. Hay quien dice que debemos volver allá. Podríamos hacerlo si los *güinca* se vuelven, pero ¿acaso habrá allí algo que comer? Lo que no se llevaron lo han quemado, hermanos. Ya no hallaremos nada. Los *güinca* están muy prevenidos, y tampoco tenemos caballos para avanzar sus poblaciones a quitarles haciendas. ¿Cómo pasaremos el invierno para no morir de hambre? Yo digo que busquemos abrigo bajo el ala de los jefes de las montañas y ríos del poniente. Es cierto, como dijo Uña de Puma, que hemos peleado muchas veces contra ellos, y que hay entre ellos y nosotros deudas de sangre que cobrar. Pero habría que buscar una paz por el momento. Diez Aguadas debe hacer ver a Vale por Ocho, Cóndor Apartado y otros grandes jefes que les conviene contar con nuestras lanzas, porque también a ellos puede llegarles la plaga *güinca*, y que los apoyaremos si nos permiten vivir en su territorio y engordar nuestros caballos hasta la próxima primavera. Entonces podremos volver a invadir los campos del *güinca*.

Diez Aguadas responde:

—Lengua Veloz habla con sabiduría. Pero hace mucho tiempo que mando continuamente emisarios a esos jefes, y me los han retenido a todos sin explicaciones...

Nadie responde, y continúa:

—Todos saben que mil veces mi lanza y mis guerreros hicieron temblar de pavor a los *güinca*. Yo ardo en deseos de mojar de nuevo mi lanza en su sangre. Pero he de mirar por mi gente. No quiero verla morir de hambre cuando caiga el invierno mientras esperamos el permiso de los jefes del poniente. En ella pienso cuando digo que tal vez debemos presentarnos a los jefes *güinca*, que le darán, al menos, algo qué comer...

Al clamor de repudio, Baigorrita responde:

—Es cierto, hermanos. No puedo pedirles semejante humillación. Pero si hemos de resistir, debemos decidir cómo hacerlo. Sigo esperando que alguien diga una buena palabra.

Como nadie la dice, la reunión se disuelve hasta el día siguiente, mientras la noche baja lenta sobre el Salado, sahumada por los fogones.

El primer rayo del sol se quiebra en la moharra de Jaguar Azul y destaca su estampa ecuestre, montada en magnífico cebruno parado sobre una barda, contra el cobalto del cielo. La gente que se baña en la fría corriente levanta un ululante chivato de bienvenida, y un enjambre de jinetes se zambulle con sus caballos en el canal, lo cruza, monta y arranca a todo correr, dibujando molinetes vertiginosos con las lanzas, hacia la horda que se descuelga a su encuentro por la falda de la barranca. Lanzadas una contra la otra como aluviones, ambas caballerías se detienen en seco a dos trancos de embestirse, mientras la gritería avienta remolinos de polvo que oscurecen el cielo.

Pronto comienzan a llegar al agua los primeros yeguarizos en estampida, y poco a poco la costa rebosa de equinos, vacunos y ovinos.

Suspendido el parlamento, la degollina se generaliza. En un rato, chicos y grandes se ahitan de beber sangre en palpitantes yugulares, y el potente aroma de la carne de yegua soasada despierta viejos apetitos, hamacado en la brisa río abajo.

Cuando se reanudan las deliberaciones, Celeste, también llamado Dueño de la Siembra por su afán cultivador, pide la palabra.

—Saludo a nuestro gran jefe y a todos los jefes que asisten a este parlamento. Todos me son muy queridos. Pero, aunque el Gran Padre ha querido darme la alegría de estar junto a ustedes, mi corazón no está alegre. Mi corazón llora de congoja por los jefes y amigos, también muy queridos, que las *bala güinca* se han llevado al país de las sombras, y por los que sufren prisión muy lejos, allá en *Martín Garchía*. Recuerdo ahora a Orador en Funeral, Oscuro Tapado, El que Olvida, Cuatro Pedernales, Feliciano, Río de Sol. ¿Por qué no están aquí Pluma Pequeña, Chingolo, Ciprés en el Deslinde, Batallón de Pumas, Seis Cuernos, Pasto Verde? Muchos son los que faltan, hermanos. Demasiados.

Hace una pausa girando la vista en torno.

—¿Y qué hicieron nuestros jefes para evitar ese destino? ¿Qué hizo Diez Aguadas, nuestro jefe? ¡Nada, hermanos! Ningún jefe hizo nada. Nos ha faltado un gran jefe como supimos tener antaño. No habríamos perdido tantos hermanos si mi tío, el gran Zorro Celeste, o su hijo, mi primo Zo-

rro Igual al Puma, hubieran estado aquí para conducirnos. Pero los jefes que hay ahora nos llevan de derrota en derrota, vagando por los campos desiertos, y no saben qué hacer. Diez Aguadas debe de guiarnos, pero convoca a este parlamento para preguntarnos qué hacer. Eso no es propio de un verdadero jefe, hermanos. Un buen jefe...

La algarada, creciente con la dureza de Celeste, desata la reacción de los fieles a Diez Aguadas, que sostiene una escaramuza a brazo limpio con los seguidores de aquél. Diez Aguadas los dispersa a chirlos sin que su arreador discrimine entre amigos y rivales. Después se encara con Celeste.

—No es la primera vez que pretendes humillarme. Has ido demasiado lejos. Nadie está conmigo contra su voluntad. Pero nadie está conmigo contra *mi* voluntad. Será mejor que te vayas antes de morir a mis manos como un perro.

Celeste comprende que se ha metido en un desfiladero sin salida. No le queda sino el enfrentamiento personal o la humillación. Jamás podrá vencer a este adversario en duelo individual, y aquí es impensable lo segundo. Quizá Diez Aguadas, sin armas, no logre a matarlo. Baja la cabeza y embiste. Baigorrita toma el mango del arreador por el otro extremo, esquiva la atropellada y le asesta un cachiporrazo en la nuca suficientemente fuerte como para tumbarlo. Nadie sabrá si Celeste se desmayó realmente. Su séquito lo levanta en vilo.

—Llévenselo adonde no vuelva a verlo —gruñe Diez Aguadas.

Abren calle al cortejo en un silencio sepulcral.

Pero Celeste ha hurgado en una llaga que saca muchos enconos a flor de piel. Se encienden las polémicas hasta que Baigorrita impone atención.

—En este consejo ya hubo muchas palabras. Se han dicho diatribas, insultos y reclamos. Juré cumplir lo que diga el consejo, pero en el consejo no hay acuerdo. No podemos seguir esperando, hermanos, porque no tenemos nada que esperar aquí sino el desastre. Debemos marchar ahora, y decidir adónde. Entonces: ¿quieren volver a nuestras tierras?

Algunas voces aprueban.

—¿Quieren entregarse a los *güinca*?

Airada negativa.

—¿Quieren quedarse aquí?

Algunos dicen que sí.

—¿Quieren marchar hacia las montañas?

Clamoreo de apoyo.

—Yo, Diez Aguadas, digo que mi corazón quiere mantenerlos unidos, pero no puedo conformar a todos. Yo guiaré a los que quieran ir hacia el poniente, sin obligar a nadie a seguirnos. He dicho.

Entre las protestas se destaca la de Zorro Batallador.

—¡Mi hermano Zorro Sentado les ha advertido que no lo permitirá! ¡Me apostaré con él cerca del río Colorado, y esperaremos allí a quien pretenda escapar hacia el poniente para hacerle sentir el rigor de nuestras lanzas!

—Haz lo que quieras, pero será mejor para ustedes que no se crucen en mi camino.

Zorro Batallador abandona la reunión con su gente, y los demás se dispersan.

Mendoza, marzo 17 de 1879

AL SEÑOR INSPECTOR GENERAL DE ARMAS

Por cautivos escapados de los últimos restos de los Ranqueles que van en marcha al alto Neuquén con sus familias y ganados, conozco lo siguiente:

Los indios van profundamente desmoralizados; la anarquía reina entre ellos, atribuyéndose unos a otros los desastres que sufren y despavoridos buscan una guarida en lo más recóndito de los Andes, figurándose que allí no los alcanzaremos.

No quedan más que algunas partidas que no llegan a cincuenta indios; diseminados sin rumbo, desde las cercanías de sus antiguos campamentos hasta el Nahuel Mapu, sin paradero fijo y sin familia. Están mal montados.

Por un mes han recorrido la costa occidental del Chalileo, sin permanecer tres días en un campamento por temor de que se les diera caza por las fuerzas de la frontera, pero con la caballada destruida hasta ya no tener en qué montar.

El número de indios que hay al mando de los sucesores de Mariano y Epumer Rosas, Guoigioner [Guaiquinguer], hijo del primero, Parciatru [Panguichrür] del segundo, es de cien o poco más, pero la chusma pasa de seiscientos. Los animales que conducen son mil, entre caballos, yeguas y vacunos.

El camino que siguen en su fuga es el de la costa suroeste, hasta donde principia el río a formar la Urrelauquen, y desde allí tomaron al suroeste, se dirigieron al río Colorado, desde donde desertaron los cautivos, tomándoles algunos caballos, los que no le sirvieron para llegar al Atuel, por lo que vinieron a pie [...]

No tenían esos indios noticias de Baigorrita y estaban disgustados con él. Ningún indio de ese cacique se les había incorporado; no creen que busquen la incorporación a Namuncurá y piensan que todos seguirán el camino del río Negro, ya por una u otra margen [...]

N. Uriburu, Teniente Coronel

Jaguar Azul ha juntado en la *ruca* de Diez Aguadas a Lucho, Uña de Puma, Lengua Veloz, José y Renacuajo Chico.

—Ha llegado uno de mis primos con importantes noticias, suegro.

Diez Aguadas sonrío, sarcástico.

—¿Buenas o malas?

Su yerno prefiere dejar pasar la ironía.

—Dice que las tropas han vuelto a sus bases. Mucha de nuestra gente quedó atrás de las tropas que mataron a Pluma Pequeña y se ha ocultado en los montes natales, buscando la protección de sus mayores cuyos huesos yacen allí. Pocos se atreven a venir al Salado, porque los *güinca* patrullan todo el país del monte. Muchos han ido a entregarse.

Hace una pausa. Todos esperan oír algo que no sepan ya.

—Algo más me ha dicho, pero no puedo creerlo.

—Dilo.

—Dos desertores de *Charmienchro* llegaron hasta donde se ocultaba la familia de mi primo. Le dijeron que Seis Cuernos se había presentado allá...

Hay un silencio azorado antes del murmullo incrédulo. Lucho exclama:

—¿Seis Cuernos? ¡No es posible!

—Yo sí lo creo —dice Diez Aguadas—. Parece valiente, pero sólo es temerario. Sus arrebatos son el poncho de sus miedos.

Jaguar Azul continúa:

—También le dijeron que en toda la frontera los *güinca* están juntando tropas, víveres, abrigo y miles de *Reminchron*, caballos y mulas para salir a

invadirnos de todos los fuertes al mismo tiempo dentro de una o dos lunas.

—¡Ug! —responde Diez Aguadas—. Pata de Piedra me avisa que en Isla Adentro, Sitio Verde, Laguna Redonda, todos los jefes *güinca* de la frontera se preparan del mismo modo. Estoy esperando informes de mis amigos de *Merchede*.

—La gente de Dos Zorros ha marchado rápido y pronto estará a salvo del otro lado del Neuquén. Celeste también. ¿Y nosotros, suegro? ¿No estamos en mucho peligro aquí?

—Tú mismo lo has dicho: hay mucha gente dispersa. ¿Crees que debo abandonarla?

—Yéndonos, quizá se puedan salvar los que están aquí. Permaneciendo, no se salvará nadie. Eso pienso yo, suegro.

—Son buenas tus palabras, Jaguar Azul. Es malo abandonar a la gente, pero ese Roca Chico... es capaz de llegar hasta aquí. Debemos marchar al sudoeste. Es cierto que hasta ahora ningún jefe de allende el Neuquén ha devuelto mis embajadores y, sin su permiso, será difícil pasar a los valles de la Gran Sierra Nevada. Pero quizá... los *güinca* no traspasen este río, y si no nos siguen hasta Agua de las Mariposas y están lindos allí los pastizales, sería un buen lugar para invernar...

—Yo también digo que debemos empezar a movernos, pero necesitamos carne y caballos. Me gustaría intentar una entrada al país *güinca* a buscar recursos para sostenernos durante el viaje —dice Lucho.

—¡Ug! Demasiado peligroso —acota Uña de Puma.

—Tu lengua dice la verdad, anciano —responde Jaguar Azul—. Pero es mejor morir peleando que de hambre. Yo también quiero ir.

—No —interrumpe el jefe—. Irás tú, Lucho. Llevarás un grupo chico, con los mejores caballos, que pueda moverse muy rápido. Pero no esperaremos tu regreso. Me prepararé lo mejor que pueda y cruzaremos los pantanos. He dicho.

Antes que la reunión se disuelva, Renacuajo Chico pide:

—Lucho: me han dicho que la hija de Pluma Pequeña, que como sabes es mi suegra, anda cerca de Agua que Baja con mi mujer, mi cuñada y mis hijos. Si vas a pasar por allí, mi cuñado Guanaco Verde y yo pedimos acompañarte.

Lucho lo escruta un buen rato antes de acceder:

—Eres astuto y escurridizo como el zorro, y puedo necesitar alguien que hable la lengua *güinca*. Tú y tu cuñado cabalgarán conmigo.

*

—Otra vez la caminata, Manuel. ¿Adónde vamos ahora?

—Vamos a Agua de las Mariposas y Agua del Carrizal, *Marí*. Los amigos de *Merchede* avisan que está por comenzar la gran invasión.

—Nos alcanzarán, Manuel.

—Tal vez lleguen hasta aquí. Pero pienso que más allá de los pantanos estaremos a salvo.

Abril 10 - A las 11 a.m. todas las fuerzas de estas fronteras [...] pusieron en marcha con rumbo al sud

[...] *Las fuerzas de Villa Mercedes debían también partir el mismo día.*

Cnel. Racedo

—¿Cómo es Agua de las Mariposas, Manuel?

—Hermoso en primavera, *Marí*. El invierno es crudo, pero espero encontrar suficiente pasto.

—¿Y hasta cuándo estaremos ahí?

—En tres o cuatro lunas engordarán los caballos y estaremos en el mejor lugar para invadir. Dividiremos fuerzas y yo entraré en *Mendoza* y *Lucho* en *Chanluí*.

—No, Manuel, el *ministro* Roca no esperará que engordes tranquilamente tus caballos. Mandará que nos ataquen.

—No conseguirán caballada suficiente para llegar tan lejos antes de las grandes heladas.

—Consiguen lo que quieren...

La gran invasión comienza.

Abril 28 - Por la noche los indios me incendiaron el campo, pero luego no más conseguí apagarlo; volvieron nuevamente a repetir la operación y yo volví también a hacerlo apagar.

[Parte a Racedo del comandante Meana.]

Mayo 10 - [...] resultado de mi comisión [...]: Indios prisioneros, inclusive los de lanza y chusma, treinta y cuatro, entre éstos hay cuatro cautivos. Se han tomado también 66 animales yeguarizos.

[Parte a Racedo del comandante Meana.]

Mayo 13 - [...] el capitán Valdés [...] ha regresado [...] tomando prisioneros a 23 de chusma, 2 de lanza, rescatando dos cautivas y muerto a uno.

[Diario del comandante Godoy.]

Mayo 13 - [Mañana saldrán fuerzas] a las órdenes del teniente coronel don Rudecindo Roca, con el objeto de ver si conseguía aprehender a Baigorrita y su tribu [...] en dirección al Chadi-Lewú.

[Diario del Cnel. Racedo.]

*

Mientras sus caballos abreven, Renacuajo Chico y Guanaco Verde se bañan en Agua que Baja, adonde han llegado, desprendidos de la partida de Lucho, en busca de su familia.

—Ahora, cuñado, nos turnaremos para explorar los alrededores. Yo saldré primero —dice Renacuajo Chico mientras se visten. Monta su azulejo y con un caballo de frescos sale de recorrida. El adolescente Guanaco Verde, acompañado por dos feroces perros pampas domesticados, queda en la aguada cuidando los caballos.

Han venido en busca de la madre y las hermanas del muchacho, integrantes de la gente del abuelo Pluma Pequeña cuando fue alcanzada por el ejército.

Cerca de una hondonadita reseca, Renacuajo Chico capta algo distinto. Se le estremece el pecho al descubrir un toldo bajísimo achatado entre el zarzal. Cauteloso, se acerca por los fondos. Con sigilo zorruno lo bordea hasta la entrada y atisba

el interior sombrío. Apenas el zumbido de algún insecto entre las breñas altera el silencio.

Con paciencia aprendida de su pueblo adoptivo, espera mucho tiempo ovillado en la entrada antes de empezar a deslizarse adentro. El cubil es tan bajo que aun a gatas roza el techo con la espalda. Antes de que logre adecuar la vista, deslumbrada de sol, una chuza le traspasa el brazo. Se la arranca de un tirón, da un salto de puma y se trababa en lucha con una especie de pequeña fiera, que se afloja de pronto exclamando:

—¡Renacuajo!... ¡Eres tú!

La suelta al reconocer la voz de su cuñada Ojos Inquietos, mientras berridos de niños inundan la *ruca*. Los ojos le aflojan al reconocer a su hijo en una de las dos cunas apoyadas a un costado. Lo toma mientras escudriña el recinto. Tirado sobre unos cueros de oveja está el marido de Ojos Inquietos.

—¿Y Ojos Caídos? ¿Y mi hijita?

Llorando, la joven responde:

—Los *güinca* se las llevaron, junto con nuestra madre. Y a mi marido lo han herido en la garganta. Creo que se morirá.

El joven se acerca al herido, que clava sus ojos desesperados en un odre que tiene al flanco.

—Pero... ¡Hay que darle agua!

—No puede...

Renacuajo Chico toma el odre y desliza un chorro de agua en la boca anhelante del otro. Asombrado, la ve derramarse toda por la enorme desgarradura de la garganta y comprende que está muriendo de sed. Con aparente calma mira a su cuñada, que le toca el brazo sangrante.

—Te curaré...

—Después. Tu hermano Guanaco Verde espera en la aguada con caballos y yeguas que trajimos para ustedes. Ve a buscarlo. Yo cuidaré de tu marido y los chicos.

Ella sale. La expresión de Renacuajo Chico se petrifica. Vuelve rápido junto al herido, cuyos ojos abrasados condensan una súplica muda, pero insoslayable. Firme el pulso, Renacuajo Chico desenvaina la daga. Apenas se escucha un estertor como un suspiro. Hasta los niños han callado para acentuar la oquedad del silencio. Después, el despenador envuelve el cadáver caliente con los cueros que le servían de lecho, lo ata con unos tientos, lo saca fuera de la *ruca* y lo acomoda con la cabeza hacia el poniente. Le improvisa una sombra con zarzas, trae las cunitas y se recuesta en la entrada de la *ruca*. Mientras espera, se liga con la vincha la herida del brazo.

Tras una rápida inhumación, los cinco se trasladan junto a la laguna y disimulan una *ruca* entre unos talas aislados. Ennegrecido el rostro con hollín en duelo por su marido, Ojos Inquietos amamanta a su hijo y al de Ojos Caídos, también hijo suyo en su cultura. Deberá ser mujer de Renacuajo Chico cuando termine el luto.

Atraídos por su caballada, otros dispersos vienen a acampar cerca. Los recién llegados amenazan la corta provisión de yeguas que tienen para comer, y Renacuajo Chico decide partir hacia el Salado. Pero no llegan a hacerlo. Esa madrugada, Guanaco Verde, que monta guardia, llega rompiendo con su galope la primera mantilla de escarcha:

—¡Los *güinca* están en Agua que Baja!

Renacuajo Chico dispone la partida de su familia, mientras quienes se les habían arrimado huyen despavoridos.

—Escúchame bien, cuñado. Deben marchar sin detenerse más que para comer. No enciendan fuego. Tienen suficientes caballos y yeguas para montar y alimentarse hasta llegar al Salado. Llévate mi azulejo.

Ojos Inquietos llora:

—Y que será de estos hijos sin un padre... Te pido por ellos que vengas con nosotros.

Los dos muchachos se miran a los ojos y un impulso olvidado aflora en Renacuajo Chico, quien sorprende a Guanaco Verde con inusual abrazo. Los perros del muchacho le gruñen con fiereza.

—En marcha, *cuñado*... Llévatelos de una vez. En ti confío la salvación y la vida de todos ustedes... Cuida a mi hijo y al azulejo. *Amuchimai*.

—Lo haré, hermano. *Amuchimai*.

Ojos Inquietos no deja de mirar a Renacuajo Chico hasta que lo pierde de vista al trasponer un médano. Él permanece con la vista perdida en la gasa de polvo hasta que se esfuma en lontananza. Después, sin apuro, ensilla un caballo de marcha. En el agua chapuzan otros caballos que retiene como cebo, sueltos, cercanos, dóciles a su voz. Se sienta a esperar. Su ojo águila descubre, por la hebra de humo ascendente, que hay soldados churrasqueando en una aguada lejana. Después ve polvos que dora el sol: han levantado el campo. Los polvos crecen, corriéndose a la izquierda. Sabe que lo han descubierto cuando la nube dorada se fija: vienen

hacia él. Monta y espera hasta ver los primeros jinetes para trotar hacia el noreste arreando los caballos. Lo persiguen hasta el anochecer. Sigue marchando hasta medianoche y libra al instinto de los caballos buscar agua. Desensilla y se acuesta. Finge despertar cuando siente la punta mocha de un sable hincando su garganta, ya con el sol alto.

Mayo 12 - ...[en Aincó] la partida del flanco derecho, encontró unos tres toldos recién abandonados [...] Tomóse sólo a un cristiano como de 23 años, que dice ser cautivo, y 5 caballos más [...] El cautivo tomado da los datos siguientes: Que en la luna anterior se vino del Chadi-Leuvú en compañía de un indio; que en aquel punto se encuentra Baigorrita y la mayor parte de los restos de las tribus de Namuncurá, Epumer, etc.; que muchos emigran a las tolderías de los Muluches. Que Baigorrita desea volverse a sus antiguas tolderías para la luna del actual, pensando que las invasiones de los cristianos no se repetirán este invierno.

Comandante Enrique Godoy

*

En fila india, nunca tan necesaria, entrecortadas hileras de peregrinos, portando los escasos enseres del grupo, viborean por secretas veredas de terreno consistente que los baquianos descubren en el lecho del bañado con misterioso instinto. Al galope, un vigía de retaguardia desplaza caminantes con potente chapoteo.

—¡Diez Aguadas! ¡Hay gente cruzando el Salado hacia el este con mucha caballada!

Baigorrita llama a sus jefes.

—Hermanos: alguna gente va a entregarse a los *güinca*. No se lo impediremos, pero se llevan muchos caballos, y eso no debemos permitirlo. Quiero que tú, Jaguar Azul, se los quites, pero sin hacerles daño.

La partida de Jaguar Azul encuentra al grupo haciendo cruzar el río a mujeres y chicos. Asustados, los fugitivos precipitan la caballada al vado en descomunal confusión, entre los chillidos de las familias atropelladas en medio de la corriente.

Los lanceros de Jaguar Azul ululan a todo galope por la pendiente, se lanzan al río, alcanzan la caballada al pisar la otra orilla y la rodean con rapidez. Los atacados, desalentados por el número, salen del agua sin resistir. El jinete que los encabeza blande la lanza y brama:

—¡Tú, Jaguar Azul, te dedicas ahora a robar a tus hermanos! ¿Acaso has perdido el valor para quitarles caballos a los *güinca*?

—Hablas de valor y vas a entregarte a ellos con todos estos caballos... Sabes bien que los usarán para perseguirnos. Si eres tan cobarde para rendirte y entregar a tu gente, hazlo, pero no les llevarás los caballos.

—¡Has cambiado tu corazón por el de un perro!...

El calibre del insulto vulnera la orden de no dañar a los fugitivos. Jaguar Azul hinca espuelas para tomar distancia, describe un círculo vertiginoso y carga sobre su oponente, quien también ataca con la lanza enristrada. Esquivando con un esguince exacto la moharra contraria, Jaguar Azul levanta poderosamente a su rival hacia lo alto, empalado en el flexible *coligüe*.

Mientras las mujeres del muerto plañen y azotan a los perros que lamen el gran charco de sangre del caído, los restantes despojados miran a sus atacantes repasar el río y arrear la caballada barranca arriba hasta perderse tras el filo de la barda. Deberán seguir a pie hasta que los encuentren los invasores, que saben muy cercanos.

*

Marie, embotada de fatigas estibadas día tras día, luna tras luna, mira emerger del agua turbia sus propias rodillas a cada paso que da, sin comprender cómo esos huesos descarnados pueden pesarle tanto. Vadea. Sin cesar vadea, con el pensamiento fijo: esas piernas flacas pesan demasiado. Indiferente a las negras tizonadas de las sanguijuelas sobre la piel lastimada, blanqueada hasta la transparencia por el moroso ambular en el agua, ella vadea. Cabeza Amarilla lo soporta todo sin dejar de seguirla jamás ni quejarse nunca. Es su sombra y, como a la sombra, Marie la olvida por largos intervalos. Muy de tarde en tarde vuelve la mirada atrás; entonces la redescubre, y se promete otra vez ayudar a la niña, y sigue vadeando, y la vuelve a olvidar.

El chapoteo de los caballos confiscados por Jaguar Azul roza su ensimismamiento. Los ve pasar como si los viera otro. Las imágenes le traspasan el cerebro sin dejar la menor huella. Entre fachinales, el pantano se extiende, interminable. La visión recurrente de la larga fila de andantes estoicos suscita por fin algún pensamiento en su mente lavada. ¿Cómo podrán todos estos seres realizar

como un paseo esta atroz tarea de atravesar a pie semejante maciega? Escucha la risa de Camina Distinto por un comentario de Lengua Amarga y no puede comprender esa expresión, que ella ha perdido ya ni recuerda cuándo.

Promediando la tarde, el bochorno desborda calidades de fragua. Una nube de libélulas se anticipa a la tormenta y busca abrigo plateando la faz boreal de los escasos matorrales. Sobre el pantano se cierne una lasitud inmóvil y sofocante.

Una masa negra devora al sol y avanza, tan preñada de electricidad que en su interior late un solo relámpago pulsátil. Ráfagas esporádicas zambullen matorrales en el fango caliente, y el rodar del trueno estremece la tierra. Los peregrinos, en pequeños grupos, amontonan los bultos y se apiñan sobre ellos. Bajo la lobreguez del nubarrón, aparece una angosta faja blanca que marca el horizonte. Al verla crecer rápidamente, Marie se asombra:

—¡Miren, miren! ¿Qué es aquello?

—Viene granizo. Tápanse: el granizo será grande —recomienda Refulgente Lucero de la Tarde.

El aire se ilumina y la granizada llega, azotando el agua con chasqueo ensordecedor. Bajo los cueros resecos, el redoble aturde. Los caballos piafan con el anca hacia el azote de enormes y escarpados guijarros de hielo. Pasa la manga y sobreviene el chubasco. Por fin, allá, entre la tierra y el manto negro, aparece el resplandor del sol ya muerto. Un viento helado por nieves andinas arrea las nubes hacia el naciente, y abajo, casi invisible en el terreno inundado, la gente semidesnuda de Diez Aguadas tiritita. Los chicos se quejan de frío, y en

vano los exploradores buscan algún altozano emergente donde fogonear.

Al aclarar, los chicos quiebran a palos la gruesa escarcha sobre el agua de los bajíos para evitar romperla a pie corito, al grito de: “¡pilin, pilin!”. Recién al anochecer dan con una escueta loma asomada sobre el agua. Los hombres llaman a los niños y clavan un cuchillo en el corazón de un caballo casi inválido. Por turno les dejan pegar la boca al manantial de sangre, y los arrancan de allí a viva fuerza para que ninguno quede sin su ración. Después se distribuye la carne cruda. Marie ataca a dentelladas el durísimo trozo que le toca en suerte y le va arrancando trabajosamente menudas porciones, cuyos hilos más pertinaces, enganchados entre los dientes, no logrará extirpar durante días.

La ingestión del agua amarga del pantano generaliza la diarrea. Un rebrote agudo de viruela jalona con cadáveres la senda a la zaga de la caravana. Y el frío recrudece.

Frío y diarrea consumen a Venadito Abandonado hasta arrancarle el último hálito de vida. La Perra Cautiva transporta largo tiempo el cadáver casi ingrávulo. Cuando se da cuenta, simplemente, lo deja caer en el barreal.

*

Mayo 19 - [...] se hizo hacer alto, para interrogar a un indio que en ese momento se había hallado oculto en las pajas, a un lado del camino y por quien vine a saber que el cacique Baigorrita, con el resto de las tribus ranquelinas que aún existen y lo reconocen como soberano, había vadeado este río y el Atuel, días antes

de nuestra partida de Leuvú-Carreta, y que algunas familias que se le habían rezagado, andaban todavía errantes en las inmediaciones de este paso, donde me encuentro acampado, en vista de lo cual, desprendí varias partidas ligeras con el objeto de tomar los dispersos y reconocer este curso de agua y el Atuel, y la posición que ocupaba Baigorrita y sus indios.

Tcnl. Rudecindo Roca

De vuelta de su expedición, Lucho se reúne con la gente. Ha perdido la mitad de los lanceros y el botín con que regresa no pasa de una veintena de vacas y yeguas esqueléticas.

Trae también un prisionero. Diez Aguadas lo reconoce.

—¿Dónde has atrapado a ese hombre de Seis Pumas?

—Se dejó capturar por mis exploradores de este lado del Salado. Dice que ha desertado de las tropas de Roca Chico. No he podido interrogarlo todavía, pero dice que debe hablar contigo.

—¡Ven aquí, Choique Pelado!

El prisionero se acerca con aire sumiso.

—¿Por qué te has dejado prender con mi hermano?

—Yo soy fiel a mi jefe Seis Pumas. El me ha mandado avisarte que Roca Chico ya está en el Salado con doscientos hombres, y sabe que vas a Agua de las Mariposas.

—¿Seis Pumas te manda? Estás mintiendo.

—Mi lengua habla la verdad, Diez Aguadas.

—¿Y dónde está Seis Pumas? ¿Qué está haciendo?

—Es el *capitán* del nuevo batallón creado con sus hombres que forma la vanguardia de Roca Chi-

co. Seis Pumas dirá a su jefe que yo deserté, pero me mandó advertirte que les ha ordenado a él y a Diez Pedernales que no dejen tu rastro hasta encontrarte.

Lucho y Diez Aguadas intercambian miradas inquietas.

—¿Qué dices, hermano? ¿Dirá la verdad?

—Tal vez. O tal vez lo han mandado Roca Chico y tu traidor cuñado para asustarnos. Mis exploradores de retaguardia no han sentido ninguna tropa cerca del Salado.

—Será mejor asegurarnos. Mandaré a Caballo Blanco y Venado Chico a explorar y avisaré a mi suegro Buen Remedio que evite esa zona del río.

Al no encontrar tropas en la costa del Salado, los espías enviados por Diez Aguadas se separan. Caballo Blanco queda vigilando el río, y Venado Chico lo cruza para investigar, pero es capturado por exploradores de su raza al servicio del enemigo.

Con aire soberbio, el joven comparece ante Rudecindo Roca y sus oficiales. Al descubrir entre ellos a su hermano Diez Pedernales, no se contiene:

—Hace mucho tiempo que espero para enrostrarte el asco que tu traición hace desbordar de mi corazón, sucio perro. Me avergüenza ser tu hermano. Si te hubiera encontrado en el campo ya tus tripas se enfriarían desparramadas en el pasto por obra de mi lanza.

—Al menos yo no vivo escondido entre juncales, “Venado Miedoso”...

—¡Eres carroña que rechazarían hasta los caranchos!

—... y mi gente come todos los días. No sirvo para escaparme: prefiero pelear.

—¡Pelear! Llamas pelear a cazar a tus hermanos de lejos con el palo de trueno que te han dado estos perros... Cuando te hayan usado para terminar con nosotros, te tirarán como a la última mierda.

Roca interrumpe el diálogo incomprensible y un lenguaraz comienza el interrogatorio del prisionero.

Mayo 23 - A las siete p.m. fue aprehendido por nuestras comisiones un indio hermano del capitanejo Mariqueo, de los auxiliares que me acompañan.

Este indio declaró que el cacique Baigorrita debía estar a esa fecha en la laguna de Cochi-Có, junto con su hermano Lucho. Cochi-Có dista de este punto por lo menos 16 leguas.

Considerando de la más alta importancia un aviso de tal naturaleza, me determiné a seguir adelante, con resolución de vencer cuantos obstáculos hallara en el camino, a fin de procurar el aniquilamiento total del último de los caciques ranquelinos, por un golpe de mano, que este salvaje estaría muy distante de imaginarse.

Rudecindo Roca

*

Mientras tanto, día tras día, desde las Salinas Grandes hasta el Salado y desde el Cuero hasta el Colorado, rezagados, en su mayor parte niños, mujeres y ancianos, que han resistido al hambre, la sed y la peste y tratan de esconderse como pueden, son muertos o capturados.

20/5

La chusma tomada entre chicos y chinas grandes fueron 22. [Alvarez.]

Prisioneros 5 indígenas (chusma) y un indio muerto. [Fernández.]

21/5

Prisioneros 24 de lanza y 95 de chusma. [Godoy.]

22/5

Muertos tres indios y 7 de chusma. [Godoy.]

Tomó 3 prisioneros y mató al otro. [Godoy.]

Resultado: 8 indígenas (chusma) prisioneros y un indio muerto. (Fernández.)

23/5

Prisioneros 6 indios de lanza y 15 de chusma, dos muertos. [Godoy.]

25/5

Prisioneros 4 indios de lanza, 6 de chusma y 1 cautivo. [Godoy.]

Se incorporó el capitán Linconao con diez indios que había alcanzado. [Alzogaray.]

27/5

Prisioneros el capitanejo Pablu y 17 personas más. [Godoy.]

Tomado cinco indios prisioneros. [Alzogaray.]

28/5

Prisioneros 3 capitanejos, 22 indios de lanza, 102 de chusma y 29 cautivos rescatados. [R. Roca.]

1 indio muerto, 9 de lanza, 26 chinas, 25 de chusma y 14 mamones prisioneros. [Fernández.]

30/5

Prisioneros 25. (Godoy.)

31/5

Prisioneros 1 capitanejo y 27 personas. [Godoy.]

Un prisionero de lanza y 8 de chusma. [I. Torres.]

*

El grueso de la gente de Baigorrita, concluido el cruce de los pantanos, va llegando a Agua de las Mariposas. A la vista del verde tapiz que cubre la pradera hasta perderse en la distancia hacia el na-

ciente, regado por los derrames que triscan pendiente abajo a lo largo de las paredes rocosas de la sierrita, la tentación de quedarse es difícil de resistir. Los caballos se empacan cuando intentan interrumpirles el festín, y las mujeres empiezan a armar, con lo poco que conservan, remedos de *ruca* que deberán hacinar varias familias. Fortuna y Jaguar Colorado se establecen allí mismo. Diez Aguadas y los demás, temerosos del avance de las tropas, siguen otra media jornada hasta el herboso prado de Agua del Carrizal, donde ya pastan las ovejas a cargo de Lengua Veloz.

Marie ayuda a levantar una *ruca* para su dueño. Embotada, ve como una lucecita al final de un túnel la perspectiva de echarse y dormir... dormir... El último día debió arrastrar a Cabeza Amarilla, debilitada por la diarrea, por no dejarla morir empantanada. Y todavía debe ir por agua. Observa distraídamente a una quincena de chicos en torno a una olla de hierro, llegada aquí por misteriosa transgresión de la fatiga general, donde hierven la magra pitanza.

Atardece muy frío sobre los fogones.

—Estoy venteando al *güinca* como el caballo ventea al puma, Diez Aguadas —desconfía Lengua Veloz, el jefe más veterano después de Uña de Puma.

—Los *güinca* no soportan estos fríos, Lengua Veloz. Y sus caballos los soportan menos. Creo que no podrán seguirnos —se ilusiona Diez Aguadas.

—¿Qué dices tú, Viejo José, que eres uno de ellos? —pregunta Lucho.

—Ya no, hermano... Aunque me lleven con ellos, ya no volveré a ser *güinca*... Pero los conozco bien, sí. Y si ahora se han propuesto no dejarnos escapar, son capaces de llegar hasta aquí... Son muy capaces. Recuerda lo que ha dicho Choique Pelado.

—Eso mismo pienso yo, Diez Aguadas. Tendríamos que poner a salvo las ovejas, que además están devastando estas pasturas que necesitan los caballos. Quisiera mandarlas a cruzar el río Colorado.

—Hazlo, Lengua Veloz, y ve con ellas si quieres. Yo debo esperar a mi suegro Buen Remedio.

—Mandaré las ovejas, pero yo no me iré todavía.

Diez Aguadas y José quedan solos. Con su escribiente, lenguaraz y entrañable amigo, que es blanco, puede romper a veces el celo que su orgullo de raza le impone sobre sus íntimas debilidades.

—Ya ves, hermano. Ya no sé qué hacer con mi gente. Quisiera detenerme porque estamos casi a pie, pero ustedes dicen la verdad: aquí no estamos seguros... Y ni una brizna de tabaco para fumar —reniega, mientras carga su pipa con una mezcla de yuyos y boñiga de caballo secos.

Un galope los interrumpe. El jinete saluda:

—*Marimari*, hermanos.

—*Marimari*, Caballo Blanco. Apéate y habla.

—Las tropas de Roca Chico estuvieron cuatro días acampadas en la otra orilla del Salado. Han capturado a Venado Chico. Vengo a avisarte que ahora empieza a cruzar los pantanos rumbo al Atuel.

El 25 de mayo [...] entramos a los pantanos.

En un principio se probó pasarlos a caballo, pero no fue posible; los animales con sus jinetes caían, perdiéndose en el agua y el barro, y muchos de ellos para no

salir más. Por consiguiente, hubo necesidad de pasarlos a pie, con el caballo tirando de la brida, el barro hasta las rodillas y el agua que en unas partes daba hasta los muslos y en otras hasta la cintura.

Los grandes derrames del Atuel habían formado cañadones que abrazaban leguas de extensión.

El día que nosotros los pasábamos, el invierno se hacía sentir con todo su rigor. A las 9 a. m. entramos al agua, y a las 5 p. m., no obstante haber caminado todo el día sin detenernos ni siquiera para comer, no habíamos hecho sino 3 leguas. ¡Tales eran los obstáculos que la naturaleza nos oponía y que nosotros teníamos que dominar!

A las 5 1/2 acampamos en una isleta. No había un solo individuo que no estuviese mojado de pies a cabeza y la leña era tan escasa, que no bastaba ni siquiera para calentarse. La noche puede decirse que se pasó en vela.

Rudecindo Roca

—Eran ciertas tu palabra y la de Lengua Veloz, José... Son capaces de todo. Sé que estás cansado, Caballo Blanco, pero es preciso avisar a Jaguar Colorado y Fortuna que ya vienen las tropas. Diles que debemos cruzar el Colorado. ¡Gusano de Oro, despierta! Entrega a Caballo Blanco mis caballos Rayo y Oreja Corta y después ve a avisar a mi suegro Buen Remedio que lo esperaré en Los del Este.

Mayo 27 - Se tomó un indio que dormía a un lado del camino con su caballo atado, y declaró ser chasque del capitanejo Cumilan, que el día antes había pasado el Salado por el paso del Meuco con sus familias y haciendas, llamado por Baigorrita; y agregó que dicho cacique debía estar en Cochi-Có, según la promesa hecha por él a Cumilan, de esperarlo en ese punto.

Rudecindo Roca

Fortuna y Jaguar Colorado debaten el aviso traído por Caballo Blanco.

—¿Qué hacemos, hermano?

—Debemos irnos. Aquí estamos en peligro. Caballo Blanco: di a Diez Aguadas que saldremos hacia el Colorado mañana al amanecer.

—Estoy muy cansado, hermano. Necesito dormir un poco.

Caballo Blanco duerme. Cerca del amanecer, su sueño se turba. Se endereza de pronto, y al deslizarse el poncho el sudor le hiela la piel. Corre en la tiniebla helada hacia la *ruca* de Jaguar Colorado, gritando:

—¡Soñé que atacan los *güinca*, soñé que atacan los *güinca*!

¡*Güinca*! La terrible interjección estremece el campamento, y Jaguar Colorado, desvelado junto a su cautiva favorita, salta desnudo al frío, reclamando:

—¡Aquí! ¿Quién grita?

—Yo, Caballo Blanco. Soñé que los *güinca* nos atacan.

—¡A levantarse todo el mundo! ¡Avisen a Fortuna! ¡Traigan los caballos y prepárense a pelear! ¡Los que no pelean ayuden a las mujeres a desarmar las *ruca*, rápido!

La respuesta está muy lejos del orden que pretenden impartir los gritos de Jaguar Colorado. Tratando de cumplir las órdenes, de salvar a su niño o sus pertenencias, aterrados, todos se embisten en la oscuridad en una batahola incontrolable. Fortuna se abre paso hasta Jaguar Colorado y Caballo Blanco.

—¿Quién ha creado este desastre?!

—Caballo Blanco soñó que nos atacan los *güinca*.

—No lo vi en mi sueño, pero tiene que ser Roca Chico... Les previne que andaba cerca.

—¡Ese perro! Jamás creí que llegaría hasta aquí con este frío...

Una limpia clarinada interrumpe el rezongo de Fortuna y de rebote en la sierra empavorece los oídos de la gente. Un retumbo de herraduras crece desde la primera luz del alba.

—¡Me voy a avisar a Diez Aguadas! —exclama Caballo Blanco, lanzado hacia sus caballos. Metiéndose contra el murallón de piedra por un tembladeral sólo practicable para caballos adiestrados al modo indígena, elude la encerrona tramada por Roca para atrapar a todos sin disparar un tiro y galopa en busca de su jefe. Mientras Roca, enfermo de frustración al no hallar a Baigorrita entre los prisioneros, se lanza ciegamente por campos de enormes piedras rodadas casi intransitables, Caballo Blanco ya aturde los fogones de Agua del Carrizal:

—¡Roca Chico atacó a Fortuna! ¡Le dirán dónde estamos!

Lengua Veloz, Jaguar Azul, Uña de Puma y el grueso de los hombres parten a vanguardia con las caballadas, mientras se levanta el campamento. Diez Aguadas, Lucho y Aluvión quedan con una pequeña partida a urgir a las familias, que desarman tollos, lían cargas y acopian agua. Refulgente Lucero de la Tarde dirige el trabajo, y los grupos se van alejando uno tras otro.

Diez Aguadas llama a Caballo Blanco.

—Te pido un último esfuerzo, hermano: toma estos caballos, vuela al encuentro de mi suegro Buen Remedio y evita que caiga en manos de Roca Chico. Después, quédate con él.

Varios cautivos demoran adrede, esperanzados en que las tropas los rescaten.

Perros y caballos empiezan a volver la atención al camino que se pierde tras el filo de la cerrillada. Sabiendo que sus paisanos integran la avanzada, Lucho manda a explorar a Aluvión, con Choique Pelado como garantía. Poco después, Choique Pelado vuelve solo.

—Diez Pedernales ha retenido a Aluvión en aquel monte tupido. Tiene quince hombres y varios traen *reminchron*.

Lucho ordena aprestarse al combate, manda llamar a Diez Aguadas y desenvaina la daga:

—Si no me dices rápido todo lo que sepas, aquí mismo te degüello.

—No necesitas eso, hermano. Para decírtelo he venido. Dice Diez Pedernales que Seis Pumas viene guiando a la vanguardia por el peor de los caminos porque sabe que ustedes están aquí y quiere darles tiempo. Ha adelantado a Diez Pedernales para que le diga a Diez Aguadas que quiere conversar con él.

Diez Aguadas llega a tiempo para oír la última frase.

—Si lo encuentro no será para conversar... Sabe que hace mucho que quiero matarlo.

—El no quiere atacarte, pero no podrá evitarlo. Roca Chico cree que esta vez no podrás escapar, y está muy molesto con Seis Pumas porque sospe-

cha que no pone todo su empeño en perseguirte. Tu cuñado quiere evitar que corra sangre inútilmente.

Diez Aguadas sopesa las palabras de Choique Pelado y dice a Lucho:

—Esa alimaña quiere que nos entreguemos para ganar la felicitación de su jefe sin pelear... No me rebajaré a parlamentar con él. Tú irás en mi nombre.

—No podré contener mi odio cuando lo vea, hermano.

—Entonces no hables con él. Hazlo con Diez Pedernales, que debe conocer sus intenciones como tú conoces las mías. Pero no antes de que devuelva a Aluvión. Mientras tanto, nos alejaremos todo lo posible.

Muy a su pesar, Lucho acata la orden.

A un galopito de distancia del monte que cobija a la avanzadilla adversaria, Lucho y su asistente sujetan y clavan las moharras en tierra en señal de tregua. Choique Pelado va y vuelve varias veces entre los adversarios hasta obtener la liberación de Aluvión. Por fin se quiebra la desconfianza de Diez Pedernales, quien emerge al galope de la foresta seguido por dos hombres armados con Remington. Al alcance de la voz, se detiene y grita:

—¡Deja tu lanza ahí! ¡Yo dejaré la mía y avanzemos!

—¡Que tus hombres dejen sus armas en tierra!
—reclama Lucho.

Hasta aquí, el aspecto de ambos jefes deja mucho que desear. Salvo el quepis y la chaquetilla del ejército que usa Diez Pedernales, la vestimenta es

ruinosa. Los caballos traen las cabezas bajas, devastados por infinitas fatigas, y su largo pelaje invernal apelmaza sudores viejos resecos por vientos gélidos. Pero al arrancar lentamente uno hacia el otro, los hombres engallan altivamente la pose y contagian a sus montados, que empavesan el andar con arrogantes escarceos, haciendo resonar la platería al ritmo de las pausas que sus cascos dibujan en el aire. Sujetan a unos pasos de distancia.

—¿Hablarás tú conmigo, o serán tus amos *güinca* quienes hablen por tu boca?

—Los *güinca* nada saben de esta reunión... Y será mejor que no lo sepan: Seis Pumas y yo podríamos terminar estaqueados.

—Con el corazón te lo digo: es lo menos que merecen por el daño que han hecho. Mucha de nuestra sangre no se hubiera vertido si ustedes no ayudaran a los *güinca* a encontrarnos y cazarlos, y ese hijo de puta, Roca Chico, jamás nos hubiera alcanzado sin la guía de ustedes.

—Tal vez, pero creo que te equivocas. A los *güinca* les ha bastado con los *reminchron* y la porfía de algunos jefes para hacer inútil toda resistencia. Aunque no les ayudemos, morirán todos los que no se rindan, a tiros o por hambre. Seis Pumas no quiere eso para tu gente. El *comandante* Roca no cejará hasta eliminar a todos. Debes convencer a Diez Aguadas de entregarse ahora, o la sangre empapará las arenas de aquí al río Negro.

—Tú y Seis Pumas quieren lucirse ante los jefes de *Güenusai*. Dile Roca Chico que Diez Aguadas sabe muy bien que nos rodean por todas partes, pero no nos rendiremos. He dicho.

Con tranco pausado y majestuoso, Lucho se vuelve por donde vino. Recupera su lanza de manos de su asistente y parten a todo galope.

El galope de las tropas llega a los que cierran la caravana, y es el desbande. Atento, el cautivo picado de viruelas grita:

—¡Ahura! ¡Disparen p'ande vienen los soldaus!
¡No miren p'atrás!

Y echa a correr seguido por el grupo de cautivos que esperaban el rescate con ansia. Pero cuando los alcanza el enjambre de *rancülche* con Seis Pumas y Diez Pedernales a la cabeza y advierten que entre ellos no viene siquiera un blanco pasan sin transición de la alegría al terror. Los atacantes se adelantan hasta donde aguantan sus caballos y luego retroceden a pie, cosechando prisioneros.

Mayo 28 - ...[Logré] sorprender al alba las tolderías de Cochi-Có, donde en vez de apresar a Baigorrita y Lucho, como se creyó, se encontró a los capitanejos Fortuna y Colunao, que fueron hechos prisioneros con sus familias y agregados.

[...] llegamos a tiempo a Ranquél-Có, donde se encontraba acampado Baigorrita [...] cuanto para tomarles algunas familias cuyo número, con los que ya habíamos tomado, alcanza a 3 capitanejos, 22 indios de lanza, 102 de chusma y 29 cautivos rescatados; más 50 caballos y algunas pocas vacas y ovejas.

Rudecindo Roca

Buen Remedio halla una ruta más fácil para cruzar los pantanos hacia Agua de las Mariposas que la utilizada por Diez Aguadas y Roca. Su vanguardia cae sobre las cenizas aún calientes de los

fogones donde acampó la tropa de Roca antes de atacar a Fortuna y Jaguar Colorado. Muy pronto, Caballo Blanco le trae la noticia del ataque a Diez Aguadas. Sin perder momento, Buen Remedio desiste de encontrarse con él y marcha precipitadamente hacia el Colorado.

Mayo 28 - [A Cumilao] la comisión le tomó el rastro y siguió la pista, pero sin resultado, pues el indio le llevaba 12 o 15 leguas de distancia, por haber marchado sin cesar.

Rudecindo Roca

*

Como todos los cautivos rescatados durante la campaña, Marie soporta interminables interrogatorios y queda confinada con sus antiguos amos en el campo de prisioneros hasta que todos sean enviados al otro lado de la vieja frontera. Tirada largo a largo bajo el tibio sol, ella descansa por fin. Unas sacudidas la obligan a levantar el plomo de los párpados y distingue una silueta. Hilachas de palabras recalcan en su cerebro:

—...*madame Omer*...

Un brazo fuerte le ayuda a sentarse. Alucina una voz varonil en francés:

—Déjeme ayudarle, señora de Omer. Soy su compatriota Benjamín Dupont, médico de la tropa a las órdenes del teniente coronel Rudecindo Roca. ¿Se encuentra bien?

Ella intenta una sonrisa, tan desacostumbrada que sus músculos faciales no responden del todo.

El hombre le revisa un tajo que sangra por el borde externo del antebrazo, la muñeca y el pulpejo hasta el meñique de la mano izquierda.

—Está herida, señora.

—Me atropelló un jinete y caí sobre una estaca afilada, doctor. Qué suerte que usted podrá curarme.

—Dejé el maletín en mi montura, aquí cerca. Venga conmigo.

—Qué maravilla escuchar hablar otra vez mi lengua...

Mientras le venda la herida, Dupont curioseosa:

—Está muy delgada, señora. ¿Con qué se alimentaba?

—Casi no hay qué comer. Cada varios días matamos alguno de los caballos más inútiles. A veces logran cazar avestruces, armadillos o liebres, pero no alcanzan para todos. Entonces tenemos que cortar cueros secos en pequeños trozos y hacerlos hervir hasta que se ablandan para comerlos.

—Bueno, ya no tendrá que sujetarse a esa dieta, aunque el *rancho* de tropa no está precisamente a la altura de nuestra alta cocina...

—Me conformaré con que cada porción de carne esté bien cocida, sea bastante grande y se repita dos o tres veces al día, doctor. ¡Ah! Y alguna de esas galletas duras...

De pronto, un recuerdo repica en la cabeza de Marie.

—¡Dios mío, lo había olvidado! ¿Dónde está la niña que estaba conmigo?

—Ya la he atendido. Estaba muy débil, pero creo que podremos recuperarla. ¿Es su hija?

—No, no... No tiene madre...

—Ah, comprendo. Pero usted tiene hijos...

El semblante de ella se oscurece.

—Sí, tengo dos... Me los quitaron desde el primer momento, y nunca he vuelto a saber de ellos... Quién sabe si estarán juntos o los habrán separado... Yo... me aferro a la esperanza de...

Sus propias palabras la van angustiando, y los sollozos ahogan el final de la frase.

—Cálmese, por favor, señora. Yo sé de ellos.

Los ojos se le iluminan de miedo y esperanza.

—¡Dios mío! No me... ¡Dígame! ¡Sea lo que sea, dígamelo!

—El mayor fue rescatado en diciembre por el comandante Ataliva Roca. Se lo entregó al padre Bentivoglio.

—¡Isidorito! ¿Y cómo está?

—Está en el convento de Río Cuarto perfectamente bien.

Ella lo abraza, ahogada por el llanto.

—¡Dios mío! ¡Vive! Lo sabía...

Se aparta, avergonzada.

—Perdóneme...

—Pierda cuidado, señora. Llevo en esto el tiempo suficiente para comprenderla perfectamente.

—Pero dígame más...

—Lo supe por boca del propio padre Bentivoglio, que viene como capellán de la División. Está acampado en *Pitrelauquén*, con el Estado Mayor. Cuando lleguemos allá podrá pedirle mayores detalles.

—Pero de Carlitos no me ha dicho nada.

—Es que...

Lo mira fijamente y dice con voz firme:

—Dígame la verdad, doctor.

—Antes quiero explicarle que no hay ninguna certeza acerca de esto... Según su hijo, hace mucho que a su hermanito lo pisó un caballo, y no pudo recuperarse...

Dupont la ve abatirse, e insiste:

—No se apene, Marie. Es sólo lo que dice el chico. Tal vez viva todavía.

Y ahora la ve erguir el cuerpo escuálido, cubierto con un curioso *collage* de harapos entrecosidos con un piolín, y la escucha afirmar la voz, voluntariosa.

—Tiene razón, doctor. No debo perder la esperanza de hallarlo.

El le ofrece su pañuelo, y al tomarlo ella advierte su mirada. Le reprocha:

—Por favor... Me da vergüenza.

—Perdóneme, se lo ruego, Marie. Le juro que sólo admiraba su valor y su entereza. Le daré una manta para que pueda protegerse algo del frío...

—Se lo agradeceré de todo corazón.

—También quiero decirle que intercederé ante el coronel Racedo para que la envíe cuanto antes a tierra civilizada.

—Gracias, gracias, doctor.

—En cuanto a la niña que la acompañaba... ¿Quiénes son sus padres?

—Ella es hija de Manuel y...

—¿Manuel?... Ah, sí, Baigorrita. ¿Y la madre?

—Era una cautiva que perdió en el juego hace mucho... Yo no llegué a conocerla.

—¡Cómo! ¿La jugó?

—Él no puede sustraerse al juego...

—Usted está encariñada con esa niña... Si le dice al coronel que es hija suya le dejará retenerla.

—Hablaré con él, pero no podré mentirle.

—Y seguramente el padre Bentivoglio le conseguirá con qué vestirse decentemente. Ahora acompáñeme. El comandante Roca quiere volver a interrogarla.

—¿Otra vez? Si ya le he contado todo...

—Perdónelo, se lo ruego. El fracaso en la captura de Baigorrita lo tiene medio loco.

—¡Cómo! ¿No lo han?...

Cuando ella descubre en el rostro de Dupont la expresión suspicaz que ha provocado su énfasis no puede evitar sonrojarse, pero sostiene firme la mirada.

—Quiero decir: ¿qué ha pasado con Manuel?

—Ya cesó la persecución. No pudimos alcanzarlo. Venga: le mostraré algo.

Lo sigue hasta la cima de una lomada. El señala una nube lejana que oscurece una gran porción del horizonte.

—¿Ve aquella humareda? Nos ha dicho un cautivo que son los campos incendiados por Baigorrita para avisar a los suyos y a su suegro *Cumelau*, que venía a encontrarse con él en *Cochicó*, que ha cruzado el Colorado.

*

Diez Cuentas es un jefe *rancülche* emigrado de sus lares hace varias lunas, que se asentó con su gente en los áridos terrenos al sur de la gran Laguna de las Brumas, sumidero del Salado. Tiempo después, Zorro Sentado y Zorro Batallador, con un puñado de seguidores, arribaron a esa zona deci-

didos a detener a los fugitivos de su raza que quisieran huir hacia los Andes. Diez Cuentas los dejó establecer junto a los suyos y apoya con sus lanceiros la fanática cruzada a cambio de compartir el magro botín.

Ahora ha llegado Loro Triste, mensajero de Buen Remedio, a proponer a Diez Cuentas unir fuerzas para retirarse juntos hacia las montañas. Una mañana, cumplida su misión, Loro Triste observa los preparativos de la gente de Diez Cuentas, que levanta el campamento para ir al encuentro de Buen Remedio.

Hace pocas lunas, Loro Triste y otros dispersos descansaban de regreso de una frustrada incursión al territorio *güinca* cuando vieron venir a un enorme pangaré que transportaba, inerte sobre su lomo, a un hombre igualmente grande. Loro Triste reconoció el caballo de pelea de Zorro Sentado, destacado como el de mayor tamaño, más fiel y más inteligente de toda la nación *rancülche*. Después de vendarle la cabeza, partida por el sablazo del cabo Rosas, para contener el encéfalo desbordante, Loro Triste no se movió de la vera de Zorro Sentado, desde entonces también llamado Cabeza Partida, hasta su milagrosa curación. Entonces se hicieron *concho*, hermanos de sangre adoptivos.

Ahora, al ver a su *concho* caminar de un lado a otro como una fiera, procura aliviar el peso de la batalla que le ve librar para dominar la cólera.

—No debes afligirte tanto, hermano. Tal vez sea cierta tu verdad. Tal vez los hombres de corazón libre no puedan vivir escondidos como alimañas, ni soportar la servidumbre, y deban pelear hasta

morir sin abandonar el campo al enemigo. Sin embargo, así nadie de nuestra gente sobrevivirá.

—¡Muerde tu lengua! ¿Qué sobrevivirá? ¡Una raza de esclavos! ¿Tú quieres sobrevivir?

—Sabes que Loro Triste ha resuelto seguirte hasta la muerte. Hablo de otra cosa. Los *güinca* podrán llevarse nuestros pequeños, no dejarles aprender nuestra lengua, ni conocer a nuestro Gran Padre. No sabrán nuestras danzas rituales, ni defenderse de los entes malignos, ni invocar a los entes benignos. Tal vez no sepan cazar, ni aprendan a cabalgar. Pero nunca serán *güinca*.

—Es un consuelo estúpido. Serán un lunar en la piel blanca de los *güinca*, que ellos siempre querrán extirpar. Yo ya he perdido a todos mis hijos, pero si viviera alguno lo mataría con mis manos antes de dejarlo cumplir ese destino. No me des oportunidad, porque si pudiera también mataría a los tuyos.

—Estás un poco loco, *concho*. Debe ser ese hachazo que te dieron. Si quieres matar, mejor sería matar *güinca*.

—Es mejor ser loco que un perro cobarde, así que mejor te callas. No me gustaría tener que matarte también.

La gente de Diez Cuentas ya se pierde en la distancia bajo el cielo que se va encapotando. Loro Triste practica el consejo de su amigo y calla, pero mira alrededor y se le encoge el pecho. Las pocas familias que quedan se apiñan en una docena de maltrechas *ruca*. Al ver allí a una mujer con un niño de pecho, le viene a la mente la última imagen de su mujer amamantando a su hijo recién nacido,

y de los otros dos gateando semidesnudos y chupando cueritos premasticados.

Lo distrae Zorro Batallador que se acerca lento, cohibido, a Zorro Sentado. Este ladra:

—¿Qué quieres?

—Yo... Es que nosotros... Mis...

—¿Qué? ¿Te has vuelto Zorro tartamudo?

—Es que... No te gustará lo que quiero decirte, *concho*.

—¿Ah, no? Habla. ¿Acaso quieres desertar también?

—No, pero... quedamos muy pocos, aquí nos matarán como a corderos. Mi gente quiere buscar más al poniente un sitio más seguro para defendernos.

—¡Defendernos! ¿Defendernos? ¡Nosotros tenemos que atacar, no defendernos! Tratas de disfrazar tu desertión, pero sólo quieres escapar también.

—Si quieres matarme, *concho*, no me defenderé. Pero si no me matas partiré hoy mismo, y creo que también parte de tu gente me seguirá.

La diestra de Zorro Sentado busca el cabo del facón.

—¡Tú, perro, los has convencido con tu lengua mentirosa!

De un salto, Loro Triste le sujeta el brazo para impedirle desenvainar.

—No lo hagas, *concho*, no lo hagas.

Quedan inmóviles un largo momento. El fuego en los ojos de Zorro Sentado se va apagando, y sus dedos aflojan el cabo de plata; Loro Triste lo suelta; Zorro Batallador se retira.

Para cuando promedia el día, las *ruca* de Zorro Batallador, reducidas a palos enrollados con cueros, se alejan. Zorro Sentado se pasea con aire de gallo bravo. Loro Triste, echado contra su apero, lagrimea por efecto de la ofuscante mezcla que fuma y contempla a la gente de su *concho*, desasosegada por la ira de su jefe. Una llovizna gélida despliega su sudario y va borrando la rastrillada dejada por los que se han ido. Balanceando el poderoso torso desnudo, Zorro Sentado, más sensible al punzazo de los ojos de los suyos, ocultos en el fondo de las *ruca*, que a las agujas de agua, se detiene por fin y grita:

—¡A ver, manada de viejas inútiles! ¿Qué esperan para levantar las *ruca*? ¡Ya deberíamos estar alcanzando a Zorro Batallador!

Zorro Batallador, acompañado por cuatro lanceros y una cautiva que nunca se aparta de su lado, se refresca en un ojo de agua. Han salido a explorar la retaguardia de la gente en marcha. Pero una partida que viene sobre el rastro logra sorprenderlos. Cuando se dan cuenta, están rodeados. Zorro Batallador se lanza con sus hombres a romper el cerco, pero son barridos por las balas. El jefe y dos lanceros mueren en el acto. Los otros dos, heridos, son capturados con la cautiva. El jefe *güinca* la interroga:

—Soy el sargento mayor Monteagudo. No llores, ya estás a salvo.

Ella no parece escucharlo, y se asusta cuando la toma por los hombros.

—No tengas miedo, mujer, que estás de nuevo con los tuyos. ¿Te acordás como se habla nuestra lengua? ¿Entendés lo que te digo?

Ella se anima a levantar los ojos y asiente con la cabeza.

—¿Quiénes son esos indios matamos?

Ella se desconsuela.

—Ah, claro, era tu marido. ¿Cómo se llamaba? Tarda en contestarle.

—Era *Nguerenaln*...

—¡Querenal! ¡Querenal, al fin! ¿Y los otros?... ¡Vamos, carajo, decí el nombre de los otros!

Entre sollozos, la mujer, astuta, miente:

—Uno es *Anünguer*...

—¡Anener y Querenal! ¡Sargento! ¡Haga formar a la tropa y que se prepare un chasqui para partir al momento! ¡Tengo que informar una gran noticia!

Junio 11 - ...Dos de los indios muertos eran los bravos capitanejos Agneer y Querenal, reputados por los salvajes de la pampa, los tigres de ella [...]

Desde que las fuerzas de la Nación principiaron a aterrorizar a los salvajes con sus triunfos brillantes y numerosos, Agneer y Querenal se situaron allí para impedir el paso de sus colegas que, despavoridos, huían a buscar un asilo seguro en las márgenes del Neuquén o en las fronteras de Chile, mercado de sus pillajes.

Agneer y Querenal alegaban a sus colegas que no debían huir a Chile, y sí morir en la Pampa argentina que les pertenecía; y más de una vez, los fugitivos que se negaron a sus pretensiones encontraron en las márgenes del Colorado y en el filo de sus cuchillos o la moharra de las lanzas de Agneer y Querenal, la muerte y la tumba [...]

Florencio Monteagudo

Después de esperar inútilmente el regreso de Zorro Batallador, Zorro Sentado recoge a la gente de su *concho* y continúa la morosa retirada, sin poder librarse del acoso de los invasores. Como éstos lo tienen por muerto, tiempo después, cuando finalmente, debilitado su pequeño grupo de sobrevivientes, lo capturan, tardan mucho en convenirse de que tienen verdaderamente a “Anener”, como desfiguran su nombre.

*[...] Anener está prisionero hoy día.
Es un indio gigantesco y de los más valientes que
han militado bajo las banderolas de Mariano Rosas,
Epumer y Baigorrita.*

(La Patria, 14/7/1879)

*

Diez Aguadas y Lengua Veloz dejan la Laguna del Guanaco al tranco de sus caballos resentidos por el esfuerzo. Apenas les han dejado saciar la sed. Han aprendido que Roca Chico cobra muy caro cualquier descuido. El viento sur, glacial, petrifica los rostros. Lengua Veloz habla, y triza lenguas de silencio.

—Con las ovejas, la marcha es lenta. Los exploradores que mandé a la Sierra Arisca dicen que hay buen pasto allá.

—Nos separaremos. Mientras tú cruzas el Colorado con las ovejas, yo esperaré dos días a Buen Remedio y Diez Cuentas en Los del Este. Después iré más al naciente para cruzar también el río Colorado. Así, mi rastro será más fresco y me seguirán a mí.

Dicho lo necesario, el silencio vuelve a cimentarse.

Desde muy lejos se recortan contra el cielo las ciclópeas siluetas de Los del Este, mudos centinelas de piedra desprendidos de la sierra para otear la llanura con su eterna ceguera. A su vera, ambos jinetes se detienen un momento para reverenciarlos.

La gente de Lengua Veloz sigue hacia el río; alimentada con carne de oveja, puede caminar y ahorrar a los pocos caballos algo de energía. Los niños se protegen del frío metidos en el vaho espeso y cálido que exhala el rebaño. Divididas en pequeñas majadas, las ovejas cruzan la peligrosa corriente y siguen después hasta esparcirse por los vallecitos de la Sierra Arisca.

*

Ocho días tarda Diez Aguadas en ir a vadear el Colorado más al naciente, después de esperar inútilmente en Los del Este a Buen Remedio y Diez Cuentas. A poco andar, ya al sur del río, acampa con su gente en una providencial pastura, y desde allí envía mensajeros hacia todos los rumbos como abejas en la mañana.

Diez Aguadas recibe al fiel Caballo Blanco:

—Mi corazón se alegra de verte después de tantos peligros, hermano. Sé que avisaste a mi suegro que escapara de Roca Chico, porque los rastros que hallé hace tres soles me han dicho que Buen Remedio y Diez Cuentas habían juntado su gente y

marchaban hacia el sur, y tu caballo marchaba con ellos.

—Sí, alcancé a Buen Remedio a tiempo.

—Eres mi mejor mensajero.

Tal comentario de un hombre tan parco en el elogio no puede dejarlo indiferente, pero Caballo Blanco sigue hablando sin denotar el menor sentimiento:

—Llevo cuatro soles buscando tus huellas por esta banda del río. Buen Remedio me encomendó decirte que seguirá sin detenerse hasta cruzar el río Neuquén. Como marcha muy despacio porque su gente está muy cansada, cree que tú lo alcanzarás pronto.

—También mi gente está cansada, y mis caballos inútiles. Has visto que aquí hay buenos pastos y debo aprovecharlos. Dile que instalé mi *ruca*. Pronto tendré el gran gusto de ir a reunirme con él.

Pocos días de reposo operan milagros. Algo de comida encuentran, y los caballos vuelven a dilatar los ollares con las orejas rígidas cuando ventean pumas ocultos en los breñales pelados por las heladas. Pero los mensajeros empiezan a retornar con su bagaje de infortunios. El enviado ante Lengua Veloz puebla la *ruca* de Diez Aguadas con su vívido relato de los pequeños grupos apacentando ovejas en la Sierra Arisca, hasta que los choiqueiros de Saturnino Torres, halcones de la falda cordillerana, cayeron sobre ellos como un azote del *gualichu*... Los manes protectores salvaron la vida del propio mensajero: huir era imposible, pero pusieron a su paso un zanjón enmarañado donde, echa-

dos como muertos con su caballo, pudieron ocultarse hasta que pasó el peligro.

Junio 14 - Ayer he sorprendido y capturado un grupo de indios pampas que, capitaneados por Niculqueo, se dirigían al sud, por el camino de Hacha, fraccionados en varios grupos pequeños. Sorprendidos los primeros en su mismo campamento se rindieron a la primera intimación que les hice, y enterado por éstos de que más atrás venían grupos mal montados, me ocupé durante todo el día en darles caza, lo que conseguí sin mucha dificultad por lo mal montados que venían, habiendo caído en nuestro poder veintisiete indios de lanza con ochenta de chusma, y habiéndose escapado solamente cinco indios que habían salido a recorrer el campo, los cuales creo seguro tomarlos hoy, si es que de suyo no se presentan, pues están en nuestro poder las familias de todos ellos.

También se les ha tomado cuarenta y tantos caballos en muy mal estado, únicos en que cabalgaba toda esta chusma, y como trescientas ovejas.

Saturnino Torres

*

CHOIQUEROS

Tal el nombre fronterizo adjudicado en el sur de Mendoza a los temerarios y no demasiado escrupulosos cazadores que, despreciando la seguridad de los fortines, se arriesgaban por la dilatada tierra de nadie extendida a lo largo de la falda andina al sur de San Rafael hasta los dominios de los picunche, en la cuenca del Neuquén. La abundancia de choiques, guanacos y venados en ese vasto territorio fue siempre un imán tanto para los boleadores indígenas cuanto para los blancos con habilidad y agallas suficientes. Con el tiempo, bolear al sur de la frontera terminó por convertirse en un oficio, peligroso pero permanente, para aventureros, desocupados y fugitivos, sin otro rasgo común

que una audacia sin límites y un espíritu libertario. Estos fueron los llamados choiqueros, tan duros y peligrosos como el territorio que frecuentaban.

Cuando se organiza en Mendoza la 4a. División del Ejército que funcionará como el cerrojo de la gran redada urdida por el general Julio Argentino Roca para "terminar con el problema del indio", se abrió una instancia de reclutamiento voluntario para dotarla de partidas livianas compuestas por hombres eficientes, conocedores del terreno y fogueados en el trato con los indios. Casi todos los seleccionados entre los que respondieron a la convocatoria pertenecían a esta clase de boleadores andariegos. Sus servicios, dadas sus características personales, resultaron invalorable. Fueron incorporados como 1o. y 2o. Batallones de Choiqueros, al mando, respectivamente, de los sargentos mayores Adrián Illescas y Saturnino Torres, quienes tuvieron a su cargo personalmente la labor de selección.

La 4a. División, a las órdenes del teniente coronel Napoleón Uriburu, después de peinar el territorio hasta el río Neuquén, ocupó su margen izquierda y procedió a establecer puestos de vigilancia en todos los pasos practicables.

A principios de julio de 1879, los choiqueros, instalados en los campamentos El Mangrullo y Los Médanos, patrullaban sin descanso una amplia faja del desértico territorio extendido entre los ríos Neuquén y Colorado, por donde debían llegar los fugitivos ranqueles, ya devastados por la acción de las avanzadas de las divisiones 2a. y 3a. Así, ellos fueron los encargados de detectar, contactar y combatir a la tribu de Baigorrita cuando arribó a esa zona.

*

Al campamento de Diez Aguadas llega, por fin, una comisión del Gran Jefe Vale por Ocho; la preside un embajador, y en parte la integran los mensajeros que Baigorrita le ha estado enviando cada fase de luna. Entre ellos viene Águila Azul, her-

mano de Camina Distinto, perteneciente a la gente de Viniendo Hacia Acá, emigrada cerca de Vale Por Ocho hace algunas lunas.

Como muestra de buena voluntad, los visitantes bajan de ocho mulas cargueras varios noques con harina de maíz tostado, piñones de araucaria curados y carne, zapallo y manzana desecados. José, con la boca llena de piñones y orejones de manzana que traga sin siquiera masticar, farfulla:

—Esto es *manjar de los dioses*. Vale Por Ocho vale por mil...

—Preferiría que sirvieran para alimentar a los niños hambrientos y no a un *güinca* robusto... —comenta Águila Azul, pero Diez Aguadas intercede:

—Viejo José ya no es *güinca*, cuñado... Tiene mejor derecho que nadie a ser de los primeros en tomar lo que me ofrecen. Y quiero decirte algo: es cierto que nos falta comida, pero también nos faltan lanzas. Tengo muchos hombres desarmados.

—Tal vez Vale Por Ocho no sabía que te hacían falta. Pero ahora tienes un guerrero armado de *chralca*.

Toma la vieja carabina, siempre al alcance de su mano, y la exhibe con orgullo.

—No será un *reminchron*, pero tira buenas *bala*...

La noche acolcha de lasitud el campamento. Jaguar Azul, José, Guanaco Veloz y Diez Aguadas se arrebuja al calor de la lumbre en sus ponchos agujereados. Sólo Águila Azul luce un poncho nuevo. Apenas el leve crepitar de la leña rasguña el silencio. Pero del grupo apartado de mujeres empieza a manar suavemente un sonido que ondula

sobre objetos y perros sembrados por el piso de la *ruca*, envuelve las siluetas de los hombres, acaricia los cuerpos de los niños dormidos, se desliza por los rincones oscuros, avanza lamiendo el suelo arenoso y gira en torno a la llama para ascender con ella.

*Ya no queda gente ¡Ay, dolor!
Ya se termina la raza.
Ya las mujeres no queremos tener hijos.
La desgracia hace a nuestros hombres sombríos.
Ya están en el Río Salado, ¡nuestro río!
¡Ay, dolor! ¡De qué vale tener lanza!*

La voz asordinada de Refulgente Lucero de la Tarde no viene a quebrar el silencio: lo complementa. Cuando el canto se apaga, la ausencia de sonido se abisma.

Pero penas convocan penas, dolores exasperan dolores. La piel del silencio vuelve a rasgarse al parir otro canto cosechero de angustias. Trémulo y agudo sube el gorjeo de Ojos Inquietos, que aún espera el retorno de Renacuajo Chico:

*¡Ay! Ya nunca lloraría
yo, mujer que siempre llora,
volviendo aquél que no vuelve.
¿Está corriendo al venado
o está donde no se mueve?
Si vive, ¿por qué llorarlo?
Si ha muerto, ¿por qué llorarlo?
Lo lloro porque está ausente,
pero nunca lloraría
volviendo aquél que no vuelve.*

Sólo ese callar atrapado en los contraluces de los rostros de apariencia adormilada permite adivinar la hondura sin fondo sajada en la carne del sentimiento por el filo impiadoso de las canciones.

Suenan fragorosas las manos de Águila Azul hurgando la alforja de cuero para sacar un naco que enciende chispas en todos los ojos. Le pasa el tesoro a Diez Aguadas.

—Que tus mujeres nos den de fumar, cuñado.

Este arroja el naco a Lengua Amarga, quien pica el tabaco a cuchillo sobre una piedra mientras Refulgente Lucero de la Tarde prepara las pipas.

—¿Permitirás que fumen de tu tabaco también nuestras mujeres?

—Sí. Que también ellas fumen.

Se fuma largamente, sin hablar. El resquemor por respuestas previsiblemente desgraciadas posterga las palabras, que no podrán obviar a los ausentes y menos aún a los muertos, a quienes todos sienten rondar por los rincones. Ya el humo que vuelve de escocer pulmones va saturando el ámbito cuando Águila Azul se atreve:

—He visto que tu mujer y hermana mía Camina Distinto no está con los tuyos, cuñado.

Diez Aguadas no responde en seguida; cuando lo hace, ya el motivo se ha olvidado:

—Los *güinca* me la han quitado en Agua de las Mariposas.

Y mucho después:

—Como me han quitado casi toda mi familia.

Se agota el combustible de las pipas antes de que Águila Azul diga:

—Era mi última familia.

Y después que la Perra Cautiva, furtiva como una sombra, termina de recargar las pipas:

—Al resto lo perdí cuando masacraron a la gente de Viniendo Hacia Acá.

La voz de Águila Azul no rezuma rebeldía; quizás, apenas, un llano fatalismo. Diez Aguadas acusa el dato:

—También Viniendo Hacia Acá... Hasta dónde llegarán los *güinca*...

La llama del fuego se reduce y agota. Alguien arroja un leño, y cuando la miríada de chispas se ha esfumado en el aire, Guanaco Veloz, miembro del mismo grupo, pregunta:

—¿Cuándo los atacaron?

—Pasó una luna ya.

El tiempo consume el leño nuevo, lo reduce a brasa que añila las siluetas.

—Habíamos andado mucho. Creíamos haber llegado a donde jamás escucharíamos tronar un *reminchron*.

Y antes de que continúe se han de volver brasa otros dos astillones.

—Nos despertaron las *bala* cribando las *ruca* antes de aclarar.

Mayo 5 - [...] las tolderías del cacique Payeirán, cacique ranquelino emigrado de la Pampa, y recién establecido junto con varias familias chilenas a corta distancia de aquí. Del asalto resultó muerto el cacique Payeirán y 14 indios de lanza, 12 de éstos y 72 de chusma, prisioneros, y algunos chilenos, quedando en nuestro poder 100 vacas, 18 caballos y 500 ovejas.

Napoleón Uriburu

Las interminables pausas de Águila Azul se van devorando la noche.

—Los asaltantes se llevaron lo que pudieron. Lo demás quedó abandonado.

Mayo 8 - Mandáronse por la mañana un número de mulas aparejadas de los cuerpos, debidamente escoltadas y con orden de recoger de los toldos de Payeirán, maíz y cebada para forraje, regresando a la noche con bastante grano.

Napoleón Uriburu

Alerta de chajáes, un ladrido intermitente, mugidos de reclamo, que apenas llegan al interior de la *ruca*, impregnan el largo hiato. Hasta que en algún momento el timbre extrañamente agudo de Jaguar Azul resume las congojas:

*Me quieren echar de mi tierra los güinca
porque me han volteado.
Ya no tengo mujeres ni haciendas,
muy poquito valgo.
Ahora quieren los güinca que me vaya a
esconder a la sierra*

*igual que el guanaco.
Quisiera haber muerto como otros, felices,
con la lanza en la mano.*

El frío creciente obliga a quemar más leña. La noche ha envejecido cuando Diez Aguadas dice:

—De Celeste y su gente no volvimos a saber nada desde que cruzaron el río Colorado.

—Vale Por Ocho les permitió acampar cerca del río Agrio. Después, pidió a Celeste que viniera con su gente cerca suyo porque necesitaba el apoyo de sus lanzas. Cuando se estaba mudando...

Mayo 19 - [...] pasando el Agrio [...] se avistaban indios en la margen izquierda del río. Al ser reconocidos, el jefe de las fuerzas dio orden al mayor Illescas, de atacarlos, y pasando éste el río nuevamente, les hizo 6 muertos en la persecución, dos de lanza heridos, que cayeron en nuestro poder, 7 indios de lanza prisioneros y 54 de chusma, tomándoles 44 animales cabalares, 45 vacunos, 180 ovejas y algunas monturas. Los indios eran mandados por Painé, que cayó prisionero y venían emigrados de la Pampa, perteneciendo a la tribu de Baigorrita, que viene más atrás, en completa fuga, y al que se espera darle caza.

Napoleón Uriburu.

—Parece que están esperando en el río Neuquén.

—Sí. Vigilan todos sus vados desde el Agrio hasta el Negro, y de ahí al Colorado se mueven sus patrullas.

El aterido trino de un chingolo anuncia el alba. Diez Aguadas compendia su pensamiento insomne.

—Han cerrado la trampa. Pata de Piedra dicen que pasó, habrá llegado antes que la cerraran, pero tal vez nadie más pueda pasar. Habrá que volver atrás. No esperarán que nadie vuelva.

*

Una maroma de lazos anudados pende desde antes de salir el sol tendida de orilla a orilla sobre el agua gélida y turbulenta del Colorado. Una mujer fornida, con medio cuerpo metido en un cuero fresco arreglado como una bolsa a modo de rudimentaria embarcación que la arisca correntada tironea sin lástima, apela a toda su energía para mantener el artilugio ligado a la cuerda con sus manos engarrotadas, lastimadas pese a su callosa rudeza. Adentro tiritan tres chiquillos y un perrito, mal cubiertos con retazos de ponchos empapados por los salpicones que las ráfagas embarcan. Mano tras mano, porfiadamente, la mujer va remolcando la pelota de cuero a través del río. Por fin alcanza la orilla; otras mujeres llevan a los chicos junto a los fuegos, ocultos en correderas erosionadas por los torrentes en la barranca; una de ellas releva a la conductora, echada exhausta, y vuelve a buscar más niños. Cauce arriba y abajo se repiten escenas parecidas.

La noche cae cuando todavía falta mucha gente por cruzar. Ya en penumbras, Diez Aguadas manda echar a nado varias decenas de caballos, que sesgan con vigor la corriente, remolcando a los jinetes asidos de sus colas. Lucho, con sus hombres y el resto de los caballos, protege a las familias que restan.

Tras enviar el relevo de los observadores, avanzados a casi medio día de galope, Diez Aguadas y Jaguar Azul recorren los fogones. Desde lejos ven el de Garza Dorada. Cuatro chiquillos mojados humean casi chamuscándose, mientras devoran las vísceras crudas de un pequeño roedor que la matrona ha desprovisto de cuero, patas y tripas para echarlo en un cuenco rebullente.

—*Marimari*, hermana. Verán tu fuego desde el Río Negro.

—*Marimari*, jefe nuestro. Es que no sirve esta leña. Los niños se mueren de frío, y ese hombre tiene demasiados chuchos.

Mira un bulto que se agita bajo un poncho, junto al fuego.

—¿Qué le pasa?

—Lo alcanzó el *güalichu* y no tiene a nadie. No quise dejarlo tirado en el campo, pero ya mañana no podrá seguirnos.

—Eres siempre la misma, Garza Dorada. ¿Y estos chicos?

—También están solos. Había que darles algo de comer, aunque hoy no he conseguido casi nada.

—Buena hermana, o buscas mejor leña o usas los ponchos para ocultar el fuego. Sabes que pueden andar muy cerca.

—Tú mandas, Diez Aguadas. Encontraré el modo.

—Hazlo ya mismo, Garza Dorada. *Amuquellechin*.

—*Amuchimai*.

Haciendo crujir la escarcha bajo sus botas finas pero rotas, continúan su ronda. La numerosa prole de los hermanos Ciprés Oscuro y Ciprés Muerto rodea otro fogón. Una espesa y larga cama de

brasas abriga a la concurrencia. Están comiendo grasa amasada con algo de charqui molido. Callado, Ciprés Muerto parte su trozo, sólido de frío, y ofrece la porción mayor a Diez Aguadas, quien elige la menor y la divide con Jaguar Azul. Al llevársela a la boca advierte la mirada resignada de su asistente Gusano de Oro, miembro de esta familia, y se la da.

—Veo que al menos tienen algo de comer.

—La mula vieja se ahogó esta mañana. Tuvi-
mos que ir a buscarla lejos, pero los manes bienhe-
chores la echaron de este lado. Estaba muy flaca y
la comimos toda. Apenas queda este poco de grasa
que ya se termina, como ves.

—¿Cuántos caballos y mulas les quedan?

—Yo tengo uno de pelea y uno de marcha, mi
sobrino Gusano de Oro tiene el que tú le has dado
y Ciprés Oscuro una mula. Nada más.

—¿Y comida?

—Nada, hermano. El último charqui de gama
está en esta grasa. Tendremos que bolear algo cuan-
do marchemos.

—Mañana, mientras Lucho hace cruzar a los
que faltan, los que tenemos caballo saldremos a
bolear. Te prestaré uno para que puedas traer
algo para tu familia, Ciprés Oscuro.

—Quiero preguntarte algo, hermano. ¿Por qué
volvemos a cruzar el Colorado, en lugar de seguir
hacia el Neuquén?

—No se puede pasar. Han cerrado el círculo de
la boleada.

—¿Qué boleada?

—Los *güinca* han preparado una gran boleada, como hacemos nosotros. Todo nuestro territorio es su campo de caza, nosotros somos sus presas, sus boleadoras son los *reminchron*. Ya han cerrado el círculo. Tal vez hayan aflojado la vigilancia por donde vinimos. Volveremos hasta Los del Este, rodearemos la Sierra del Guanaco y de ahí seguiremos por el Cerro de Cobre hacia la Gran Montaña.

Jaguar Azul se sorprende:

—Nunca lo había visto así, pero dices una gran verdad. Nos han robado todo, y tú eres el primero en darse cuenta de que para cazarnos también nos han robado nuestro modo de cazar.

—Y algo más quiero preguntarte —dice Ciprés Muerto—. ¿Se ha sabido algo de Buen Remedio? ¿Habrá logrado escapar a esta boleada?

—Sé lo que tú sabes, hermano: que se dirigía a marcha lenta hacia el Neuquén. Mi primer enviado volvió sin hallarlo, y el segundo no ha vuelto. Encargué a Lucho que mande otro más antes de terminar de cruzar el río.

Mientras siguen su recorrida, Jaguar Azul vuelve a comentar:

—Claro, por eso siempre encontramos *güinca* detrás si nos retrasamos, a los flancos si nos desviamos y al frente si nos apuramos. Nos persiguen y matan porque para ellos somos sólo piezas de caza...

—Hay una diferencia —acota Diez Aguadas—: nosotros cazamos para comer...

Por fin se reúnen con su familia. Refulgente Lucero de la Tarde cumple estrictamente el mandato: en el fondo de sendos hoyos, sus fuegos sólo se

ven a dos pasos de distancia. La gente que los rodea termina de ocultarlos por completo.

La mujer principal del jefe y su hija Pecho Colorado Chica esperan a sus maridos algo apartadas del grupo de mujeres y niños que pugnan por un poco de calor. Sentadas muy juntas, se han envuelto con el quillango de una y el poncho de la otra encimados. Apartan el abrigo para ofrecerles la comida que guardan para ellos: buena parte de un mara soasado. Al hacerlo, también aparece a la vista Avecilla Mansa, engastada entre su madre y su abuela.

Diez Aguadas divide la presa de un tajo, pasa la mitad a su yerno y ambos se acercan al fuego de los varones, quienes hacen lugar. Calientan la carne sobre las brasas, mientras el calor hace chorrear por sus carrillos el aliento condensado a los lados de sus narices, y comen, hoscos.

La distancia entre este fuego y el de las mujeres es corta. Con licencia, Ojos Inquietos habla al grupo de hombres:

—Hermano Águila Azul: desde que te has unido a nosotros quiero preguntarte qué ha sido de tu mujer, mi prima Avutarda Desplumada, y de tus hijos.

Águila Azul, acuclillado junto al foso, inclinado hacia adelante para absorber mejor el hálito candente, no aparta la mirada del centro del fogón, como si viera de nuevo la escena en el brillo purpúreo.

—Cuando el estampido de los *reminchron* nos hizo saltar del sueño, agarré la lanza y a los tres mayores y corrí hacia el río. Mi mujer me siguió con el más chico. Casi llegábamos cuando nos atajó

un soldado a caballo. De un lanzazo lo dejé de a pie, mientras mi mujer y los chicos seguían corriendo. Me atropelló con el sable alzado, pero el Gran Padre se acordó de mí en ese momento, pude trabarle los pies con la lanza y se despatarró. Con su mismo sable lo maté. Después corrí, me tiré al río y me dejé arrastrar, sacando apenas la nariz cada tanto para respirar. No vi a mi mujer ni a los chicos. Demasiado crecido estaba el río, y muy violenta la corriente...

Jaguar Azul hace girar su poncho en torno al cuello para exponer al calor la parte trasera, que empieza a desprender el vapor de la escarcha derretida, antes de decir:

—Es triste tu historia, hermano. Nadie queda entre nosotros que no haya tenido una gran desgracia en su familia... Pero quiero preguntarte otra cosa: ¿por qué el Gran Jefe Vale por Ocho no respondió antes los mensajes de Diez Aguadas?

—Los jefes de la gente del norte y de las araucarias creyeron que la andanada de malones *güinca* desatada la última primavera contra la gente de los llanos era una cuestión grave, pero que no les concernía. Y cuando supieron que gente nuestra eran ahora guías y *ofichales* de las tropas *güinca*, recelaron que el corazón de los fugitivos de la llanura ocultara, aleve, la perfidia. Por eso Vale por Ocho retuvo a los mensajeros.

—¿Y por qué cambió ahora de idea?

—En el país de las araucarias conocían los alarmantes preparativos *güinca* en las fronteras del naciente, pero, antes de la primera luna del otoño, los amigos de *Mendoza* avisaron que también allí

concentraban tropas, caballadas, armamento y víveres. Esto no era sólo contra ustedes. Bandadas de pájaros de todas clases, seguidos después por animales terrestres en fuga, empezaron a llegar del norte. La vanguardia de las tropas avanzaba hacia el sur, batiendo el frente desde la Gran Montaña hasta el Atuel con veloces patrullas de *choiqueros*, conocedores del terreno como nosotros. Ante una invasión como nunca se había visto, Vale por Ocho convocó al Gran Parlamento en el Carrizal Tupido que todos conocen. Las resoluciones de ese parlamento y la presión del jefe *güinca Uriburu*, que lo asediaba diariamente con seducciones y amenazas para que negociara un cambio muy perjudicial en las relaciones con *Güenusai*, decidieron a Vale Por Ocho a enviar comisiones a los jefes que venían expulsados de los llanos. El Gran Jefe quiere reunir el mayor número de lanzas aliadas por si es necesario enfrentar a las tropas.

—¿Tú presenciaste ese gran parlamento? Todos queremos saber cómo fue.

—Yo, que estuve en famosos *chravun* convocados por el gran Piedra Azul, adonde venían embajadas hasta de allende la Gran Montaña Nevada, jamás vi uno tan imponente como éste.

Águila Azul casi no se ha movido. Sus ojos vuelven a buscar en el rescoldo las imágenes que evoca.

—Hormigueaban de jinetes las Salinas Grandes en aquellas ocasiones. Pero en el Carrizal Tupido la gente bajaba en aluviones por las sendas de las laderas hasta cubrir el valle como el agua cubre el lecho de las lagunas. Durante seis soles siguió llegando la gente. Ceremonias propiciatorias

impetraban la benevolencia del Dueño de la Gente; bravas cabalgatas ahuyentaban al *gualichu*; *machi* venidos de todos los rincones de nuestra tierra trepaban a las cumbres más altas para pedir a los manes protectores augurios favorables, pero todos eran funestos. “Nuestros antepasados están disgustados”, decían. ¿En qué los habremos ofendido? Nadie lo sabe. ¿Qué presagios han obtenido ustedes, Diez Aguadas?

—Los peores, cuñado. Hace tres lunas, en la orilla del Salado, se unieron todos los *machi* en una gran rogativa para invocar a los manes, y sus augurios fueron aterradores. Nuestra gran *machi* Volaba Planeando de Otro Modo dijo que nunca volveremos a la tierra, que esta invasión *güinca* destruirá a los *rancülche*, que a mí me matarán y que ella caería prisionera. Todo se va cumpliendo... Sólo falta ver si logran matarme.

—¿Tampoco Volaba Planeando de Otro Modo conocía la causa de la ira de nuestros protectores?

—Si lo sabía, a nadie se lo dijo.

—Pero sigue contándonos sobre el gran parlamento —tercia Jaguar Azul.

—Cuando por fin llegaron hasta los jefes de las tierras más lejanas, cumplidas las ceremonias que manda la costumbre, el gran Vale por Ocho inauguró la reunión. Muy prolongado fue su impresionante discurso. La multitud gritaba e insultaba cada vez que mencionaba a los *güinca* y aprobaba, también a gritos, sus apelaciones a resistir.

—Solías ser memorioso, Águila Azul. Repítenos lo que dijo.

—Recuerdo todas sus palabras, pero fueron de-

masiadas para repetirlas aquí a todas. Pero cuando la gente se soliviantó más fue cuando dijo:

—El güinca pillo y ladrón una vez más nos amenaza con traernos guerra para apoderarse de nuestra tierra y de nuestros ganados. Si nos quita lo que más queremos, ¿adónde iremos a parar? ¿Cómo podremos vivir? Nuestra suerte ha sido siempre sufrir. ¿Hasta cuándo hemos de aguantar la insolencia del intruso que se ampara en sus chralca y nos mata sin piedad? ¿Acaso los pegüenche tenemos la culpa de que los güiliche, salineros y rancülche les hagan malones? Hace mucho que estamos en paz. Entonces, ¿por qué el güinca nos viene a buscar? Pero ya se comprende la intención. Quiere robarnos nuestras tierras para hacer pueblos y obligarnos a trabajar para su provecho. Quiere privarnos de nuestra libertad; acorralarnos contra la cordillera; echarnos de nuestros campos donde nacieron nuestros padres, nuestros hijos y donde deben nacer nuestros nietos; cautivar a nuestras mujeres e hijos para servir como esclavos en sus ciudades... Quiere que no defendamos nuestra libertad como hombres porque quiere que muramos como perros. Quiere que adoremos a su dios, que prohíbe tener más de una mujer. ¿Quién cuidaría de nuestros hijos mientras las otras mujeres tejen los ponchos y fajas que necesitamos? ¿Quién atendería las siembras, cosechas, comida y demás quehaceres que no corresponden a los hombres? Hermanos: digo que afilemos nuestras lanzas, empleadas contra nuestros hermanos de raza en tiempos y por causas que deben olvidarse, y formemos un ejército que haga temblar la tierra y arrolle al güinca que no quiere dejarnos vivir en paz. Digo que queremos llevar la vida de acuerdo con nuestras costumbres y a nuestro gusto. Y ahora, que hablen los demás jefes. Avpin.

”Después pidió la palabra Cóndor Apartado, gran jefe de la región del Volcán Nublado, que dijo entre otras cosas:

—*Buen y gran jefe Vale por Ocho, jefes hermanos, esto quiero decir: los güinca vienen a pelearnos y echarnos de estas tierras tan queridas... Que no se diga que el pegüenche no sabe defender la tierra que le legaron sus mayores ni ser digno de las tradiciones gloriosas de su raza. Preparémonos, entonces: unamos nuestros cona bajo el mando supremo del gran lonco Vale por Ocho y pongamos el río Neuquén de por medio, que el güinca no conoce su correntada y no se ha de animar a cruzarlo. ¡Guerra, pues, al güinca, que se atreve a venir a buscarnos a nuestras mismas ruca, hasta ahora nunca invadidas! ¡Guerra a todo aquel que intente oponerse al deber de defender nuestra tierra, nuestras familias y nuestros escasos ganados! ¡Avpin!*
—*¡Sí, sí, guerra! ¡Muera el perro güinca!*

”Así... así miles de gargantas hacían retumbar el eco en las montañas. Muchos guerreros arrancaron a todo galope, blandiendo las lanzas en las cuatro vueltas rituales para echar del campo a los *güecuvu*. Cuando Río Pedregoso pidió hablar se hizo el silencio: él es un Dueño del Decir respetado en todo el país de la araucaria.

—*Les traigo malas noticias: nefastos presagios circulan hace tiempo entre la gente de la cordillera. Confirmando lo que auguran los machi, les digo que la muerte ronda por todo nuestro mapu [...] Grandes remolinos de tierra se han visto venir costeando el Neuquén desde más allá del Agrio y han dejado un profundo surco por donde corre un río de sangre. Ya ustedes han visto oscurecerse el Monte Nublado haciéndose noche en pleno día. ¿Es verdad o no lo que digo?...*

“Verdad es”, le contestaron, y continuó:

—... *Desde la cumbre del Nariz de Mujer, donde todos saben que vive una doncella cuidada por un potro negro y un toro colorado, se ven muchas noches rodar*

sierra abajo infinidad de meteoros que llegan hasta el mismo corral del antiguo gülden Loro Barranquero y se desparraman saltando en la amplitud de la llanura pedregosa. Una enorme víbora-zorro ha sacudido el remanso que forma el río Neuquén al pie del Cerro de Piedra Mineral y ha inundado las ruca de Cuatro Pedernales que estaban entre los sauzales del Arroyo Negro. ¿Es verdad o no, Cuatro Pedernales?

—Verdad es, Dueño del Decir, y también que han desaparecido las martinetas y peludos que abundaban en mis tierras y me servían de alimento, así como las plantas de solupe y piquillín con cuyos frutos se regalaban mis hijos.

—Aquí mismo, en Carrizal Tupido, un enorme gato montés chupó una noche la sangre de una mujer que estaba durmiendo, y trabajo costó desprendérselo del cuello... Y los truenos de la tierra en Vertiente Venenosa y Ruido de Oro son tan fuertes ahora que hicieron derrumbar un cerro y no dejan dormir tranquilos a los moradores de la región. Todos estos hechos misteriosos nos están diciendo que el Dueño de la Gente y los pillañ precursores de nuestra raza no quieren ayudarnos porque poco a poco hemos permitido que los güinca se fueran apoderando de nuestras tierras. Poco podremos contra los chralca, pero algo debemos hacer; aunque sea morir por defenderlas. El Río del Firmamento está lleno de las luces que encendieron nuestros héroes, pero todavía hay lugar para millares más. ¡También se llega a la gloria por el martirio, compañeros! [...] Ahora, dejo a los lonco que decidan en este chravun lo que se debe hacer. Que el Dueño de la Gente les ilumine el pensamiento.

”Pero no todos estaban convencidos de que había que pelear hasta morir. Pensaban algunos que era injusto e inútil inmolarse así. El jefe Pedro, por ejemplo, dijo:

—Yo creo que ha llegado el tiempo en que pensemos de otra manera. Nosotros no tenemos armas que puedan hacer frente a los chralca de los güinca. Antes que

les hagamos una carga con nuestras lanzas, ellos con sus fusiles y cañones nos harán picadillo. Somos pocos e ignorantes. ¿No nos convendría mejor hacernos amigos para obtener que nos dejen quedar en esta querida tierra?

” ¡Ése es un perro traidor!”, brama por lo bajo Jaguar Azul.

” ‘Pero tal vez tenga razón’, reflexiona Diez Aguadas.

”Las discusiones fueron largas y ásperas. De a poco, se fueron pariendo trabajosos acuerdos: preparar a todas las tribus confederadas para una guerra defensiva; hostigar al enemigo robándole caballos y cortándole las comunicaciones; abandonarle los territorios a la margen izquierda del Río Neuquén; fingir una retirada a las montañas para intentar distraerlo y atacarlo por sorpresa cuando se pudiera; enviar emisarios a los jefes del sur, de los llanos y del otro lado de la Gran Montaña Nevada; celebrar una gran rogativa de reconciliación de tres días, donde deponer toda rencilla y agravio antiguo que nos dividiera, para poder enfrentar unidos la emergencia.

Largo trecho han andado las estrellas por la bóveda celeste, y ya se muestra el lucero. Los que no se han dormido se amontonan para hacerlo cerca del fuego. Diez Aguadas, que ya se retiraba, vuelve sobre sus pasos.

—Tú necesitas mujer, Águila Azul. Esta Perra Cautiva no vale gran cosa y debe cuidar el fuego, pero puedes usarla si quieres. Advértele que no se duerma.

—No valdrá mucho, pero me hace falta. Eres muy generoso, cuñado.

Diez Aguadas ensaya una sonrisa tristonca.

—Nada me cuesta. Es de mi mujer; yo no la deseo ni la uso.

Llevan varias noches durmiendo al raso. Las mujeres de Diez Aguadas, tapadas con todo el abrigo disponible y metidas junto con sus hijos bajo los cueros del toldo desarmado, aguardan a su marido.

Cuando él intenta introducirse entre ambas encuentra un obstáculo inesperado: Avecilla Mansa ocupa el lugar. Sonriendo, murmura:

—¡Ug! Tal vez deberías dormir con tus padres y no con tus abuelos... Y estas mujeres que no se mueven. A ver si así despiertan... —y levanta los cobertores.

—¡Eh! ¡Qué estás haciendo, perra! —chilla Refulgente Lucero de la Tarde.

—¿Eh? ¿Estás loca? ¿Por qué me destapas? —responde Lengua Amarga.

El tono zumbón de Diez Aguadas las reubica.

—A ver si dejan sitio y corren a esta niñita. ¿O acaso pretenden que duerma a la intemperie?

Mascullando una disculpa, Refulgente Lucero de la Tarde echa a Avecilla Mansa entre Armadillo Juan y Lengua Amarga.

Ya los seis bajo los cobertores, Refulgente Lucero de la Tarde se mueve como una anguila para subir su vestido hasta la cintura, afloja las ropas de su marido y lo atrae entre sus piernas. Su áspero gemido —arrullo de paloma vieja, suele bromear él— envuelve el ritmo creciente de las respiraciones, hasta que se va apagando como un candil que

se seca. El hombre queda un rato quieto antes de volverse hacia Lengua Amarga y amoldarse a su espalda. Luego remanga la ropa de la mujer sobre la grupa y así, casi sin moverse, la posee. La oscuridad protege la sonrisa extasiada que va distendiendo el ceño siempre fruncido de la mujer, mientras estruja entre sus brazos a Avecilla Mansa hasta despertarla. El llanto de la niña se enreda con los largos y agudos gimoteos por donde la mujer escala la cumbre del placer.

La Perra Cautiva dormita sentada junto al fuego, con la pila de leña al alcance de la mano y la mudita dormida a su lado. Maquinalmente, cada tanto toma una astilla y la echa a las brasas sin dejar de dormirar del todo. Ni siquiera las manos que le rozan la espalda y se van metiendo bajo la bajera de deshecho hedionda y deshilachada con que se cubre hacen mella en su dormirar. Águila Azul sólo tiene que recostarla y apartar algunos andrajos para poseerla. Luego se retira en silencio, como vino. Con el mismo gesto maquinal con que alimenta el fuego, ella vuelve a sentarse y reacomoda la matra sucia sobre los hombros.

La helada amanece metida hasta en los recovecos más recónditos del valle. La gente se apura a volver del baño a los ocultos fogones. Dos madres lavan a sus criaturas nacidas durante la noche con bucheros de agua calentada en la boca. El eco de los chillidos de los chicos algo mayores sumergidos en el río álgido rebota contra la barranca.

Mucho antes del alba, Diez Aguadas ha recorrido los puestos de guardia y mandado el relevo para las descubiertas. Después acude al sitio donde se han reunido todos los hombres que disponen de una cabalgadura en condiciones, sea propia o prestada a cambio de la promesa de una porción del posible botín, para salir de caza.

En tanto, José empieza a caminar, arrastrando la fila que trepa barranca arriba y se va estirando morosamente a través del campo yermo y pedregoso, mientras los que siguen cruzando el río bajo el ojo atento de Lucho alimentan la caravana.

El viento corta las carnes, pero el sol sube como una bendición hasta lo más alto. Entonces, José se detiene a observar una polvareda. Refulgente Luce-ro de la Tarde y Lengua Amarga lo alcanzan.

—Parece que vuelven los boleadores.

—¡Que el Gran Padre les haya dado buena caza!

—Busquen raíces de alpataco para hacer fuego.

El compacto pelotón de jinetes apenas alcanza a divisarse cuando ya se empieza a disgregar. Cada cual se dirige al lugar que su familia ocupa en la hilera.

Diez Aguadas, Águila Azul, Guanaco Veloz y Ciprés Oscuro llegan al grupo puntero cargados con inusual provisión de caza. Ciprés Oscuro puede compensar el uso del caballo con un choque de la yunta que trae. Ojos Inquietos calienta piedras, destripa, cuerea y despluma con el afán de merecer algo de comer para ella y sus hijos. Su hermano Guanaco Verde, convertido en mensajero de confianza del jefe, deambula continuamente, y ella no tiene quien pueda conseguirle alimento. Pronto peludos, ma-

ras, mulitas, martinetas, el choique y una gama joven chirrían sobre las piedras recalentadas.

Guanaco Veloz —aquel que llegó herido con la vasca María— y Águila Azul viven con Diez Aguadas. Al primero le cocina su hija mayor, y de alimentar al segundo se encargan las mujeres de su anfitrión. Pero hoy, la Perra Cautiva ha tomado la iniciativa de desatar dos mulitas de los tientos del recado de Águila Azul y enterrarlas en el rescoldo por el lado del caparazón. Como sin notarlo, él va a sentarse cerca de Diez Aguadas. A su tiempo, ella saca con unas ramas una de las mulitas y la deja al alcance de Águila Azul, quien parece no darse cuenta; pero pronto la toma, convida pequeñas porciones a quienes lo rodean, que retribuyen la gentileza, y se come el resto. Atenta, la silenciosa cautiva espera a que termine para acercarle la segunda mulita. El la toma con disimulo, come un poco y deja el resto a su espalda. Rápida, la Perra Cautiva se adelanta a los perros y comparte con la niña muda lo que queda en el caparazón.

Rato después sólo se escuchan los dientes caninos triturando huesos. La gente digiere el festín echada al sol en cualquier desnivel del terreno a cubierto del viento. Sólo Diez Aguadas permanece alerta. Su voz no tarda en ahuyentar la modorra general.

—Basta de descanso, debemos seguir. José, no te alejes mucho del río. Hoy no encontraremos aguadas, así que volveremos a acampar en la costa esta noche.

Los días de marcha se amontonan; las distancias recorridas por jornada se reducen; merma la ración de alimentos; el frío y la viruela recrudecen.

Nadie recuerda haber visto llorar a Refulgente Lucero de la Tarde desde que es adulta, pero esta mañana sus plañidos de puma herida desgarran la densísima niebla. Alarmado, Diez Aguadas llega a gran galope y la encuentra sobre el cuerpo de Torito Bravo, capturado por la viruela. Mira al enfermo con ojos desorbitados. Armadillo Juan sacude a su medio hermano, chillando:

—¡Levántate, levántate, levántate!...

Los amigos construyen unas angarillas, acomodan al varioloso en ellas y se turnan para transportarlo.

En dos días, la peste se lo lleva al país de las sombras. La madre, los amigos y aun el padre no lo aceptan. Continúan cargándolo dos días enteros.

Al trotecito para no cansar el caballo, Uña de Puma va en busca de su yerno, adelantado a vanguardia.

—*Marimari*.

—*Marimari* suegro. Te veo preocupado, viejo guerrero.

—Lo estoy.

—Dime qué te preocupa.

—Tendrás que perdonarme la crudeza, pero las palabras amables se me han escabullido quién sabe a dónde. Me preocupan mi hija, tú y el cadáver de tu hijo, yerno.

El rostro de Diez Aguadas pierde hasta la tristeza al convertirse en una máscara de impavidez obtusa. Implacable, el viejo machaca:

—Tú y tu gente ofenden al Gran Padre y a nuestros antepasados con esta conducta perversa. Por el honor de tu hijo, por tu hombría y por la cordura

de mi hija, te pido que inhumes ese cadáver como lo mandan las costumbres que recibimos de nuestros mayores, y que guardes, y hagas guardar a tu familia, el luto que corresponde. *Avpin*.

Y lastimando la boca de su caballo, lo hace girar como un trompo y se aleja a media rienda por donde vino.

Largo rato pelean en Baigorrita las razones del anciano con la cerrazón de su pena. Finalmente, galopa hasta donde cuatro muchachitos portan las angarillas, seguidos por otros amigos, la madre y los hermanos del muerto.

—Mujer —llama.

No hay respuesta. Arrima el caballo a Refulgente Lucero de la Tarde hasta pecharla suavemente. Ella levanta los ojos, dos huecos opacos.

—Lleven al Torito hasta aquellas piedras.

La mujer intenta rodear el caballo para seguir, pero él no se lo permite. Ella suelta un aullido inhumano y trata de saltar sobre él. Pecho Colorado Chica la sujeta. Diez Aguadas obliga a los muchachitos a llevar el hato mortuorio a las piedras indicadas. Allí desmonta, les quita de las manos la preciosa carga y contempla con ternura el rostro azulado. Se vuelve a los chicos y ordena con su inflexión metálica:

—Caven una tumba. ¡Ahora!

Sin hablar, ellos cumplen el mandato. Poco después, Pecho Colorado Chica, Lengua Amarga y Ojos Inquietos deben empeñar toda su energía para despegar a Refulgente Lucero de la Tarde de la gruesa laja con que han cubierto la tumba. Por fin, todos se van reintegrando a la caravana en marcha.

Así llegan a la Sierra Lacha, donde se separaron de Lengua Veloz, su gente y las ovejas antes de que fueran a caer en manos de los choiqueros en la Sierra Arisca.

*

Otro retazo de gente del llano porfía en buscar en las montañas remotas la llave de su libertad. Violentísimas ráfagas barren la falda serrana, ululan entre las piedras y envuelven en vertiginosas cortinas de arena a las sombras esmirriadas que avanzan con pasitos de hormigas, tironeadas por el viento de través que chicotea sus harapos. En la inmensidad, son sólo una gota seca que se desliza, siempre, con ritmo imperceptible que el huracán no altera. En los rostros opacos, un bulto en el carrillo suele guarecer un trozo de cuero, a veces engrasado, que chupan con obstinación. Casi no llevan carga: paradójico alivio; ya ni recuerdan el peso de provisiones y bártulos. Los caballos, sueltos, los siguen a tropezones; el empuje del viento los desvía constantemente hacia el este. Hasta Luciano, el jefe, camina, tirando el cabestro de su reticente overo. Cierra la marcha el habitual reguero de perros derrengados y varios enfermos de viruela que se van quedando, quedando...

Harto de levantar zarzas en vuelo durante todo el día, el ventarrón amaina, dominado por una lluvia mansa que sigue y sigue, helando hasta el tuétano a los caminantes. La viruela voltea a un anciano. Ya no se levantará; pero no lo matará la peste. Cuando haya comido a su perro, tan flaco

como él y fiel hasta el sacrificio de servirle como último alimento, morirá de hambre. Quedarán las osamentas, pulidas por el viento arenoso, silente testimonio de la tragedia de un pueblo.

Todavía llueve a la mañana siguiente, cuando Luciano manda apartar una mula que apenas camina. Un instinto inefable alerta a todos, y en el corto tiempo que demanda tumbar la mula para desangrarla ya la ha rodeado un círculo impaciente. El viento sopla otra vez, llevándose los últimos restos de lluvia y cortajeando las nubes. Luciano tapa con una mano la herida cada vez que despegan a viva fuerza la boca de un chico de ella, y los borbotones que escapan por entre sus dedos desprenden blancas nubecillas de vapor. Alguno no tan chico intenta colarse, pero un rebencazo de Luciano lo expulsa con las costillas quemando. Recién cuando en el cuerpo de la bestia no queda una gota de sangre, las mujeres la cuerean y Luciano distribuye la carne en porciones descomunales que la turba famélica disputa arduamente. Poco tarda en quedar sólo el esqueleto. Mientras una anciana desdentada pugna por sorber el contenido de un ojo arrancado a la osamenta, varias mujeres extraen la médula de los huesos a golpes de piedra.

Anochece, el cielo escampa, el viento calma. La escarcha acumula un grueso manto cristalino que al amanecer tienen que raspar del lomo de los caballos con el lomo de los cuchillos. Cegados por el reverbero que el sol tardío arranca del fulgente mar de plata, lacerados los pies contra las crestas del arenal vitrificadas por la helada, ellos siguen.

Junio 24 - La única novedad es el frío extraordinario que hace: hasta las 7 a.m. marcaba el termómetro 12 y medio grados centígrados bajo cero. La helada es espesa.

Napoleón Uriburu

Todo el día caminan. Empieza a helar de nuevo antes de que se licue la helada anterior. El instinto aconseja a Luciano acampar al abrigo de la sierra. Hace escalar la gente a cierta altura y ordena tener los caballos listos. Mientras descansan, él, parado contra su overo, le apoya la barriga y el pecho para conservar el calor y le retribuye protegiéndole el lomo de la helada con la mitad delantera de su poncho.

Apenas se empieza a degradar la oscuridad del cielo cuando el caballo se enerva. Luciano se para sobre el lomo y tiende la vista al llano. Por la cuesta trepan sombras precavidas.

—*¡Malon güinca! ¡A caballo!*

La tropa advierte que la han sentido, monta y carga, enastada en el toque del clarín. Un jinete costala en la escarcha y se desliza blandamente pendiente abajo. Menudean los fogonazos por el declive, los lanceros se apuran a montar y las familias huyen en todas direcciones. Un sable abate a Luciano y sus hombres se dispersan. Algunos enfrentan un barranco cortado a pico y por él se despeñan sin dudar, seguidos por varios caballos desorientados que se destrozan también contra las piedras.

Junio 26 - [...] no tuvieron tiempo de formar los indios y fueron deshechos, quedando 9 de lanza muertos en el campo, 6 de lanza prisioneros y 53 de chusma,

logrando sólo escapar los indios mejor montados, que según declaraciones, no pasan de ocho, y quedando también en nuestro poder 65 caballos, 20 monturas y algunas armas. De la chusma no se escapó nadie; los caballos tomados eran el total de animales que tenían.

Adrián Illescas

La media docena de hombres que se ha salvado a uña de caballo es reunida por un refugiado blanco a quien todos llaman el Forastero, quien se pone a su frente y continúa hacia el Neuquén, recogiendo dispersos por el camino.

*

Junio 20 - La actividad e inteligencia desplegada siempre por el sargento mayor D. Juan A. Álvarez me resolvieron a enviarlo en comisión al Chadi-Leuvú para que terminara la tarea comenzada con tan buen éxito por el teniente coronel D. Rudecindo Roca, persiguiendo a Baigorrita y los restos de su tribu.

Eduardo Racedo

Cuatro observadores de Diez Aguadas, destacados sobre la ruta del Atuel a Agua de las Mariposas, soportan el implacable soplo sureño en una altura que domina el camino. Uno grita:

—¡Tropa *güinca*! ¡Nos han visto!

—¡Vámonos de aquí!

Junio 27 - [...] [camino de Cochi-Có] me vino aviso de la partida avanzada que llevaba, que cuatro indios que se hallaban apostados en la cima de un médano, nos habían descubierto y se habían puesto en fuga sin pérdida de tiempo.

Fueron perseguidos más de dos leguas, mas la superioridad de las cabalgaduras de los indios hicieron ver a sus perseguidores la inutilidad de sus esfuerzos...

Juan A. Álvarez

—En cuanto oscurezca cesarán de perseguirnos. Pero aun en la oscuridad se escucha el lejano batir de las herraduras. Uno invoca:

—¡Gran Padre, manca los caballos de los *güinca*! ¡*Güecuvu*, háganlos rodar entre las peñas!

El viento creciente culmina en fuerte tormenta.

—¡El Gran Padre quiere ayudarnos, hermanos! ¡Así detendrá a los *güinca*!

Mientras Álvarez tasca su impaciencia hasta el amanecer para retomar el rastro, los cuatro jinetes dejan atrás los Pozos del Mara, faldean la Sierra del Guanaco hasta su término en Los del Este, donde rinden breve reverencia a los monolitos, y bordean luego el extremo sur de la Sierra Lacha. Tras saltar sobre un profundísimo tajo por donde las orillas se aproximan a una braza de distancia, hacen cundir la alarma en el campamento. En poco rato, Diez Aguadas ha puesto a la gente en fuga y se dispone a proteger la retirada con veinticinco lanceros.

—Los *güinca* no conocen el terreno. Usaremos la astucia del tero para alejarlos de nuestra gente.

Armados con sólo once lanzas y la vieja carabina de Águila Azul, formados en escuadrón, aguardan cerca del arroyo Lacha, que corre por el fondo del tajo que salvaron antes los vigías, invisible desde cierta distancia. La tropa se entusiasma al ver que la esperan a pie firme y carga a todo lo que da su caballada destruida hasta que descubre el in-

franqueable obstáculo. Lívidos de coraje, los soldados se lanzan a buscar un paso practicable. Águila Azul les dispara un par de veces y después se alejan al galopito, entre gritos de burla. Finalmente, la tropa halla un paso, y pronto avistan a los *rancülche*, que regulan la marcha. Mucho tiempo pierde Álvarez intentando desentrañar la intención de Baigorrita, hasta que se convence que no podrá alcanzarlo y vuelve para perseguir a las familias.

La huida en dispersión es nuevamente la táctica para dificultar el seguimiento. Dividida en cuatro fracciones, la tropa bate tenaz e inútilmente pedregales incapaces de guardar la menor huella.

Yegua Indómita, la fornida mujer de Ciprés Muerto, se ha rezagado por un tobillo dislocado y cojea penosamente entre gruesos guijarros. El repique de cascos acelera su paso destartalado. Alcanzada por dos soldados, espera con aire dócil que se le acerquen y salta buscando la empuñadura del sable del más cercano. Una patada en el pecho la arroja rodando entre las piedras, de donde se levanta bramando como una fiera para caer sumida en la oscuridad por un planazo furibundo.

Despierta medio ahogada con el agua de un pantano donde la han zambullido de cabeza. Alguien la sostiene del pelo encarada a un oficial que le habla en lengua *güinca*. Como nada responde, traen a un hombre de su raza para que traduzca. Ella mira el suelo, tercamente muda. El oficial la abofetea y grita una orden. En un momento la estiran atada con guascas mojadas entre cuatro estacas. Transcurre la tarde y las sogas se van contrayendo sin que emita el menor sonido, a despecho del dolor inaudito.

Al caer el crepúsculo, semidesvanecida, insensibilizada de frío, Yegua Indómita casi no comprende que la desatan y la arrastran hasta un fogón rodeado por mucha gente. Nada de cuanto ve penetra en su cerebro. Una mujer blanca muy flaca queda casi desnuda en sus guñapos al arrojar la manta que la cubre, salta hacia el fuego, manotea un grueso tizón y se le viene encima, soltando en un alarido interminable el odio acumulado durante años de cautiverio. La extraviada mujer alcanza a quemarle un hombro de un garrotazo antes de que varios soldados la sujeten; sus aullidos estremecen hasta el confín de la serranía. Confundida, gruñendo sordamente a causa del golpe, Yegua Indómita acepta el agua que le dan, mientras mira a hurtadillas la rueda en torno al fogón. Al descubrir allí a un cautivo que conoce bien, recupera la lucidez suficiente para comprender que el oficial ya ha obtenido la información que pretendía.

29 junio - Por ellos supe que el cacique ranquelino había tomado con su tribu el camino del río Colorado [...]

Los deseos que tenía de continuar la persecución, eran vehementes, pero varios y muy fundados fueron los motivos que me detuvieron [...]

El cacique Baigorrita con la chusma que lo seguía, me aventajaba ya en diez a veinte horas de marcha; luego, mi caballada llevaba 30 horas de caminar forzada y consecutivamente, y sin haber comido ni bebido en todo ese tiempo, y por último, el cautivo presentado, que era el único que conocía el camino a dicho río, me aseguraba que no distaba menos de 14 a 16 leguas, siendo todo el trayecto hasta llegar allí, montuoso y pedregoso en extremo [...]

Juan A. Álvarez

*

Lejos de allí, los jefes Buen Remedio y Diez Cuentas, enterados por los sobrevivientes de la suerte corrida por Luciano en la vanguardia, comprenden que no hay escapatoria. Casi todos están enfermos. Hasta no hace mucho, los variolosos eran expulsados, pero ahora los sanos que quedan, tan pocos son, los dejan seguir a su lado mientras pueden. Todavía tienen algunas vacas, y al llegar al valle del Neuquén carnean una, muy poca cosa para tanta gente, antes de acampar divididos en varios grupos para aprovechar mejor la escasa hierba. Después de mucho cabildeo, deciden separarse e intentar el cruce del río cerca de su boca.

La gente de Diez Cuentas no alcanza a bajar toda hasta el fondo del valle antes de la noche. Una familia que ha acampado a mayor altura y no cuenta con medios para repararse debe sufrir el frío más que el resto. Antes de salir el sol atizan el fuego y los chicos disputan con los perros la cercanía del calor; deben girar continuamente para mantenerlo, porque el lado no expuesto a las brasas se vuelve a helar en seguida.

Diez Cuentas ejerce un férreo control sobre su gente. Ha prohibido carnear bajo pena de muerte. Por eso esta familia festeja alborozada cuando el jefe la autoriza a matar una oveja. Los chiquillos se pelean por el primer lugar frente al gznate del flaco animal que dos mujeres sujetan contra el suelo. Un chico de diez años trae un cuchillo, pero no para las mujeres. Por sus precoces méritos, él es quien degüella las ovejas en este grupo, y eso lo privilegia con el primer turno para beber la san-

gre. No lo dejan saciarse, sin embargo: todos han de compartir el vital alimento.

Los tiros y el fragor de la carga de caballería sorprenden hasta a los perros, demasiado atentos a la carneada.

En un momento los sables siembran terror y muerte. La pequeña tropa arrasa a la familia y sigue adelante en busca de otras.

—¡A las armas! ¡Todos a caballo! ¡Los *güinca* se nos vienen!

La poderosa voz de Diez Cuentas se impone al tumulto provocado por el estampido de los Remington. Los caballos están algo retirados. Para cuando montan y trepan al filo de la barranca, familias y ganados ya están cercados por un corral de rifles.

Junio 27 - [...] después de haber marchado en dirección de Auca-Mahuida casi todo el día, supe por prisioneros hechos por el mayor Illescas, que un pequeño grupo de seis indios, con algunos animales de arreo, debían caer Neuquén abajo procedentes de la Pampa [...] Marché toda la noche en su busca y a la diana del 28 di con ellos en el valle del río, pero no en número de seis como se me había informado, porque después de cargarlos sobre sus fogones, de día ya, se replegaron y formaron en las barrancas del río, en número de 90 de lanza, todos bien armados.

Isaac Torres

Los dos bandos se estudian, expectantes; Diez Cuentas debate la situación con sus segundos.

—¿Cuántos son estos perros?

—Rodeando a los nuestros hay diecisiete.

—Puede haber otros cerca. Manden cuatro exploradores.

—Somos más de doce manos; podemos matarlos y rescatar los cautivos y animales.

—Es cierto que son pocos, aunque tengan *reminchron*. Pero tienen nuestras familias...

—¡Allá escapa un *güinca* arreando dos caballos!

—Va a pedir ayuda, así que están solos. Va bien montado y no lo alcanzaremos. ¡Prepárense a atacar antes de que vengan refuerzos!

—¡Atención! Los *güinca* mandan alguien hacia acá.

Observan al jinete que empieza a trepar la barranca.

—Ese no es *güinca*.

—No. Es el viejo Choique de Oro.

Lo pierden de vista en las anfractuosidades. Al cabo, reaparece tan cerca que ven su cabellera blanca ceñida con vincha bordada con plumón, las orejas alargadas por el peso de pesadas piezas de plata labrada y el poncho, que debió de ser magnífico, que lo cubre. Cuando alcanza el filo de la barranca, saluda con la mano en alto:

—*Marimari*, hermanos.

Diez Cuentas responde por todos:

—*Marimari*, Choique de Oro. Di para qué te mandan esos perros.

—Has visto que tienen a mi familia. Para que no la maten traigo la palabra del jefe *güinca*. Dice que es el *teniente* Torres, que entregues las armas y respetará la vida de todos.

—Dile que Diez Cuentas duda de su palabra, y que los mataremos si no devuelve lo que nos ha tomado.

Choique de Oro baja, habla con Torres y vuelve a subir.

—Hermano, te pide que bajas a conferenciar.

—El perro nos entretiene mientras llegan sus refuerzos... ¡Prepárense!

—¡No, hermano!... Mi familia...

—¡Apártenlo! ¡Al ataque!

Y se lanzan barranca abajo gritando:

—¡Yaaa!... ¡Yaaa!... ¡Yaaa!...

La tropa echa pie a tierra y los recibe con fuego graneado, pero logran llegar al choque. Los *rancúlche* sueltan las lanzas, desmontan y se traban en combate a cuchillo y bola, mientras algunos forcejean con los soldados por los fusiles y retumban disparos aislados. El combate se prolonga hasta que Diez Cuentas hace recoger a los caídos y ordena la retirada sin haber conseguido recuperar nada.

Junio 28 - [...] dejando ellos 14 muertos en el sitio, 5 prisioneros de lanza y 106 de chusma, con más de 80 caballos, 33 cabezas vacunas y 30 ovejas, teniendo por nuestra parte que lamentar la baja de tres soldados heridos de lanza y cuchillo. Los indios llevaban muchos heridos, pues dejaron en el camino un reguero de sangre.

Isaac Torres

Con muchos guerreros desangrados o consumidos por la fiebre, sin familias, sustento ni caballos suficientes, Diez Cuentas se reencuentra con Buen Remedio y su gente; buscan por la costa del Neuquén un vado salvador.

—El Gran Padre nos ha vuelto la espalda, Diez Cuentas. Galopan sobre nuestra huella y apenas

podemos caminar. Cuando nos alcancen, no debemos provocar otra matanza.

Cabalgan al paso cerca de la brava corriente. Muy atrás, su gente los sigue a pie.

—Te desconozco, Buen Remedio. ¿Qué ha quedado de aquel jefe *toro* que encabezaba las cargas en los malones partiendo corazones *güinca* con su lanza de tres penachos? Yo admiraba a ese gran guerrero cuando era un chico y ahora te vuelves cordero.

—Tal vez, hijo. Ya ves: mi mano no se alza para lavar tu insulto. Mi gente ha sufrido demasiado, casi no me queda nadie, y no los haré matar por mi orgullo. Tú ya has perdido a toda tu gente. Te pido que no hagas matar por gusto a la mía.

—¡Ug! Yo también me debo estar volviendo blando: no pelearé a los *güinca* cerca de tu gente. Pero no me entregaré. Mis tres oscuros de marcha son incansables. Nunca me alcanzarán.

Las detonaciones lo interrumpen. Los soldados han empezado a disparar desde el filo de la barranca. Diez Cuentas se vuelve un trecho, seguido por sus lanceros montados, hasta que remontan juntos la barranca y se pierden de vista. A todo galope, Buen Remedio se interpone en el camino de los soldados que bajan la cuesta hacia su gente, arroja lejos la lanza, desmonta y se planta sobre las piernas abiertas con los brazos al cielo. Su gesto es tan elocuente que los soldados dejan de disparar. Al pasar junto a él, un sargento lo tumba de un culatazo. Casi mansamente se van entregando todos.

Junio 29 - El teniente coronel don Justo Aguilar, al dar protección a la partida del teniente Torres, encontró a ésta que ya trataba de regresar con sus prisione-

ros. Siguió las huellas de Marillán, y después de 9 leguas, le dio alcance sobre la costa del Neuquén. Tomó 10 prisioneros de lanza, entre ellos el cacique Cumilao, 60 de chusma y 102 caballos. Marillán, con pocos indios bien montados tomó la dirección del Colorado. Otra partida de indios siguió siempre río abajo: creerán poder pasar en las juntas del Limay [...] Los indios vienen con mucha viruela; los pocos a quienes no les ha dado antes la tienen ahora y les sigue a todos; es una verdadera epidemia entre ellos. Voy a mandarle una remesa de esa gente a Purrán.

Napoleón Uriburu

Junio 30 - Ayer, 29, a la mañana, perseguimos a los indios nuevamente, el comandante Aguilar, con la fracción de fuerza que tenía vacante, y yo con los trece hombres, los cuales todavía tomaron 5 indios de lanza prisioneros y 12 de chusma con 58 caballos y mulas.

Isaac Torres

*

Mientras tanto, Diez Aguadas y su gente han vuelto a cruzar el Colorado huyendo de Álvarez. Los mismos cuatro vigías que avisaron cuando la tropa de Álvarez venía camino de Agua de las Mariposas han quedado ahora en la margen sur a observar al enemigo, acampado en la orilla opuesta. Al alba, echados bajo los ponchos que la helada blanquea hasta confundirlos con el paisaje, ven a la tropa ponerse en actividad.

—Van a cruzar por ahí. Ojalá el *güecuvu* se los lleve con la corriente.

—No saben dónde se meten. Mira, los caballos ya nadan... y ya se vuelven asustados.

—Pero cruzarán. Nada los detiene. Vamos a dar aviso.

Se arrastran hasta los caballos que han dejado ocultos tras la barranca, encienden los hatajos de ramas secas y pasto preparados de antemano, montan y se alejan al galope, pegando fuego a los campos.

1° de julio - [...] Inmediatamente mandé desvestir 25 tiradores, los hice montar en pelo los mejores caballos, al mando del capitán Albornoz, que se desnudó también, les ordené continuar la persecución. El frío era horrible, sin embargo el capitán, descalzo y en ropas menores, lo mismo que los soldados que lo acompañaban, llenos de placer y con un semblante que manifestaba la mayor satisfacción, pasaron a nado el río y continuaron la marcha. Yo [...] miraba la comisión que despaché y los fuegos que, a vanguardia de ella se encendían unos tras de otros. Este era sin duda el aviso de los bomberos a la tribu que disparaba, anunciándole que las fuerzas nacionales habían vadeado el río Colorado.

Lleno de impaciencia esperaba el regreso del capitán Albornoz, quien a las 4 p.m. se me presentó amoratado de frío, tanto él como la tropa. Los había perseguido 5 o 6 leguas, por el camino que conduce a la morada de los Pehuenches, el cual continúa por la orilla de la margen derecha del río, mas la cantidad inmensa de piedra que hay en todo él, le había imposibilitado casi por completo la caballada que montaba, obligándolo en consecuencia a regresar.

El cacique ranquelino con los pequeños restos de su tribu, a juzgar por los rastros que dejaban de sus marchas, no habían demorado ni un instante en continuarla desde que la emprendieron, pues no se encontraba un solo fogón, ni vestigios tampoco de que hubiesen carnecado durante su viaje, lo que indicaba de una manera clara la precipitación que llevaban [...]

Yo hubiese deseado aprehender al cacique Baigorrita y ofrecérselo a V.S. como un trofeo de mi campaña, pero todas las esperanzas para lograrlo escollaron con la fatalidad del destino. La desgracia de ser sentido a tan larga distancia del punto a donde se hallaban los salvajes, cosa que no pude evitarla y que no la produjo ninguna mala disposición en mis marchas, sino que fue puramente un efecto lógico y consiguiente a la precaución o vigilancia que ellos tenían establecida a causa del golpe anterior que habían sufrido, fue también la causa única que hizo fracasar mis proyectos; sin embargo, puedo asegurar a V.S. que esta tribu no volverá a molestarnos, por cuanto a la fecha se hallará, a no dudarlo, del otro lado del río Negro, si es que no han caído en poder de las fuerzas de la 4a. División [...]

Juan A. Álvarez

El anuncio de que los *güinca* han renunciado a seguirlos va alcanzando lentamente a los caminantes dispersos, que llevan tres días sin detenerse, comer ni dormir, y es como un filo que va cortando los hilos que los sostenían de pie. Burlado hace mucho el límite de la resistencia humana, se van derrumbando todos como muñecos rotos sobre el pedregullo.

Pero al caer la noche, el mismo aliento indomable que los ha venido empujando sordamente desde que dejaron su querencia los arranca de la anomia antes de que lleguen a congelarse.

El chisperío del pedernal hace titilar una lengua amarilla en la sombra crepuscular, hiende la impunidad del frío y florece en pétalos humosos. La lucecita alumbrá restos de pintura en el rostro de Refulgente Lucero de la Tarde cada vez que lo acerca para soplar las briznas secas bajo la boñiga. Muy alto, el viento barre el cielo con nubes desflecadas.

Junio 30 - El frío es excesivo, el termómetro marca 6° bajo cero, a las 9 de la mañana.

Coronel Racedo

Diez Aguadas manda carnear. En un momento, cada puño de gente despedaza y devora la parte que le toca en el reparto de reses entecas.

Pero la sed hace berrear a los niños y la hacienda estremece la noche con sus bramidos. Diez Aguadas despacha media docena de hombres en busca de agua. Encuentran alguna aguadita que podría salvar la vida de un viajero, pero inútil para tantos sedientos. Demoran un día y medio en hallar unas lagunitas capaces de aguantar unos días.

Uña de Puma, con su yerno Diez Aguadas y el yerno de éste, Jaguar Azul, están acucillados en la noche junto al fuego, acompañados por Águila Azul y José. La Perra Cautiva, casi desnuda, violeta de frío, intenta cumplir una orden imposible: armar para ellos un reparo contra el viento que barre la sabana. Acabados los materiales, la mujer se echa en el suelo, engarrotada; la mudita viene a ovillarse contra su vientre por algo de calor. Callado, Águila Azul se levanta, les echa encima su poncho y vuelve a su lugar.

—Tengo algo importante que decir —dice Uña de Puma.

—Te estamos escuchando, suegro.

—He tenido un sueño.

—Será otro mal augurio... —murmura Jaguar Azul.

—No tan malo, hijo. En mi sueño nos perseguían, como siempre, pero esta vez muchos consiguieron escapar a través de un río. Tal vez fuera el Neuquén.

—¿Qué más has visto?

—No mucho más, yerno. No iban juntos. No cruzaban la corriente al mismo tiempo ni por el mismo lugar. Pasaban en grupos muy chicos.

Diez Aguadas rumia un rato lo que ha escuchado, y al cabo dice:

—Siempre he dicho que no podrá escapar nadie de la trampa *güinca* si estamos juntos. Sabemos lo que pasó con la gente que se juntó con mi tío Pluma Pequeña. El sueño de Uña de Puma dice: para que algunos se salven, debemos dispersarnos.

—Eso será muy doloroso, suegro. Deberé quitarte a tu hija Pecho Colorado Chica y a tu nieta Avecilla Mansa. Habrá gente que no aceptará la separación de su familia.

—Tendrán que hacerlo, Jaguar Azul.

—Los dos dicen la verdad —interviene Uña de Puma —pero ¿cómo lograrás que lo hagan?

—Convocaré a Lucho y a todas las cabezas de familia. He dicho.

Hay un tiempo muerto antes de que Diez Aguadas, sin apartar la vista del fuego, diga:

—Hace rato que quieres decirme algo, Águila Azul.

Tras inútil espera, insiste:

—Habla sin temor, cuñado.

—Quiero tu permiso para hablar con tu primera mujer.

—¿De qué hablarás con ella?

Larga pausa.

—Quiero comprarle su cautiva.

Larga pausa.

—No querrá vendértela. Sólo esa le queda.

¿Quién trabajará para ella después?

Águila Azul queda pensativo.

*

Tres días tardan en reunirse los convocados por Diez Aguadas, y algunos llaman la atención.

—Vean, hermanos, quiénes hacen hoy las veces de jefes de familia. Algunos son criaturas...

—Y mujeres... ¿Qué haces aquí, Acecha la Puma Gris? ¿No quedan hombres en tu familia? —se asombra Uña de Puma.

—Mi marido no ha muerto todavía, pero desde ayer la peste ya no lo deja caminar.

*

—Hermanos: a esta reunión sólo hemos llegado los favoritos de nuestros manes, que han querido salvarnos de la muerte y el cautiverio para que podamos estar aquí. Sólo quedamos los que hemos decidido no entregarnos y seguir luchando aunque tengamos que morir. Todos recordamos lo que dijeron nuestros *machi*, antes de que Roca Chico nos alcanzara en Agua de las Mariposas: muy pocos de nosotros se salvarán. Volaba Planeando de Otro Modo, nuestra gran *machi*, dijo que me matarían. ¿Para qué entregarme entonces? Yo, Diez Aguadas, quiero morir libre, y no me entrego. Si

algunos han de salvarse, yo los conduciré hasta que me maten. Mi suegro Uña de Puma ha soñado que veía a muchos de nosotros cruzando un río para salvarse. Ha de ser el Neuquén. Y ha dicho que los veía cruzar muy dispersos, en grupos muy chicos. Yo les vengo mandando desde que salimos de nuestra tierra que no se mantengan juntos. Será fácil para los *güinca* llevarse una mazorca con todos sus granos, pero no los granos desparramados por los campos. Por eso los he convocado, hermanos. Estamos aquí los únicos jefes que quedamos: yo, mi hermano Lucho, mi suegro Uña de Puma y mi yerno Jaguar Azul. Y están todas las cabezas de familias y tú, Forastero, que has venido porque estás sin jefe, a la cabeza de los sobrevivientes de Luciano y de la gente sin familia que has reunido. A ustedes quiero decirles que desde ahora vamos a desbandarnos para que no puedan cazarnos a todos. Pero escucho lo que quieren decir.

A Uña de Puma, el mayor de los presentes, le corresponde hablar.

—Hace tiempo perdí a toda mi familia, y hoy, de toda mi gente, apenas me siguen seis guerreros con sus mujeres y chicos. Entonces me junté con lo que resta de la familia de mi yerno Diez Aguadas, y su yerno Jaguar Azul hizo lo mismo. Así aliviarnos la pena de nuestros corazones por tantos familiares perdidos. A muchos de ustedes les ha pasado igual. Será muy doloroso separarnos de nuevo, pero Diez Aguadas dice la verdad: debemos hacerlo para que mi sueño pueda cumplirse.

El Forastero echa atrás el chambergo polvoriento, mostrando el pelo alazán, y dice:

—No voy a desbandar mi gente, porque sería condenar a todos a morir de sed o de hambre.

—¿Cuánta es tu gente?

—Siete hombres que podemos pelear y como veinte mujeres y chicos.

—Podrías dividirlos en dos o tres grupos...

El Forastero calla, aunque en sus ojos verdes se lee el desacuerdo.

—Tengo treinta hombres, pero sólo cinco lanzas... —dice Lucho.

—Las repartiremos para que cada grupo tenga algunas. Somos ciento cincuenta y siete lanceros y no tenemos más de cincuenta lanzas.

—¿Qué harán los que logren cruzar el río? —pregunta Jaguar Azul.

—Tienen que ir con el gran jefe Vale por Ocho, que nos espera para darnos lanzas con qué enfrentar a los *güinca* que piensan invadirlo. En la junta con el Limay ya se ha instalado el jefe Roca con muchos soldados, así es que hay que cruzar más al norte. La marcha será penosa, porque en este territorio casi no hay agua y los *güinca* lo patrullan.

—¿Cuándo partimos? —pregunta Uña de Puma.

—En dos soles. Si no descansamos, nos matará el cansancio; si no nos apuramos, nos matarán los *güinca*.

*

El Forastero y los demás jefes de grupos y familias ya no están. La familia de Diez Aguadas debe partirse en sus tres generaciones. Uña de Puma se prepara a marchar con sus seguidores. Ningún

pariente lo acompañará ya. Con pocas palabras y mucha entereza, se despide de su hija Refulgente Lucero de la Tarde y de su nieta Pecho Colorado Chica; con su bisnieta Avecilla Mansa sobre las rodillas se demora un rato. Después se acerca a Diez Aguadas, que espera con el caballo de la brida. Suegro y yerno se miran un instante. Finalmente, Uña de Puma monta. Diez Aguadas lo ayuda con un envión. El viejo suelta un graznido que quiere ser risa.

—Esto me faltaba, que me ayuden a montar.

Se pone grave:

—¿Y quién me ayudará desde ahora?... *Amuchimai* yerno.

Espolea a su caballo. Diez Aguadas se queda mirándolo.

—*Amuchimai... Amuchimai* —murmura cuando ya está lejos.

*

A tropezones, Acecha la Puma Gris, ya sin marido, remolca a sus dos hijos menores, semidormidos de fiebre. Se detiene un momento, y los chicos se derrumban. Inútilmente trata de levantarlos. Con la boca abismada hacia el cielo y las rodillas abiertas clavadas en la tierra, su indecible plañido horada la distancia; los cinco hijos mayores, adelantados sobre el páramo helado, vuelven sobre sus pasos. Insisten en poner en pie a los chicos, quebrados sin remisión por la peste. Luego descubren que tampoco la madre puede levantarse. Varias veces circuyen obsesivamente al trío enfermo. Al

fin, los varones reanudan la marcha, mientras las dos mujeres se demoran haciendo coro a su madre antes de seguir también. Hasta muy lejos los persigue el lamento de Acecha la Puma Gris, que seguirá arrodillada junto a sus hijos hasta que la noche y la pena la dobleguen y el frío y la viruela terminen por cercenar los sufrimientos de los tres.

*

Lucho marcha con su gente. Con él van las dos hermanas enteras que tiene con Diez Aguadas, ambas sin más parientes.

Chillidos desgarrados desbordan el peñascal todavía oscuro y trepan por las bardas. Las mujeres se mesan los cabellos, alzan los brazos al cielo o se revuelcan por tierra. Tres variolosos arrastran dos cadáveres, rígidos de frío, hasta donde otros preparan una fosa. El violento rebrote ha provocado doce muertos en tres días, seis durante esta noche y varios gravemente enfermos que no tardarán en seguirlos.

—Mamá, tengo hambre —reclama un chico de Lucho, y su llanto contagia a sus hermanos como fuego en chala seca.

Juana les reparte chupetines de cuero remojado untado con hígado de avutarda y se los ata a un dedito con un tiento para desatorarlos cuando intentan tragárselos.

Lucho llega al tranquito; cuando desmonta, el caballo deja caer el morro hasta el suelo.

—¿Por qué chillan tanto, *Nguana*?

—Porque chupan y chupan, pero esto no les quita el hambre...

Le muestra la palma con restos de hígado.

—¿Cuándo han comido?

—Hace dos noches se terminó la carne.

—Tres días sin cazar nada... Carnea una vaca.

—Debimos hacerlo antes.

—No. Quedan siete, y no sabemos cuánto tardaremos. Repártela entre todos.

—Pero... ¡no alcanza!

—Bastará para que nadie se muera de hambre...

*

Gusano de Oro acaba de soltar sus dos caballos rendidos de fatiga. Desde la barda, observa con Diez Aguadas como beben largamente y se revuelcan antes de unirse a las tropillas que ramonean el ralo pasto duro en el fondo de una pequeña hondonada.

—¿Y qué otras familias has visto, muchacho?

—Sólo vi tres, pero me hablaron de varias. Las que conduce Jaguar Azul están adelantadas, y dicen que el Forastero va más adelante aún. Uña de Puma se mueve al norte y se le han rezagado dos muchachos con vacas y caballos; piensa esperarlos en la Sierra Arisca. A Lucho dicen que la peste le hace estragos, y hace dos soles estuve con mi familia, que tuvo que detenerse.

—¿Por qué se han detenido?

—Se han comido todos sus perros y caballos, y tanto los ha debilitado el hambre que ya no podrán dejar esa aguada. Quisieron comerme un caballo y debí retirarme.

—Sé lo que vas a pedirme... ¿Cuántos quedan?

—Cuando me vine eran catorce, pero dos chicos estaban punto de morir, así que cuando mucho quedarán doce. Mis dos hermanitos viven, pero mi hermana ya se murió.

—Si les llevas una vaca tardarás demasiado. Elegiremos un caballo que pueda marchar dos soles. Explica a los dos Cipreses que no puedo darles más.

—Te lo agradezco en su nombre, Diez Aguadas.

—Tendrás que esperar a que tus caballos se repongan un poco.

La Perra Cautiva soporta el maltrato de Refulgente Lucero de la Tarde, que le arroja deliberadamente mal los trozos de carne que va cortando para poder golpearla cada vez que uno se le cae de las manos. El poncho de Águila Azul, que engalana los hombros de la Perra, cubre las huellas de recientes, durísimos castigos.

Cerca, Diez Aguadas y Águila Azul comen hígado y bofe crudos. El segundo mira insistentemente hacia las mujeres.

Mientras Lengua Amarga y su hijo cuecen la carne, la Perra machaca los huesos largos con piedras. Cuando le ofrece a Águila Azul un poco de la médula extraída, Refulgente Lucero de la Tarde le arroja un grueso guijarro, gritando:

—¡Sirve primero al jefe, puta *güinca* lomo blanco!

—Cierra la boca, mujer —reclama Diez Aguadas. Y a su cuñado:

—¿Por qué no comes? Ninguna mujer vale un ayuno.

—¿No hablarías con tu mujer por mí, cuñado?...

—Prefiero enfrentar cien *reminchron* vomitando *bala*.

*

El Forastero y su saga de parias trepan trabajosamente por unas escarpaduras difíciles, tarea que la fatiga torna titánica.

—Vamos, vamos... No aflojen, compañeros —anima el jefe al curioso rebaño de hombres y mujeres solos, huérfanos abandonados, cautivos, desertores y refugiados sin dueños ni amigos que ha venido reuniendo.

Los dos muchachos que se le rezagaran a Uña de Puma lidian para hacer caminar a media docena de caballos, tan inútiles de postración que sólo sirven para comerlos a falta de otra cosa. Aprovechan los cueros como vestimenta, toque maestro de su insólito aspecto.

El violento ejercicio exigido por la trepada atempera, al menos, el frío de los cuerpos. Salvado el difícil tramo, Garza Dorada, irreconocible en su obligada delgadez, llega hasta el Forastero a ofrecerle agua del odre que trae a la espalda colgado de la frente. Tras la tupida barba apelmazada de polvo apenas se entrevé la sonrisa del hombre, que al devolverle el pellejo toca las caderas de la mujer, fijando en ella los ojos glaucos.

—¡Lindas ancas para un galope largo!

Aquí las mujeres no miran de frente a los hombres, pero replica para que todos la oigan:

—¿Galope largo? Si te apeas antes de agarrar el trote...

Los blancos del grupo disimulan su escándalo con mordaces comentarios. Ella sigue repartiendo agua, y cuando llega a un recio mocetón *rancülche* pondera:

—¡Con éste sí se galopa desde la entrada del sol hasta el lucero del alba!

La distensión es breve y se olvida pronto. Hay que seguir, sin desperdiciar la mínima energía.

En el frío mediodía, unos puntos oscuros hormiguean sobre el paisaje estepario donde no se ve un arbusto, una altura, un pájaro, bajo la bóveda gris, hasta el remoto horizonte. Nada se mueve, salvo los cuatro hombres que tiran empecinadamente de los cabestros a sus vacilantes mancarrones. Un mestizo aindiado de hirsuta pelambre negra los guía. Emponchados y mugrientos, quepis, monturas, sables y fusiles dicen que son soldados.

De pronto, el mestizo clava la vista en un punto. Cuando los otros se percatan de la detención de su compañero, también lo hacen.

—¿Qué hay? —pregunta el más robusto, de gran cabeza exagerada por barba y pelambre. El otro lo ignora. El tiempo se estira. Al fin, sin moverse, dice:

—Gente. No son milicos ni parecen indios.

—¿Ande están? —pregunta un flaco muy alto.

—Yo tampoco vido a naides —coincide el cuarto, chiquito, casi lampiño, con una cicatriz rosada cruzando la frente oscura.

El grandote parece fastidiado.

—Qué hemos de vichar nosotros... Este porque es mitá indio. A ver, Chulengo: acá no hay más que indios y crestianos. ¿Qué mierda van a ser éstos?

El otro ni se mosquea.

—¡Contestá, carajo!

Cuando al fin lo mira, la mirada del Chulengo más parece una escupida.

—No sé.

Se acomoda el quepis y se inclina hacia adelante, echando todo el peso sobre el cabestro para mover al caballo. Los otros lo imitan. El día transcurre, eterno, con una corta parada para empujar con unos tragos de agua un poco de durísimo charqui crudo. El ocaso los sorprende ya tumbados.

—¡Atención! ¡A las armas! —estalla el grito castrense del Chulengo. Toda la fatiga se transforma en energía tras los cañones rugientes de los Remington. En la oscuridad hilachada por los fognazos se escuchan pies en fuga. Los cuatro aguantan toda la noche con los dedos engarabitados de frío en los gatillos, de barriga en el suelo. Cuando la brisa corre la gasa neblinosa de la madrugada descubren que están rodeados, más allá del alcance de sus disparos.

—¿Y éstos? —pregunta el flaco.

—Crestianos, pero no soldaos —responde el Chulengo, y se pone sorpresivamente de pie. Alzando con ambas manos el rifle horizontal sobre la cabeza, grita:

—¡Somos resertores!

Pero pasa media mañana sin que los sitiadores respondan. Por fin:

—A esa trompeta la mandan pa hablarnos —comenta el grandote, mientras los cuatro encañonan a Garza Dorada, que avanza lentamente con los brazos abiertos para mostrar que está desarmada.

—¡Paráte áhi! —grita el Chulengo—. ¡Decí!
—El Jorastero diciendo ustedes dando jusiles.
—¿Jorastero? —tercia el grandote—. ¿Quién carajo es ése?

—Siendo *lonco* nojotro.

—¿Qué dice?

—Que ese Jorastero es el jefe. ¡Decile que nos hemos resertao; si está del lao de los indios nos juntamos con él, pero no largamos los jusiles! —dice el Chulengo.

—Y decíle a ese jorastero que no se haga el loco porque lo vamo a cagar a tiros —remata el grandote.

La morosa negociación se va comiendo la tarde. El Forastero desconfía. Sabe que los desertores están en sus manos, pese a su poder de fuego, porque no pueden tener agua para mucho tiempo. Sin embargo, no es tiempo lo que sobra: resuelve transar, y los desertores pasan a reforzar su pequeña hueste.

*

Jaguar Azul, a pie, envuelto en un quillango, arremete encorvado, como un toro ciego, contra el frío paralizante que cabalga en el viento. El momento es propicio: en este vendaval no hay peligro de que el polvo delate la marcha del grupo, que lo sigue como puede. A medida que avanza la tarde el huracán se torna irresistible. Cuando Jaguar Azul mira atrás, descubre que está solo.

Paciente, vuelve sobre sus pasos, mientras empieza a bajar en remolinos una nevisca que se diluye antes de tocar el suelo. La gente ha quedado

desperdigada en sus huellas como las cuentas de un collar roto. Oscurece antes de que termine de reagruparla.

Avanzada la mañana, el tiempo amaina. Jaguar Azul adelanta exploradores en busca de aguadas, pero la buena nueva de que han ubicado una llega con desgracia: allí han encontrado el rastro de mulas y caballos *güinca*. Un chasqui parte con el aviso para Diez Aguadas.

*

Cae la tarde; delgadas fajas escarlata y añil se tienden sobre el disco fulgente que se acerca al horizonte, anticipando una noche de violenta escarcha.

Gusano de Oro desgrana palabras misteriosas en las orejas mustias de su overo. El animal responde arrancando fuerzas del fondo de su fatiga para avivar el paso, atento a eludir las trampas del pedriscal. El escozor de las tripas vacías no distrae al muchacho de las huellas que viene siguiendo. Un barroso y un mancarrón bichoco cargado con dos odres de agua, acollarados, tropiezan detrás.

Mientras el aire se enfría rápidamente, Gusano de Oro descubre las motas salpicadas en el páramo. Resguarda a buena distancia sus caballos de andar y se acerca a su familia tirando del mancarrón. Se detiene a cien pasos, discurriendo el modo de evitar que la desesperación dilapide el agua y la sangre del matungo.

Sobre el blanquecino parche de barro reseco que fuera una aguada se tambalean en círculo cin-

co seres cuya condición humana cuesta concebir. Son Ciprés Muerto, su hijo y su hija adolescentes y la mujer de su hermano Ciprés Oscuro con un hijo ya mozo, todos semidesnudos y famélicos. Por las cercanías yacen varios más, quizá muertos, entre huesos roídos de caballo y de perro.

Gusano de Oro maneja el caballo, echa al suelo los odres, carga uno a la espalda y se acerca al grupo. A diez pasos de los que dan vueltas sin sentido deja caer el pellejo y exclama:

—¡Aquí tienen agua, hermanos!

Se detienen a mirarlo, sin entender. El muchacho levanta el odre.

—¡Es agua, tío!

La comprensión empieza a iluminar los ojos extraviados. Ciprés Muerto mueve la lengua en la boca reseca, pero sólo consigue emitir un gruñido que le arranca lágrimas. Todo se borra de sus sentidos salvo el odre, y hacia él se dirige dando tumbos, seguido por los demás. Se revuelcan sobre el odre como un puñado de gusanos, avasallando a Gusano de Oro, y un cuchillo provoca el derrame irremediable, mientras las bocas se estorban por alcanzar algún resto.

Desanimado, Gusano de Oro vuelve hacia el caballo cuando advierte que los cinco, terminada el agua que no se derramó, lo siguen. La mujer de Ciprés Oscuro y su hijo caen a los pocos pasos, aunque siguen arrastrándose. Gusano de Oro se aprovecha de ello: desmanea el caballo, le carga el odre restante y se aleja con él. A poco andar, sólo el hijo de Ciprés Muerto lo sigue. Gusano de Oro se deja alcanzar y le entrega el gran cuerno con agua que

lleva colgado del cinturón. El otro bebe a sorbos descomunales hasta que se desploma. Gusano de Oro rellena el cuerno y con él va dando de beber a todos los que aún viven. Después, degüella el caballo y también les hace beber a todos.

El muchacho descansa un rato antes de cuerear y trozar un cuarto trasero y repartir la carne. Come también y, rendido, se duerme.

Despierta aterido. La temperatura ha bajado mucho del punto de congelación. En la penumbra ve reptar a algunos sobrevivientes hacia el caballo muerto, que otros ya cubren como las hormigas a un escarabajo. Gusano de Oro empieza a moverse con violencia para calentarse y sale a correr alrededor en busca de algo que pueda arder, pero es inútil: hace mucho que se ha terminado cualquier brizna combustible. El aire quema los pulmones. Comprende que debe alejarse. Las lágrimas se le empiezan a escarchar en las pestañas mientras trota hacia el escondite de sus caballos.

*

El anuncio de Jaguar Azul sobre la cercanía *güinca* ha movido a Diez Aguadas a salir con Águila Azul y Guanaco Veloz a explorar la zona. Mientras otea la lejanía, el jefe rompe un silencio que va durando media mañana.

—Habla ya, Águila Azul.

—Ya te hablé de esto...

—¡Ug! Me hablarás de la cautiva.

—Tal vez sepas si tu primera mujer codicia alguna de mis pertenencias...

Diez Aguadas lo mira de soslayo.

—Eres uno de los pocos bien montados y el único que tiene palo de trueno. ¿Serás tan torpe para permitir que mi mujer te deje sin nada?

Águila Azul se abate.

—Será mejor que la robes.

Pasmado, Águila Azul enmudece.

—Es el único modo de obtener lo que no se puede comprar. Hazlo sigilosamente...

—Pero...

—Agrégate a la gente de Lucho o de mi suegro. Aquí no hay caballo que pueda alcanzar los tuyos si tomas buena delantera.

Esa misma noche, Águila Azul ejecuta la sugerencia de su cuñado. Lleva a la Perra Cautiva con la gente de Lucho, que le guarda el secreto, pero él prefiere volver a las órdenes de Diez Aguadas. Refulgente Lucero de la Tarde intenta lancearlo cuando vuelve, pero la furia de la mujer escolla contra la complicidad de su marido, que resiste dos días de asedio para que obligue al ladrón a devolver la cautiva. Finalmente, se ve forzada a suplir a la ausente por Lengua Amarga como víctima de su rencor.

Han llegado a una aguada. La mujer principal manda:

—¡Lengua Amarga! Ve con tu hijo a buscar leña.

Regresan con las manos vacías. Refulgente Lucero de la Tarde azota a Lengua Amarga con una guasca rígida como una tabla.

—¿Dónde está la leña?!

—¡Ayyy! ¡Bruja loca! ¡No hay leña!

Se aleja corriendo con Armadillo Juan pegado a sus talones y desde lejos grita:

—¡Uno de estos días te degollaré dormida!

—¡No vuelvas sin la leña, aborto de perra!

Ya de noche, regresan con sendas brazadas de zarzas y raíces de alpataco. No da para mucho; se calientan un poco y se acuestan. José y Diez Aguadas se quedan sentados junto a la ceniza, añadiendo leñitas para que no se apague del todo.

—No hay aguadas en este territorio, *Ngoché*. No tenemos ni caballos para mandar exploradores a buscarlas. Nada sé del resto de la gente.

—Hay una ventaja: aquí no vendrán los *güinca*.

—¿Para qué vendrían? Saben que tenemos que salir de aquí. Saben que caeremos al Neuquén cansados como bandada de aves del norte...

Dos jinetes que se detienen cerca lo interrumpen. Reconoce el azulejo y los perros de Guanaco Verde, pero no las cabalgaduras del otro jinete, que se adelanta diciendo:

—Nueve soles te busco guardando en el corazón mi triste mensaje, gran jefe. Antes de saludarte, digo que tu suegro Buen Remedio ha tenido que rendirse con toda su gente.

Diez Aguadas tarda en contestar.

—Lamento que tan aciaga noticia malogre la bienvenida que mereces, Caballo Blanco.

—Lo comprendo, hermano. Sólo seremos bienvenido en el País de los Muertos... Yo no debo tener lugar allá: me dejaron por muerto, y aquí estoy.

—¿Estás herido?

—Sólo en mi orgullo. Llevaba un mensaje a tu suegro cuando me mataron el caballo. Mi cabeza se estrelló en una piedra. Cuando desperté, estaba solo. Seguí los rastros, y en ellos he visto que tu

suegro se entregó, seguramente para evitar el sacrificio de su gente. Buscándote, hallé a Guanaco Verde.

—Tu mensaje es doloroso, pero eres el mejor mensajero. Estarán hambrientos, pero ahora no tengo...

—Atrapamos unos animalitos que podré en tu rescoldo si me lo permites.

Caballo Blanco va hasta donde Guanaco Verde suelta los caballos, que se apuran hacia el agua. Pero el oscuro que montaba Caballo Blanco se queda inmóvil, esperando la orden de su amo. Este lo despide con una palmada. Diez Aguadas pondera:

—Es muy entendido tu caballo.

—No quedan muchos como éste. Es un regalo del jefe Diez Cuentas.

Va sacando de una maleta dos comadreas adultas y varios pichones, les abre la barriga con su cuchillo, les quita las vísceras, que ofrece crudas a Diez Aguadas y José, y se las va pasando a Guanaco Verde, que las despelleja y las echa en la ceniza. Se los comen a medio cocer, masticando hasta los huesos. Antes de echarse a dormir, Caballo Blanco llama a sus caballos con un silbido agudo, que los trae trotando dócilmente, para cubrirlos con mantas de la helada.

Diez Aguadas y José velan las cenizas. José alza apenas las cejas al oír un acorde grave, discordante. Diez Aguadas ni parpadea, pero es de su garganta que brota el opaco sonido.

—Ocho lunas... Ocho lunas sin hogar, errando por los campos. En ocho lunas nos han echado de

la tierra de nuestros padres, nos han matado el orgullo, nos han quitado todo... ¿Qué somos ahora? Un rebaño de alimañas perseguidas... ¿Qué nos queda? Sólo el *güinca*, la peste, el hambre: la muerte de mi gente... la muerte... No quiero verla morir. Pero cuando digo “vamos con los *güinca*” para que no mueran responden: “¡traición! eres medio *güinca*”. Y ahora ¿cómo parar la muerte?...

Las pausas son largas. Sin embargo, José, aunque no sea capaz de comprender que su interlocución es virtual, guarda silencio.

—Vamos al poniente a buscar el amparo de jefes poderosos... A las tierras de Cóndor Apartado y Vale por Ocho terminarán por llegar los que sobrevivan, pero, ¿acaso a esos jefes los dejarán en paz en su tierra con su gente? Nosotros mismos arrastraremos hasta allí, sobre nuestras huellas, la maldición del *reminchron*, los *coronel*, los *fortín*. También a ellos y a los que queden de nosotros los echarán al poniente... Más allá de la Gran Sierra Nevada está el mar... ¿Nos harán tragar por el mar?

Cada pausa es un abismo de impotencia sin fondo.

—Yo no viviré sometido. Si no me matan, una, dos, cien veces volvería a Donde Hay Divisadero, hasta que me maten o me muera. Pero mi gente... la estoy viendo morir sin remedio...

Por un momento parece atragantarse con una bola erizada.

—Ya lo dijo nuestra madre Volaba Planeando de Otro Modo: muy pocos quedarán de nuestra gente. Dijo: tú, Diez Aguadas, morirás a sus manos. Siempre dijo la verdad, así que pelearé hasta

el final, pero ¿por qué ha de morir también nuestra simiente?

Esta pausa es muy larga. Cuando vuelve a sonar, su voz ha devenido profundo bordoneo.

—Y sin embargo, no habrá agüero, ni peste, ni hambre, ni maldición, capaz de exterminarnos. Pasarán generaciones, y habrá en algún albardón algunos de nosotros peleando por la tierra.

De algún modo, Viejo José siente que ha terminado. Y de algún modo, aunque no haya comprendido mucho de todo lo que ha escuchado, intuye que es algo grande.

Diez Aguadas sacude la cabeza para ahuyentar el enjambre de sus pensamientos como un perro que espanta las moscas del hocico. Cuando se yerque, ya su vitalidad se ha difundido por su sangre, y sus músculos recobran su elasticidad felina.

*

Hace tres días que Guanaco Verde agota sus caballos buscando algún rastro de Uña de Puma o su gente. Ha revisado cada acceso a los vericuetos de la Sierra Arisca sin resultado. Por bien que hayan borrado sus huellas, él o sus perros lograrán descubrirlas. Lo bambolea la manquera del azulejo, y el aire helado todavía no ha borrado la huella de sudor en el lomo del animal que lleva de tiro. Oscurece, se prepara una helada formidable, su odre está vacío... Se adentra en la sierra en busca de abrigo y agua. Avanza mucho la noche antes que los perros hallen una vertiente tan chica que los caballos deben beber en etapas. Mientras ellos

buscan alguna brizna por los alrededores, Guanaco Verde, con el vientre lleno de agua y el cuchillo sobre el pecho, se envuelve en el poncho al reparo de una piedra, después de manear al azulejo. Los perros lo abrigan echados contra él. Debe encontrar a Uña de Puma. Por algo es el mejor mensajero de su gente después de Caballo Blanco. Lleva siete días de marcha, dos días sin comer y un cansancio infinito. Pero cumplirá su...

Un furioso coro de ladridos y un rugido potente lo hacen saltar del sueño con el puñal en la mano. El azulejo corcovea sin conseguir quitarse de encima el jaguar aferrado a su lomo con garras y dientes, mientras los perros saltan alrededor tratando de alcanzarlo.

—¡Yaaaa...! —grita en pleno salto, y clava a fondo el puñal entre las costillas de la fiera. El jaguar suelta la presa, se revuelve en el aire y le desgarrá la cara y el pecho de un zarpazo. Asesta rápidas puñaladas a ciegas hasta que lo aplasta el nudo de músculos formado por el jaguar y los perros. El felino despanzurra a uno de ellos de un zarpazo, muerde a Guanaco Verde en la cabeza y se pierde en la oscuridad perseguido por el otro perro.

Recobra la conciencia devorado por la sed, envarado por la escarcha, con un dolor lacerante en la cabeza y un ojo, en cuya cuenca sus dedos sólo encuentran un hueco pringoso bordeado de cristales de hielo. Repta hasta alcanzar el agua y bebe largamente. Dobla un poco el pescuezo y en la cla-

ridad del alba distingue las manchas oscuras dejadas en la arena por donde se han ido jaguar, perro y caballos. La mancha mayor junta su cuerpo con el perro muerto. Demasiada sangre. Pero no esperará pasivamente la muerte. Como un gusano se empieza a arrastrar hacia ninguna parte, mientras algunos buitres empiezan a planear en círculos muy, muy alto.

*

12 de julio - El mayor Illescas participa haber sentido movimiento de indios que vienen de la Pampa y que sigue en su busca.

Uriburu

Otra noche ha bajado sobre la gente. Sin fuego ni agua, los peregrinos le arrancan una tregua al viento, echados al reparo de un albardoncito extendido sin fin. Las vacas sedientas mugen sin cesar, y los caballos aguantan, estoicos, con el anca hacia el vendaval de arena.

—¡Ug! Otra vez amontonados... No será cosa buena —rezonga José.

—Será hoy —dice Diez Aguadas.

—¿Hoy qué? —pregunta José.

—Hoy darán con nosotros.

Tras la rotunda afirmación, el jefe salta de su lugar y ordena levantar el campamento.

Mientras las familias encaran el viento en la oscuridad contra la tupida arenisca que escuece los ojos y rae las narices, el jefe organiza la meneguada hueste.

—¡Cada cual con dos caballos! ¡El que tenga más debe entregarlos a quien le falten! ¡Gusano de Oro: aparta para mí el oscuro y el tordillo y reparte mi tropilla entre los que estén a pie!

Monta y pasa revista, apurando a los rezagados. Como siempre, Gusano de Oro, convertido en su sombra, le transporta la lanza.

Descubre a sus mujeres riñendo en lugar de partir. Refulgente Lucero de la Tarde pretende que Lengua Amarga y Armadillo Juan carguen los odres que contienen la reserva de agua, demasiado pesados.

Diez Aguadas ya prepara el arreador para abortar la demora cuando resuena el grito de alerta de un vigía:

—¡*Pugüinca!*! —y casi en seguida la nube de arena vomita la partida de soldados que ocultaba.

—¡Ahí están los perros! ¡Al ataque! ¡*Pruloncon!*! —brama Diez Aguadas entre los primeros estampidos, cazando al vuelo la lanza arrojada por su asistente, y pica espuelas envuelto en la ensordecedora alarida de sus hombres, lanzados contra la docena de soldados que los tirotean a discreción mientras desmontan y forman cuadro.

Las balas aventan jinetes de las sillas y voltean yeguarizos, pero gracias a la cortina de polvo se han avistado a corta distancia y llegan rápidamente al cuerpo a cuerpo. Sin embargo, el cuadro resulta inexpugnable, y deben retroceder a buscar el refugio del tierral.

—¡Vuelvan aquí! ¡Agrúpanse de nuevo! ¡Los que tienen lanza adelante conmigo! ¡Al ataque!

Y vuelven a cargar en compacto pelotón, las melenas flameantes, enarbolado el ulular que hie-la la sangre en las venas. Ninguna bala sale a su encuentro, pero, cuando están a punto de alcanzar el objetivo, una descarga cerrada los descalabra. Junto a Diez Aguadas, una bala da en la garganta de Gusano de Oro, lo arranca de cuajo del caballo y dibuja con él una violenta cabriola invertida en el aire antes del revolcón, la inmovilidad y el silencio. A Viejo José se le mete un tiro entre las costillas que también lo desmonta. Frenados por la andanada, escuchan la orden estentórea del jefe *güinca*:

—¡¡Fuegoo!! —y una nueva descarga libera plomo caliente en demanda de secretos vasos para reventarlos en vertederos de sangre.

—¡Retirada! —vocifera Diez Aguadas, ayudando a José a colgarse de un caballo abandonado, y se suma a un desbande que parece definitivo. Pero no: sin dejar de galopar entre los huyentes, el jefe persiste:

—¡Deténganse! ¡Son pocos! ¡Podemos matarlos! Y cuando por fin consigue parar la estampida:
—¡Han regado el desierto con nuestra sangre! ¡Los muertos claman venganza! ¡Ataquemos de todos lados a un tiempo!

El viento ha moderado su empuje, el polvo se asienta y crece la luz. Lanzados al ataque, los sorprende un piquete de refuerzo enemigo, que se mete en la liza a tiro limpio. Con el corazón partido por una bala, el tordillo de Diez Aguadas se derrumba bajo sus piernas. El oscuro de reserva corre entre los montados, arrastrado por la iner-

cia de la carga. Caballo Blanco se lanza a recuperarlo bajo las mismas narices de los *güinca* y vuelve con él a todo galope. Diez Aguadas manotea la cola cuando pasa a su lado y se deja remolcar fuera del alcance del fuego enemigo antes de montarlo.

Julio 13 - Apresurada la marcha por el resto de la fuerza, avisada ya por el tiroteo, los indios, en número de 35, a nuestra presencia, emprendieron la fuga, encabezados por el cacique Baigorrita, los que, perseguidos con tenaz empeño, sólo pudieron escapar por el cansancio de nuestros caballos, aniquilados por lo rudo de la marcha y escabrosidades del camino. 18 indios de lanza muertos sobre el mismo terreno en buena pelea, 150 prisioneros entre lanzas, chusma y cautivos rescatados, 9 vacas y 70 caballos tomados, fue el fruto de este encuentro.

Adrián Illescas

El hallazgo casi fortuito de una aguada cuando tanto hombres como caballos traspasan el límite de resistencia salva algunos heridos. Los pocos sanos hacen lo que pueden por ellos. Cesado el viento, el aire frígido ha devenido limpio y quieto. Águila Azul tiende la mirada a flor de la reseca sabana interminable.

—Se asentó el polvo. Ya no hay forma de esconderse.

—Sólo enterrándose —responde Ciprés Oscuro mientras se lame el profundo tajo que le baja a lo largo de la cara anterior del antebrazo, sin que importe mucho si se trata de una observación, una ironía o una propuesta concreta.

—Así, ningún disperso sin caballo podrá salvarse.

—¡Ug! Nosotros tenemos caballos y no estamos dispersos, pero... —dice Diez Aguadas, mientras trabaja en las costillas de José para restañar la herida con un apósito de bosta equina.

—¡Aaaah! —suelta el herido.

—Por la forma de quejarte pareces *güinca*, compañero.

—¡Aaah!... No eres tú quien tiene... *la bala en el bofe*.

Aunque la dificultad con que respira lo fuerza a hablar con una cadencia estertorosa, no por eso calla.

—Con mi caballo... se fue la maleta... con todos los *papeles*.

—¡Ug! *¿Chilca?*... Sólo servirían para armar *pucho*, y *¿cuánto* hace que no olemos una brizna de tabaco?... Ya no precisamos eso, Viejo.

—Es... verdad... Creo que ya no... precisamos nada... *¿Cuántos...* quedamos?

—Treinta y dos contando cuatro mujeres y algunos muchachos; la mitad están heridos, y a tres o cuatro ya ni vale la pena contarlos con los vivos.

—Yo soy... uno de esos... Es lo único que... me queda por... perder...

La mirada de Diez Aguadas se ensombrece. Demora en hablar, como si le costara demasiado.

—Todo perdido... Muertos están mi amado caballo, Gusano de Oro, casi cuatro manos de mis hombres... Aquí mismo morirán otros sin que pueda siquiera enterrarlos... Quién sabe qué habrá sido de las mujeres y el hijo que me quedaban. Y yo sigo ileso.

Un reflejo homicida le incendia los ojos, y levanta su voz poderosa:

—¡No van a agarrarme vivo, hermanos! ¡Van a tener que matarme esos perros carniceros! ¡Quiero que todos lo sepan: quien se quede conmigo va a una muerte segura!

El bache de silencio, apenas quebrado por los caballos al moverse en la aguada, no trasunta temor, sino la afirmación compartida de una decisión irrevocable.

Muy luego, cuando el jefe, ya manso, ha vuelto su atención al balazo de José, Águila Azul se le acerca.

—Seguramente nos matarán y prefería morir a tu lado, Diez Aguadas. Pero...

—Está bien, cuñado —lo interrumpe—. Pensaba mandar a Guanaco Veloz con el aviso a Lucho de este descalabro. Hazlo tú y busca a tu cautiva, hermano. Pero no podré dejarte llevar todos tus caballos. Elige los dos que prefieras.

Antes de partir, Águila Azul desecha su vieja carabina: agotada la munición y sin posibilidad alguna de reponerla, sólo es un peso inútil.

*

Jaguar Azul, acuciado por el recelo, ha abandonado con su gente la incierta protección de la Sierra Arisca rumbo al Neuquén, con la terca ilusión de hallar un resquicio por donde cruzarlo más arriba de la boca del Agrio. Esa misma infausta mañana, en cuanto se termina de apaciguar el viento, avistan al frente una lejana columna de polvo que

los pone prontamente en fuga por donde vinieron. Entonces, el polvo propio, soliviantado por cascos rotos y pies llagados escardando el secadal, los delata. Atraída por ésta, la otra polvareda se aproxima. La gente se desparrama como las esquiras de un estallido, y Jaguar Azul reúne a sus lanceros para esperar al enemigo. Cuando éste aparece, se retira sin aumentar la distancia que los separa, y así lo va arrastrando por donde menos familias pueda encontrar.

Avanza la mañana. La caballada *güinca* va flaqueado y el número de perseguidores disminuye. A su tiempo, Jaguar Azul, atento, se adelanta a los suyos, los contiene alzando la lanza en cruz y ordena:

—¡Todos conmigo! ¡Prepárense! ¡Vamos a lanzear a éstos!

Hacen caracolear los caballos en torbellino alrededor del jefe y alistan las lanzas.

—¡No cansemos los caballos! ¡Esperen que se acerquen!

Recién cuando los soldados abren fuego granado pica espuelas y a su orden:

—¡Al ataque! ¡*Lape, lape, lape!* —los lanceros lo siguen a la carrera en tumulto, gritando:

—¡Yaaa!... ¡Yaaa!...¡Yaaa!...

Empiezan a rodar bajo las balas, pero el comandante *güinca* viene a buscar el choque y se entretiene a sablazo limpio. En un remolino sangriento, menudean los tiros a quemarropa. Un *rancülche* forcejea hasta arrancar el Remington de las manos de un soldado y lo tumba de un culatazo. Busca un enemigo a quien balear y encuentra al comandan-

te, que hace estragos con el sable. Le tira sin apuntar y lo voltea. Casi al mismo tiempo, el subcomandante también cae malherido. Pero cuando la suerte del combate parece definida, una larga clarinada anuncia la llegada de refuerzos.

—¡En retirada! —ordena Jaguar Azul.

En cuanto se despegan vuelve a ordenar:

—¡Ustedes cuatro se quedan conmigo! ¡Los demás se van con la gente!

Entre los tiros, los cinco amagan varias veces volver caras contra los perseguidores. Cuando calcula que su gente ya no podrá ser alcanzada, Jaguar Azul arroja las armas y sujeta el caballo. Sus acompañantes lo imitan.

Julio 13 - El comandante Aguilar, encontrando una partida de más de 100 indios, 30 guerreros, los persiguió; pero en la larga corrida, se cansaron los caballos y al darles alcance, no se encontraban más que con cinco hombres. Mientras la chusma seguía huyendo, los indios le trajeron una carga vigorosa, de la que resultaron muertos ocho de ellos y herido de un tiro de bala el comandante Aguilar y el teniente Walrond con una lanzada y un golpe de bolas en la cara. El capitán Torena, concurriendo en ese momento, perseguía a los indios, pero unos y otros estaban a pie, después de cuatro horas de carrera, y no los pudo tomar a todos.

Los dispersos van por el lado de abajo de Auca Mahuida, a las costas del Colorado.

Napoleón Uriburu

*

También después de amainar el viento de ese día, el grupo del Forastero se ha metido a descansar en una hondonadita inventada por la correde-

ra de aguaceros pretéritos. El Chulengo, pegada una oreja a la tierra, atrae la atención levantando el fusil para llamar a todos a urgente silencio. Mucho tiempo se toma antes de reincorporarse y llamar al Forastero con la mirada. Este se acerca y escucha con atención lo que el baquiano dice en voz muy baja, sólo para él. Lo que oye lo deja pensativo. Después pasea la mirada de sus ojos gualcos por los rostros de sus seguidores. Se decide por un *rancúlche* veterano, robusto y aplomado, cuyas canas le confieren cierto aire patriarcal. Lo llama aparte con una seña para darle sus instrucciones. Silente como una sombra, el hombre se pierde de vista al sobrar el ribazo.

La tensa espera se alarga no tanto como parece.

—¿Qué has descubierto, Chimango Grande? —pregunta el Forastero cuando el enviado regresa y salta dentro de la hondonada.

El rastreador detalla en su lengua, que casi todos entienden, su lectura de los rastros:

—Se han ido. Son tres exploradores *güinca*. Pasaron muy cerca. Están bastante bien montados. Parece que están haciendo una ronda y ya se vuelven. Su tropa no ha de estar muy lejos, porque han partido hacia aquí después que amaneció y marchando sin apuro.

El Chulengo traduce para sus camaradas lo poco que cree descifrar del informe.

El Forastero ordena:

—Vamos a contramarchar, compañeros. Trataremos de reunirnos con Diez Aguadas. Partimos ahora mismo.

Apenas han arrancado cuando se avistan por el naciente grandes polvaredas.

El Chulengo rompe el cuarteto de desertores, que se mantiene unido para neutralizar cualquier intento de quitarles los preciados fusiles, y alcanza al Forastero. Antes de hablarle, escucha lo que comenta con otros acompañantes sobre el confuso mensaje que trasmiten las grandes nubes bermejas.

—Parece una pelea —está diciendo Chimango Grande, pero lo que el Chulengo conoce de la lengua no le basta para entender la frase.

El Forastero lo mira.

—¿A usted qué le parece, don?

—Pa mí que áhi están peliando, señor.

—Lo mesmo me dice acá mi amigo. Muente con sus compañeros. Via armar una partida con los pocos matungos que tenemos, y vamo a dir pa ver si hacemos alguna falta.

—Ta güeno.

El Forastero consigue montar ocho hombres, además de los cuatro desertores, y al trotecito enfilan temerariamente hacia las alarmantes polvaredas. A lo lejos ven pasar a gran galope un grupo de jinetes dispersos.

—Allá se escapa Diez Aguadas —señala Chimango Grande.

—¡Hm! Los deben de venir persiguiendo. Si tratamos de alcanzarlo nos quedaremos a pie. Vamos a ver si podemos ayudar a frenar a los perseguidores.

—Mira eso, hermano —vuelve a indicar Chimango Grande.

Dos lanceros espolean salvajemente a sus cabalgaduras exhaustas, perseguidos de cerca por un oficial mejor montado que ellos.

—¡Al galope! —grita el Forastero. Y en español a los desertores:

—¡Maver ustedes! ¡Métalen bala!

Los cuatro tienen ocasión de lucir su entrenamiento. Sin acortar el galope, con las riendas entre los dientes, empiezan a tirar uno tras otro en una cadencia rápida.

Julio 16 - El teniente [Isaac] Torres, de choiqueros, que mejor montado, alcanzó algunos indios, fue perseguido a balazos por una partida de ellos, entre los que había cuatro armados de Remingtons y no pudo encontrar quien tuviera un caballo para poderlo acompañar en la persecución que se proponía hacerles.

Napoleón Uriburu

Tras la escaramuza, el Forastero intenta alcanzar a Baigorrita, pero sus caballos no tienen resto para responder a semejante esfuerzo. Vuelve a reunirse con los suyos y retoman el camino del oeste, por el que lograrán, curiosamente, su objetivo: este grupo, integrado mayoritariamente por blancos, será uno de los muy pocos que logren eludir la trampa.

*

Uña de Puma ha encontrado una aguada abundante en una quebradita de la Sierra Arisca, adonde los furibundos vientos cordilleranos llegan mellados. El pasto, por más que duro y mustio, es incomparable en mucho terreno a la redonda.

En la noche crecida, el cansancio derrota al frío de la lluvia y todos duermen. Uña de Puma, asediado por legiones de fantasmas que colman sus pensamientos, vela en soledad. Bajo dos cueros estirados como atajalluvia, arropado con la única matra que no ha regalado de cuantas le quedaron al perder toda su familia en Agua de las Mariposas, alimenta un mustio fogoncito con bosta húmeda de la gran pila que tiene al alcance de la mano, envuelto y medio ahogado por la densísima humareda. En esta tierra sin leña, ha tenido la suerte de hallar un bosteadero de guanacos, ya convertido en trampa por su gente al acecho. Si la suerte sigue, quizá mañana algún guanaco se llegue al bosteadero.

Solo, como cualquier individuo de su pueblo, es un baldado. Sus muertos lo visitan: hermanos, mujeres, hijos, sobrinos. Le queda viva una hermana muy vieja y ciega. Cuando ella se vaya al País de los Difuntos, su hija Refulgente Lucero de la Tarde y su descendencia serán su última sangre viviente.

La oscuridad se abisma. El viejo insomne carraspea. Como titubeando, su voz grave y cascada sale a mojarse bajo la lluvia. Canta solo porque ya no le queda con quien cantar. Canta para sus muertos. Las ríspidas modulaciones se impregnan de una agreste resignación.

*La necesidad nos ha hecho a todos miserables.
Las mejores familias perdieron sus riquezas.
Si un pobre llega a una ruca, ve el fogón apagado
y oye decir: "Soy pobre, ya ni fuego nos queda".
En la ceniza hundimos el pensamiento oscuro
y nada nos decimos por no agrandar la pena.*

*Nos han quitado todo: la tierra, las familias,
los ganados, el alma... ¡ya ni fuego nos queda!*

Uña de Puma sabe que ha demorado mucho en abandonar esta aguada. La renuencia de su gente se ha impuesto hasta ahora a su prudencia. Pero ha ordenado partir de madrugada.

Julio 14 - Por declaraciones de los cautivos se supo que hacia Auca-Mahuida debía venir otra partida de indios, a quien Baigorrita había ordenado siguiera distinto rumbo que él [...]

Adrián Illescas

En un instante, la atmósfera apacible del vallecito revienta en estampidos, multiplicados por el rebote en las alturas circundantes. Sumida en un pánico cervical, la gente se arremolina. Uña de Puma comprende que todo está perdido y corretea entre ella, sosegando:

—¡No resistan! ¡Nos han rodeado, nos tiran de todas partes!

Julio 14 - [...] A las 7 leguas de marcha encontramos el campamento de Huilipán, que los capitaneaba, entregándose después de algunos tiros, con 6 de lanza y 38 de chusma, 18 caballos y 18 vacas.

Adrián Illescas

*

Levantar polvos ostentosos desafiaría la atención de los exploradores enemigos. Águila Azul trota cuando el terreno no es demasiado flojo y cu-

bre largos trechos al tranquilo. En la soledad sin fondo, habla a veces a sus caballos. Cavila sobre la funesta paradoja de su pueblo. Desde que tuvo uso de razón ha escuchado a los Dueños del Decir, fervientes guardianes de la memoria de las tradiciones ancestrales, narrar en torno al fogón las hazañas de los grandes conductores de su raza en la eterna guerra contra el extranjero. Pero recuerda su desazón cuando pudo comprender que esas hazañas nunca lograron expulsar a esos *güinca*, que volvían una y otra vez, cada vez más numerosos, avanzando siempre sobre la llanura. Lo traspasa todavía, lacerante como entonces, el espanto indecible de los malones *güinca* arrasando a sangre y fuego desprevenidos caseríos en luctuosas madrugadas. Y recuerda, vívido, aquel sentimiento oscuro que lo desasosegaba desde el fondo de las entrañas cuando veía volver las huestes de los grandes caudillos arreando millares de vacunos y yeguarizos entre festejos entusiastas. Recién ahora, a la vista de su pueblo destruido, obligado a perder su identidad o morir, condenado a ser extirpado de la faz de la tierra como un tumor dañino, aquella difusa sensación cobra sentido: era la premonición, oculta tras el embozo de los triunfos más resonantes, de esta derrota final...

En eso, un rastro reciente atrae su atención. Empieza a seguirlo, y no tarda en descubrir que lo ha dejado el grupo de Jaguar Azul. Poco después lee en las huellas el relato de la huida y de la persecución por la partida de soldados. Aprensivo, apura un poco la marcha con rumbo recto al Neuquén; va en busca de su cautiva, la innostrada: se niega

a llamarla “Perra” pero, por más que lo piensa, no atina a encontrar el apelativo que pueda cuadrarle. Sonríe al notar que pensar en ella lo sosiega, le limpia del corazón el peso de las tribulaciones como el viento cordillerano barre en su galope las zarzas que se interponen en su camino.

Otra vez el instinto lo sustrae de la divagación: sus ojos captan un nuevo rastro, y todas las aprehensiones se le desploman encima: doce soldados y un jefe, con dos caballos por hombre, han pasado temprano a ritmo lento, en la misma dirección por donde espera encontrar a Lucho. Se lanza tras la partida, cambiando con frecuencia de caballo para acortar la distancia. De pronto, sujeta brutalmente: el rastro dice que, tras una rápida remuda, los soldados se han puesto al galope. Con una garra cerrándose sobre el estómago, escruta ansiosamente el horizonte hasta ubicar la polvorera y clava las espuelas.

Al coronar una loma corta y pronunciada se aboca al drama desatado. Hasta donde la vista alcanza, y tal vez más allá, huye la gente de Lucho, mientras éste se prepara a cubrir la retirada con su puñado de jinetes. La tropa *güinca* ha flanqueado la loma y se dispone en formación de carga. Fustigando salvajemente a su cabalgadura, Águila Azul trajina la bajada hacia un punto intermedio entre las posiciones de los contrincantes, que ya inician la embestida mientras el aire se va impregnando con el tronar de la fusilería, el griterío de los *rancülche* y el humo de la pólvora quemada.

Sobre un minúsculo montículo, muy cerca, la Perra Cautiva, demorada por la mudita prendida de su ropa, reconoce a Águila Azul y observa con espanto su descenso sin retorno. La pequeña tropa de Lucho, milagrosamente ilesa por la dificultad de los soldados para apuntar galopando, vira de pronto en ángulo recto cien pasos antes del choque y se aleja en dirección contraria a la del grueso de la gente en fuga. Al darse cuenta de que Águila Azul queda solo a corta distancia del enemigo, la mujer corre con todas sus fuerzas, con la boca abierta en un desesperado alarido que el bochinche sofoca. El tumulto y el polvo le ocultan la escena. La tropa sigue su marcha en pos de Lucho y sus hombres; en su estela queda un guiñapo ensangrentado al que escoltan, solidarios, sus entrenados caballos. De golpe, toda imagen se borra en los ojos de la cautiva.

Los hipos y sacudidas la molestan. Abre los ojos y ve a la niña inclinada sobre ella. El chillido desgarrado que le arranca su propio recuerdo termina de despertarla. Se levanta y corre a tropezones hacia el caído, ya desangrado por una criba de heridas. Parada largo rato a su lado, inmóvil y seca como un árbol muerto, no puede apartar de él la mirada vidriosa. La niña mira ora a uno, ora a la otra, gimiendo de vez en cuando. Luego, lentamente, la mujer se va desmoronando sobre el cadáver como si se derramara. Cubriéndolo, se deja empapar en su sangre. La mudita empieza a tironearla y llorar cuando ve que regresan los soldados. La Perra cede a los tirones, dejándose despatarrar boca arriba con el pecho y el vientre bañados en sangre —aje-

na, aunque la sienta tan suya— y domina la respiración hasta hacerla imperceptible.

—¡El indio y la cautiva grande ya son dijuntos, mi mayor! —anuncia un sargento, mientras carga en brazos a la niña, convertida en un basilisco de chillidos, y un soldado recoge los caballos.

Después de un rato, sólo silencio. El viento helado empieza a soplar de nuevo con lúgubre siseo y el cielo se va encapotando. Allá, muy arriba, los buitres han iniciado su ronda macabra, y algunos caranchos, adelantados, se posan en el suelo y dan saltitos cautelosos mientras miran de hito en hito a la pareja yacente. La cautiva se vuelve a echar sobre el muerto como para protegerlo, y allí se queda a morir mientras la arena se va acumulando, incesante, contra el obstáculo de los cuerpos, que acabará por soterrar.

Ayer 16, en marcha para mi regreso, volvió a incorporárseme el mayor Taboada, con 30 de chusma, 6 vacas y 6 caballos, todo quitado a otro grupo que batió y dispersó.

Adrián Illescas

El Neuquén... Sobre la barranca, Lucho sujeta trabajosamente su cabalgadura, que ventea el agua con desesperación. Alza el brazo para contener el ansia de sus compañeros mientras otea con vista felina hasta el mínimo resquicio del valle que se abre ante sus ojos. Mojados todavía por la garúa nocturna que suele anunciar fuertes nevadas en la montaña, envueltos en el vaho del aliento y el sudor de los animales, aguardan. Todo parece tran-

quilo. Dominando férreamente a los caballos, locos de sed, toman la bajada hacia el caudal crecido con mucha precaución. El olor y la visión del agua van superando los temores con su imán poderoso. Y el universo termina resumido en un solo acto: beber. Ni el alerta estentóreo de Lucho consigue perforarlo.

—¡¡*Pugüinca*!! ¡¡Vamos!!

Salta sobre el lomo del caballo, que se arquea al recibir su peso, pero no arranca hasta que las espuelas le aran los ijares, la quijada le restalla bajo un guascazo y el bocado le despelleja la boca. Entonces sale despedido, alzando a su paso un surtidor de agua helada.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —va gritando Lucho al compás de la carrera, pero nada más que tres compañeros alcanzan a seguirlo y escapar del cerco galopante tendido en semicírculo por los soldados para encerrar a todos contra el río.

*

Por fin, la caballada de Illescas y sus choiqueros no puede dar un paso más. Diez Aguadas y su calamitosa secuela de sobrevivientes descansan durante dos días, hasta extinguir la aguada. Algunos heridos mueren, otros mejoran, se les unen varios dispersos y, sobre todo, gente y caballos consiguen volver a tenerse en pie. Terca, tenaz, empecinadamente, reanudan la marcha hacia el Neuquén. Ignoran que el jefe de la 4a. División, diligente, ya ha alertado a Saturnino Torres, jefe del otro batallón de choiqueros.

Ramblones, Julio 19 de 1879

*AL SEÑOR COMANDANTE EN JEFE DE LA 4A.
DIVISIÓN EXPEDICIONARIA AL RÍO NEGRO,
TENIENTE CORONEL DON NAPOLEÓN URIBURU*

El día 15, a las 10 de la mañana, recibí su carta del 13, y en el momento me moví con la fuerza a este punto.

Al día siguiente [16] desprendí comisiones en todas direcciones, buscando la rastrillada de los indios, y con una partida de 18 hombres, seguí una huella que cruzaba hacia la costa...

[S. Torres]

Pero ni la gente ni los animales han podido ingerir otra cosa que el agua turbia y salobre. Los caballos son insuficientes para transportar a los heridos, quienes obstan más el avance a medida que se debilitan. Y el hambre pesa demasiado. Ni siquiera la aparición de polvaredas sobre su rastro, que el trote de los perseguidores levanta sin precauciones sabiendo que la presa está inerme, alcanza para revertir la mortal lentitud con que se mueven.

—¡El Neuquén! —grita el primero que alcanza a divisar el río.

Pero cuando se acercan, la infranqueable barrera del caudal embravecido les destruye la fugaz ilusión.

Se detienen a beber. Diez Aguadas baja a José del caballo, lo arrastra hasta la orilla, llena su recipiente de aspa y se lo alcanza. Demolido por la marcha, el viejo traga el agua helada con ansia. Después agradece con una sonrisa que le naufraga en intento.

A dos pasos, Ciprés Oscuro, saciada la sed, se lava la herida del brazo.

—Hermano —le dice el jefe—, busca a Flor Caída y pídele que venga a curar a Viejo José.

Flor Caída no es *machi*, pero a sus años las mujeres de su raza saben mucho de curar. Puro pellejo y huesos, pero más fuerte que muchos varones, tiritando callada, la vieja se agacha y se atarea sobre la herida de José. Cuando termina, se para junto a Diez Aguadas, que descansa echado en la arena.

—Los *güinca* ya nos alcanzan. El río no se puede cruzar. ¿Nos harás matar a todos?

—A ustedes no han de matarlos. Me quieren a mí, y no me agarrarán vivo.

—Algunos caballos todavía sirven. Monta, vete río abajo y déjanos aquí. Tal vez hallemos algún paso río arriba.

La vieja calla y se aleja con enérgicos pasitos, dejando sin respuesta al azorado jefe. Pero la duda que le ha sembrado en la cabeza va creciendo, y llama a algunos hombres fieles.

—Los tenemos encima. Ustedes saben que no quiero entregarme, pero con toda esta gente hambrienta, herida y a pie no se puede. Si me quedo y peleo, matarán a muchos. Me voy solo.

—Voy contigo, hermano. Tengo en qué montar —dice Guanaco Veloz.

—Hay caballos para todos —dice un joven herido en la cabeza y un muslo.

—Claro. No somos tantos —dice Caballo Blanco.

Los restantes —Ciprés Oscuro y su hijo— no hace falta que digan nada.

—Descansamos un rato y partimos —acepta Diez Aguadas.

—No me dejarás aquí —dice José. El otro le mira los ojos afiebrados.

—Pero no podrás...

—Podré.

Los polvos escriben en el horizonte, para que lo lean los siete jinetes, un mensaje simple.

[...] dándoles alcance en la tarde a un grupo de 30 indios, en las juntas del río Agrío, los que fueron tomados.

De allí desprendí al sargento Ávila, en persecución de otro grupo que iba adelante por la costa del Neuquén abajo [...]

[S. Torres]

Azuzan los caballos, pero no logran pasar de un trotón arrastrado. José no va montado, sino de través, de bruces sobre el lomo afelpado con mantas. Pies y manos se le zangolotean entre la gruesa colcha terrosa que levantan los cascots, que también se va tragando el latigueante hilo de baba teñido de escarlata, único signo vital que desprende el cuerpo flácido.

La alucinada cabalgata atraviesa la noche interminable, y cruza la mañana apenas al tranquito. Atrás, ya bien visibles, han amanecido los perseguidores, que lenta, infatigablemente, acortan la distancia.

A los primeros tiros, las espuelas, en una bacanal de ijares ensangrentados, empujan un nuevo trecho de trote corto, pero ante la primera cuesta

los caballos sólo remontan unos pasos y empiezan a derrumbarse.

Uno de ellos atropella en tambaleante retroceso al de José, arrastrándolo por el declive. Tirado entre patas temblorosas de fatiga, apretándose la herida con ambas manos, el viejo respira anheloso, ahogado por la baba sanguinolenta, destruido por la fatídica fuga. Por entre una neblina turbia distingue como manchas borrosas a sus compañeros fugitivos que trepan arañando la cuesta. Escucha un grito cercano: “¡Tirenlen al que va primero!”. Y el trueno múltiple de los disparos rueda en ecos apagados.

Prendido a la pendiente como una garrapata, aturdido de escuchar su propio resuello desbocado, despellejándose las manos contra el filo de las piedras, enrojecidos los ojos de insomnio, Baigorrita porfía. Una sola obsesión le repleta hasta el mínimo resquicio del cerebro: “no me atraparán”. El sudor que le baja por el pescuezo se le mete, ya helado, bajo la golilla como buscando abrigo. Algo poderoso lo golpea y se desprende rodando por la bajada hasta que un peñasco grueso contiene su caída. Un dolor creciente atrae su mirada hacia el muslo. Lo ve como si fuera ajeno, destrozado por un balazo. Igual, intenta levantarse.

José, sacudido por una tos que lo desgarrar por dentro y le nubla más los ojos, nota que Diez Aguadas se mueve. Lo ve apoyarse en el peñasco, pugnando por levantarse, mientras los demás se encaminan a entregarse cuesta abajo. Oye gritar a

un soldado: “¡Vea, mi sargento! ¡Allá se escuende uno!”. Ve cómo el sargento levanta el fusil, apunta y dispara. Ve saltar el cuerpo de Diez Aguadas como un ratón golpeado por una piedra. “¡Huiiiijaja, mi sargento! ¡Lo hizo cagar nomás!”. Al verlo rodar de nuevo cuesta abajo, José intenta gritar, y apenas suelta una bocanada de sangre oscura. Escucha la orden del sargento: “Traiganlon pacá”.

Baigorrita, apretando los dientes, ve llegar a los soldados. La obsesión de no dejarse atrapar es desplazada de su cerebro por un odio que le asoma, denso y oscuro, por los ojos. “¡Mierda, qué...!” murmura uno, petrificado por esa mirada. “Qué lo parió”, susurra otro. “Serán gallinas, carajo. ¿No ven que está hecho mierda? Agarren la otra pata”, los increpa el más decidido, evitándole los ojos. Por fin lo arrastran a los tumbos como a un muñeco de trapo. Cuando llegan abajo está desmayado.

[...] los que fueron asaltados y tomados en la mañana siguiente [17], cayendo entre ellos Baigorrita...

[S. Torres]

Diez Aguadas ha quedado fuera del campo de visión de José, que para tratar de verlo rueda sobre sí mismo con enorme sufrimiento. Cae hacia el otro lado sin poder contrarrestar el peso de la cabeza. Con la coronilla apoyada en el suelo, logra ver con un ojo a Diez Aguadas. Lo han dejado muy cerca, tirado boca arriba como una piltrafa, con el brazo derecho casi arrancado desde el hombro y el muslo izquierdo en una torsión tal que el talón

apunta al cielo. Parece imposible que sangre tan poco. Han reunido a los prisioneros cerca, y aunque en su posición José no alcanza a verlos y ya no puede moverse, escucha el interrogatorio. El sargento pregunta por medio de un lenguaraz. “Preguntáles ande está Baigorrita”. “El *sargento* pregunta dónde está Diez Aguadas”. Silencio. “¡Contesten, carajo, o los ajusilo a todos!”. “Dice que si no hablan los hará matar con *chralca*”. Silencio. “¡A ver, vos, y vos, y vos, formen pelotón! ¡Preparen!”. Deslizamientos y chasquidos metálicos. “¡Apunten!”. “El herido es Diez Aguadas”. “Mi sargento, éste dice que aquél es Baigorrita”. “Descansen”. El sargento entra en el campo visual de José. A paso muy lerdo se acerca a Diez Aguadas y se queda mirándolo en silencio. Recién cuando está seguro de que ha recobrado la lucidez le habla. “Ansina que habías sido vos el famoso Baigorrita. Ahura no parecés tan guapo, ¿eh? Parece que cagaste fuego”. Pero en seguida Baigorrita le clava los ojos, y el sargento, incapaz de sostener esa mirada terrible, gira sobre sus talones y encara a sus hombres con el rostro descompuesto. “¡¡Mátenlo!!”. “Pero. sargento Ávila, no podemos...”. Los ojos se le han nublado del todo a José, pero sigue escuchando ese diálogo que parece un delirio de la fiebre. “¡Usted puede, soldao! ¡Esta sabandija no se quiso rendir, y tuvimos que matarlo!”

[...] *éste había sido herido al tomarlo, y falleció ayer*
[18] *en el camino [...]*

Saturnino Torres

Antes de ahogarse para siempre, José alcanza a escuchar: “¡Zabala, Amarante, Faría: mátenlo! ¡Es una orden!”

Campamento en Los Ramblones, julio 21 de 1879

Al señor comandante en jefe de la 4a. División Expedicionaria al Río Negro, teniente coronel don Napoleón Uriburu.

Anoche recién se me han incorporado las comisiones que tenía fuera del campamento, haciendo la policía en el campo. Se han tomado 30 prisioneros más, dejando 2 muertos, con los que hacen un total de 92 prisioneros y 7 muertos [...]

Aún espero tomar más indios, pues se ven en el campo muchas huellas de grupos que huyen sin rumbo [...]

Saturnino Torres

APÉNDICE

En este Apéndice he reunido cierta cantidad de información y algunas explicaciones de carácter extraliterario. Lo presento claramente separado para que el lector interesado sólo en el aspecto narrativo pueda obviarlo. Como es posible que alguien se interese por conocer algo más acerca de la problemática en la cual se inserta la obra, a ellos está destinada esta sección, dividida en seis apartados.

1. ADVERTENCIAS

En la novela, he diferenciado con *bastardilla* dos tipos de texto: 1) todas las citas textuales; 2) los términos o expresiones en lengua distinta a la del discurso en que están insertos, esté o no traducido dicho discurso; así, en la traducción castellana de diálogos en *mapudungu* aparecen en *bastardilla* las palabras que el hablante utiliza en castellano, deformadas o no.

La profusión de términos *mapuche* intercalados en el texto no responde a capricho ni a pintoresquismo. Se trata de expresiones que no tienen cabal traducción en nuestra lengua, o que traducimos de modo antojadizo. A título de

ejemplo: *ruca* es una vivienda, no un ‘toldo’; ‘cacique’ es una expresión exótica, y ‘capitanejo’ es peyorativa.

En mi opinión, nuestra ‘h’ escrita pero no hablada es un trasto inútil, mucho más para significar articulación de sonidos que nosotros no utilizamos. La gran cantidad de vocablos del *mapudungu* que incorporan los diptongos ‘ua’, ‘ue’ y ‘ui’ constituye, para mí, una molesta espina y, aunque me hubiera gustado escribirlos sin ‘h’, así como sueñan, me ha faltado coraje. En cambio, he suplido ‘hua’, ‘hue’, ‘hui’ por ‘gua’, ‘güe’, ‘güi’. Por lo demás, he seguido la propuesta de Esteban Erize de reemplazar ‘th’ o ‘tr’ por ‘chr’ para representar ese sonido tan especial.

He optado por dejar sin traducir el nombre *choique* del ‘avestruz’ o ‘ñandú’ porque así se sigue llamando en la región y no se me antojan adecuadas ni la denominación foránea ni la guaraní que se ha oficializado.

A contrapelo de la tradición en la materia, he preferido presentar los nombres de los personajes, así como los toponímicos, en versión española. Y como me he tomado la licencia de interpretarlos con un criterio libérrimo, creí prudente volcarlos en el apartado 3) con la respectiva forma original *mapuche*.

2. VOCABULARIO DE TÉRMINOS MAPUCHE

UTILIZADOS EN EL TEXTO

amuchimai: saludo al despedirse.

ancagüinca: *anca*: mitad; *güinca*: el hombre blanco. Medio cristiano, mestizo de ambas razas.

Anünguer: *anün*: sentado; *nguer*: zorro. Zorro Sentado.

avpin: he dicho.

chachai: papito.

chadi: sal.

che: gente.

Chanluí: alteración de San Luis.

Charmienchro: alteración de Sarmiento.

chilca: carta o papel escrito.

Choique o *cheuque*: es el ñandú o avestruz americano, en cualquiera de sus dos especies, el pampeano y el petizo, andino o patagónico.

chralca: trueno; por extensión, fusil o arma de fuego.

chrarilonco: *chrarin*: ceñir, atar; *lonco*: cabeza. Adorno de plata femenino que cubre la cabeza.

chravun: reunión, junta, parlamento, asamblea.

chregua: perro.

co: agua, aguada.

Cochicó: *cochi*: dulce; *co*: agua. Agua dulce. Mal usado en los textos, sin embargo, porque allí se refiere en realidad a *cùchico*, de *cùchi*: cierta mariposita, y *co*: agua. Agua de (o Aguada de las) Mariposas.

coligüe: caña típica de la selva noroccidental patagónica, usada por los pueblos autóctonos para construir sus lanzas de hasta 6 metros de largo; hoy se utiliza para hacer cañas de pescar (*chusquea culen*).

colü: colorado en sentido muy amplio, pues abarca bermejo, bayo, rubio, ocre, etc.

cona: guerrero, soldado, lancero, hombre de pelea. En realidad, era *cona* todo adulto no impedido.

concho: pariente optativo por amistad, no consanguíneo.

Cumelaw: *cume*: bueno; *lagüen*: remedio, hierba curativa. Buen Remedio.

Garchía: alteración de García.

guaca: alteración de vaca.

gualichu: entidad maligna, responsable de todos los males y daños. General e impropriamente, se traduce como ‘diablo’.

güecuvu: especie de genio del mal; también mal traducido como ‘diablo’.

Güenusai: Buenos Aires.

güilliche: *güilli*: sur; *che*: gente. Gente del sur.

güinca: extranjero; la costumbre lo acotó al blanco o ‘cristiano’.
güincachregua: *guinca*: blanco; *chregua*: perro.
gülmen: señor principal, jefe de tribu, ‘cacique’.
Lacha: a veces también El Hacha. No pude descifrar su significado.
lape: exclamación; significa ¡que muera!, ¡a matar!
Lewucó: *leuvú*: río, arroyo; *co*: agua. Agua que Corre.
lonco: cabeza; por extensión, jefe.
loncotun: deporte violento consistente en tratar de derribarse asiéndose mutuamente del cabello.
machi: médico/a, mediador/a con las fuerzas ocultas.
mai: sí, afirmación.
malon: invasión a poblaciones enemigas por razones punitivas o para saquear.
mapu: tierra, región, territorio, país.
mapuche: gente de la tierra, nativos (los que llamamos *araucaños*).
mapudungu: la lengua de la tierra.
mari: diez.
marimari: saludo al encontrarse.
Martín Garchía: *Garchía*: alteración de García; Martín García.
melipal: *meli*: cuatro; *pal*: ciertas estrellas. La Cruz del Sur.
Mendoza: alteración de Mendoza.
Merchede: alteración de Mercedes. La ciudad de Villa Mercedes.
mevuta: marido.
Ngoché: alteración de José.
Nguana: alteración de Juana.
Nguerenaln: *nguer*: zorro; *naln*: batallar, pelear. Zorro Batallador.
ofichal: alteración de oficial.
pegüen: araucaria.
pegüenche: gente de la región de la araucaria.
peñi: hermano.
picunche: *picun*: norte; *che*: gente. Gente del norte.

pilin: helada, escarcha.
pillañ: ánima de los antepasados; genéricamente, entes benévolo y protectores para el hombre.
pruloncon: exclamación victoriosa levantando la cabeza enemiga en la moharra.
pugüinca: los blancos.
quechucan: juego del cinco.
Rachedo: alteración del apellido del coronel Eduardo Racedo.
rancülche: *rancül*: carrizo; gente de los carrizos (vulgo 'ranqueles').
reminchron: alteración del nombre del fusil Remington.
ruca: casa, toldo, vivienda.
uüdanpeñi: *uüdan*: separarse, dividirse; *peñi*: hermano; hermanos de diferente madre.
uünca: recipiente de cuero para transportar agua.
vuta: grande, anciano, mayor.
vutacolüguaca: *vuta*: grande; *colu*: colorado; *guaca*: vaca. Gran vaca colorada.
Vuta Ngoché: *vuta*: viejo; *Ngoché*: alteración de José. Viejo José.

3. NOMBRES DE PERSONAS Y TOPÓNIMOS EN LA LENGUA DE LA TIERRA

Acecha la Puma Gris: *Llovtuidomochrapial*; *llovtui*: acecha; *domo*: hembra, mujer; *chrapial*: puma gris (*puma concolor*), que diferenciaban con este nombre del rojizo *pangui* de la misma especie.
 Agua Arremolinada: *Meuco*; *meu*: remolino; *co*: agua, aguada.
 Agua de Mara: *Maracó*; *mara*: roedor mal llamado 'liebre' patagónica (*dolichetis patagónica*); *co*: agua, aguada.
 Agua de Mariposas: *Cüchicó* (y no *Cochicó*: Agua Dulce); *cüchi*: ciertas maripositas; *co*: agua, aguada.

- Agua del Carrizal: *Rancüllco*; *rancüll*: carrizo; *có*: agua, aguada.
- Agua Grande: *Vutacó*; *vuta*: grande; *có*: agua, aguada.
- Agua que Baja: *Nagnco* (*Naincó*, *Aincó*): *nagn*: bajar; *co*: agua, aguada.
- Agua que Corre: *Leuvucó*; *leuvú*: río, arroyo, corriente de agua; *co*: agua.
- Águila Azul: *Callvucalquin*; *callvú*: azul; *calquín*: Águila (*pontocetus melamoleucus*)
- Aguilucho Negro: *Curüñam*; *curü*: negro; *ñam*, de *ñamcu*: aguilucho (*buteo erithronotus*, *buteo polisoma*).
- Aluvión: *Manguin* (*Mangin*, *Magnin*).
- Armadillo Juan: *Güetelnguan*; *güetel*: armadillo (mulita, *tatús hybridus*); *Nguan*: alteración de Juan.
- Arroyo Negro: *Curüleuvú*; *curü*: negro; *leuvú*: río, arroyo.
- Atrás del Río: *Vurileuvú*; *vuri*: atrás, detrás; *leuvú*: río, arroyo.
- Avecilla Mansa: *Ñomdomocollma*; *ñom*: manso; *domo*: hembra, mujer; *collma*: el ave que empluma y aún no vuela.
- Avutarda Desplumada: *Lüpitivedomopiuqueñ*; *lüpituve*: desplumado; *domo*: hembra, mujer; *piuqueñ*: avutarda (*bernicla melanoptera*).
- Batallón de Jaguares: *Linconao*; *linco*: tropa, ejército; *nao*, de *nahuel*: jaguar (*felis onca*).
- Batallón de Pumas: *Lincopan*; *linco*: tropa, ejército; *pan*, de *pangui*: puma (*felis concolor*).
- Buen Remedio: *Cumelau* (*Cumilao*); *cume*: bueno; *lau*, de *lagüen*: hierbas medicinales, remedio.
- Buscadora de Palomas: *Quintundomocoñu*; *quintun*: buscar; *domo*: hembra, mujer; *coñu*: paloma torcaz (*zenaida auriculata*).
- Caballo Blanco: *Ligcagüel*; *lig*: color blanco; *cagüel*: alteración de caballo.
- Cabeza Amarilla: *Yodlonco*; *yod*: color amarillo; *lonco*: cabeza.

- Cabeza de Pedernal: *Loncoqueu* (*Loncoqueo*); *lonco*: cabeza; *queu*, de *queupu*: pedernal.
- Cabeza Partida: *Chrüranlonco*; *chrüran*: partido; *lonco*: cabeza.
- Camina Distinto: *Amuiyümquelu*; *amui*: camina; *yümquelu*: de otra manera.
- Carrizal Tupido: *Rancüll long* (*Ranquilón*); *rancüll*: carrizo; *long*: tupido.
- Celeste: *Painé*.
- Cerro de Cobre: *Payenhuincul*; *payén*: cobre; *huincul*: cerro, loma, colina.
- Cerro de Piedra Mineral: *Mayalhuincul*; *mayal*: piedra mineral; *huincul*: cerro, loma, colina.
- Chimango Grande: *Vutachriuque*; *vuta*: grande; *chriuque*: chimango (*polyborus chimango*).
- Chingolo: *Chincol*, españolizado como chingolo (*zonotrichia capensis argentina*).
- Choique de Oro: *Millacheu* (*Millacheo*); *milla*: oro; *cheu*, de *cheuque* o *choique*: el ñandú o avestruz americano (*rhea americana* y *rhea darwini*).
- Choique Pelado: *Laucacheu* (*Laucacheo*); *lauca*: pelado, calvo; *cheu*, de *cheuque* o *choique*: el ñandú o avestruz americano (*rhea americana* y *rhea darwini*).
- Ciprés en el Deslinde: *Lencuel*; *len*: ciprés (*austrocedrus chilensis*); *cuel*: deslinde.
- Ciprés Muerto: *Lalenlen*; *lalen*: estar muerto; *len*: ciprés (*austrocedrus chilensis*).
- Ciprés Oscuro: *Dumiñlen*; *dumiñ*: oscuridad, tiniebla; *len*: ciprés (*austrocedrus chilensis*).
- Como el Puma: *Panguichrür*; *pangui*: puma (*felis concolor*); *chrür*: cosa idéntica; igual.
- Cóndor Apartado: *Udalman*; *üdalen*: dividido, apartado; *man*, de *mañque*: cóndor (*vultur griphus*).
- Cóndor de Pedernal: *Mañqueu* (*Manqueo*); *mañque*: cóndor (*vultur griphus*); *queu*, de *queupu*: pedernal.

- Cuatro Machos: *Meligüen*; *meli*: cuatro; *güen*, de *güenchru*: macho, varón.
- Cuatro Pedernales: *Meliqueu* (*Meliqueo*); *meli*: cuatro; *queu*, de *queupu*: pedernal.
- Diez Aguadas: *Maricó*; *mari*: diez; *co*: agua, aguada.
- Diez Cuentas: *Marillan*; *mari*: diez; *llan*, de *llanca*: cuenta de collar.
- Diez Pedernales: *Mariqueu* (*Mariqueo*); *mari*: diez; *queu*, de *queupu*: pedernal.
- Donde Hay Divisadero: *Poitagüé*; *poita*: divisadero, atalaya; *güe*: lugar donde hay algo.
- Dos Zorros: *Epunguer* (*Epúmer*, *Epugner*); *epu*: dos; *nguer*: zorro (*vulpes vulpes*).
- El Gaviotal: *Chillgüé* (*Chilihué*); *chille*: gaviota (*larus rudi-bundus maculipennis*), también llamada *caleucaleu* (onomatopéyico); *güe*: lugar donde hay.
- El que Olvida: *Ngoicün* (*Goise*, *Goico*): olvidar.
- Feliciano: figura en los documentos con este nombre español.
- Flamenca Alegre: *Ayüundomopichral*; *ayüun*: alegre; *domo*: hembra, mujer; *pichral*: flamenco (*phoenicopterus rubus*)
- Flor Caída: *Laraigüen*; *lar*: cosa caída; *raigüen*: flor.
- Flor de Luna: *Raicüyen*; *rai*, de *raigüen*: flor; *cüyen*: luna.
- Fortuna: en documentos no hay otro nombre que éste.
- Garza Dorada: *Milladomoguaquen*; *milla*: oro, dorado; *domo*: hembra, mujer; *guaquen*: garza amarilla (*syrigma sibilatrix*).
- Gran Sierra Nevada: *Vutapiremagüida*; *vuta*: grande; *pire*: nieve; *magüida*: sierra, montaña. La Cordillera de los Andes.
- Gran Vaca Colorada: *Vutacolüguaca*; *vuta*: grande; *colü*: colorado, bermejo, ocre, etc.; *guaca*: alteración de vaca.
- Guanaco Veloz: *Neculuan*; *necul*: veloz; *luan*: guanaco (*auchenia huanacus*).
- Guanaco Verde: *Cariluan*; *cariü*: verde; *luan*: guanaco (*auchenia huanacus*).

- Güenusai: alteración de Buenos Aires.
- Gusano de Oro: *Millapi*; *milla*: oro, dorado; *pi*, de *piru*: gusano.
- Isla Adentro: *Guaminí*; *guapi*: isla; *minu*: adentro, abajo.
- Jaguar Azul: *Callvunau* (*Calfunao*, *Calfuman*); *callvu*: azul; *nau*, de *nagüel*: jaguar (*felis onca*).
- Jaguar Colorado: *Colünau* (*Colunao*); *colü*: colorado, bermejo, ocre, etc.; *nau*, de *nagüel*: jaguar (*felis onca*).
- José Chico: *Pichingoché*; *pichi*: cosa chica, pichón, pequeño; *ngoché*: alteración de José.
- Juntaba Copos de Nieve Desparramados: *Piñitunquepivui*; *piñi*: copo de nieve; *tunquepivui*: juntaba lo desparramado.
- Lago Grande: *Vutalauquen*; *vuta*: grande; *lauquen*: lago, laguna, mar.
- Laguna de las Brumas: *Urrelauquen*; *urre*: niebla, bruma; *lauquen*: lago, laguna, mar.
- Laguna del Cuero: *Chrelquelauquen*; *chrelque*: cuero; *lauquen*: lago, laguna, mar.
- Laguna del Guanaco: *Luanlauquen*; *luan*: guanaco (*auचना huanacus*); *lauquen*: lago, laguna, mar.
- Laguna Redonda: significado atribuido por varios autores a *Trenquelauquen* (*trenque* sería alteración de *chrùngùd*: cosa redonda).
- Lanza Dorada: *Millaguaiqui*; *milla*: oro, dorado; *guaiqui*: lanza.
- Lengua Amarga: *Vurequeuìn*; *vure*: amargo; *queuìn*: lengua.
- Lengua Veloz: *Neculqueu* (*Neculqueo*); *necul*: veloz; *queuìn*: lengua.
- Lomo Blanco: *Liguygolngor*; *lig*: color blanco; *huigolngor*: lomo.
- Loro Barranquero: *Chrùcau* (*cyanoliseus cyanalysios*).
- Loro Triste: *Ladcünchanqui*; *ladcün*: estar triste; *chanqui*: loro (*conorus cyanalysios*)
- Los del Este: *Pupuel*; *pu*: partícula plural; *puel*: este, naciente. También *Epupuel*; *epu*: dos; Dos al Este.

- Lucho: apodo de Luis Baigorria, hermano de Baigorrita. No conozco su nombre *mapuche*.
- Luciano: figura en los documentos con este nombre.
- Médano Amenazante: *Añemlo (Añelo)*; *añem*: amenaza; *lo*: médano.
- Nariz de Mujer: *Domoyüu (Domuyo)*; *domo*: hembra, mujer; *yüu*: nariz.
- Negro Tapado: *Tapayu*, alteración de tapado, utilizado para describir el pelaje equino oscuro tapado, es decir, completamente negro.
- Ojos Caídos: *Larngue*; *lar*: cosa caída; *ngue*: ojo.
- Ojos Inquietos: *Üñangué*; *üñan*: inquieto; *ngue*: ojo.
- Orador en Funeral: *Quimchao (Quinchao)*; nombre *mapuche* del jefe Peñaloza.
- Oreja Verde: *Carüpilun (Carripilún)*; *carü*: color verde; *pilun*: oreja.
- Oscuro Tapado: ver Negro Tapado.
- País de las Sombras: *Algüemapu*; *algüe*: la persona muerta, su ánima; *mapu*: tierra, país, región. Adonde van los muertos.
- País de los Jaguares: *Nagüelmapu*; *nagüel*: jaguar (felis onca); *mapu*: tierra, región, país.
- Pasto Verde: *Carücachu*; *carü*: color verde; *cachu*: pasto, hierba.
- Pata de Piedra: *Namuncura*; nombre del gran jefe de Salinas Grandes, sucesor de su padre *Callvucurá* (Piedra Azul). Ha sido traducido como Pie de Piedra, Talón de Piedra, Garrón de Piedra. Como en *mapudungu* parece no haber diferencia entre el miembro usado para caminar por animales o humanos (*namun*), he preferido ‘pata’.
- Pecho Colorado Chica: *Pichidomoloica*; *pichi*: cosa chica, pichón; *domo*: hembra, mujer; *loica*: pecho colorado (*pezites defilipii*, *pezites militari*).
- Pedernal Cristalino: *Auliñqueu (Alinqueo)*; *auliñ*: cristalino; *queu*, de *queupu*: pedernal.

- Pedernal Dorado: *Millaqueu* (*Millaqueo*); *milla*: oro, dorado; *queu*, de *queupu*: pedernal.
- Pequeño Caldén: *Pichigüichru* (*Pichintrú*); *pichi*: cosa chica; *güichru*: caldén (*prosopis Algarrobilla*), árbol sagrado para los *mapuche*.
- Perra Cautiva: *Tavaico domochregua*: *tavaico*: cautivo; *domo*: hembra, mujer; *chregua*: perro.
- Piedra Azul: *Callvucura* (*Calfucurá*); *callvu*: azul; *cura*: piedra; el más grande jefe de las llanuras, organizador de la Confederación de tribus pampeanas.
- Piedra Mineral: *Mayal*.
- Pluma Pequeña: *Pichuñ*; las plumitas del plumón.
- Pluma Verde: *Carülupi*; *carü*: color verde; *lupi*: pluma.
- Plumón de Macá: *Pichuñguala*; *pichuñ*: plumón; *guala*: el zambullidor llamado macá (*podiceps dochomonforus*).
- Rachedo: alteración del apellido del coronel Eduardo Racedo.
- Refulgente Lucero de la Tarde: *Güilùvnguepun*; *güilùv*: brillante, resplandeciente; *nguepun*, de *ngue*: ojo, y *pun*: oscuridad nocturna; 'ojo de la noche', nombre del lucero vespertino.
- Renacuajo Chico: *Pichicolchau*; *pichi*: chico; *colchau*: renacuajo.
- Renacuajo Verde: *Carücolchau*; *carü*: color verde; *colchau*: renacuajo.
- Río Agrio: *Muchrülewu* (*Mucunlewú*); *muchrü*: agrio; *lewu*: río, arroyo.
- Río Colorado: *Colülewu*; *colü*: colorado, bermejo, ocre, etc.; *lewu*: río, arroyo.
- Río de Sol: *Antüleu* (*Anteleo*); *antü*: sol; *leu*, de *lewu*; río, arroyo.
- Río del Firmamento: *Güenulewú*; *güenu*: lo alto, el cielo; *lewú*: río, arroyo; así llamaban a la Vía Láctea.
- Río Negro: *Curülewu*; *curü*: color negro; *lewu*: río, arroyo.
- Río Pedregoso: *Curalewu* (*Curaleo*); *curá*: piedra; *lewu*: río, arroyo.

- Río Salado: *Chadilewvu*; *chadi*: sal; *lewvu*: río, arroyo.
- Roca Chico: *Pichiroca*; *pichi*: chico; así diferenciaban al Tcnl. Rudecindo Roca de su hermano Julio Argentino.
- Ruido de Oro: *Taiquimilla* (*Taquimilán*); *taiqui*: hacer ruido; *milla*: oro.
- Salinas Grandes: *Vutachadigüe*; *vuta*: grande; *chadi*: sal; *güe*: lugar donde hay algo.
- Seis Cuernos; *Cayumütang*; *cayu*: seis; *mütang*: cuerno, asta.
- Seis Pumas: *Cayupan*; *cayu*: seis; *pan*, de *pangui*: puma (*felis concolor*).
- Sierra Arisca: *Aucamagüida*; *auca*: rabelde, alzado, bagual; *magüida*: sierra, montaña.
- Sierra del Guanaco: *Luanmagüida*; *luan*: guanaco (*auचना huanacus*); *magüida*: sierra, montaña.
- Sierra del Pecarí: *Sañumagüida*; *sañue*: pecarí, chancho silvestre; *magüida*: sierra, montaña.
- Sierra Reverberante: *Ligüencalelmagüida* (*Lihuelcael*); *ligüen*: claridad, resplandor, reverbero; *cael*: cosa informe; *magüida*: sierra, montaña.
- Sitio Verde: *Carügüe* (*Carhuê*); *carü*: verde; *güe*: lugar.
- Tierra del Monte: *Mamüllmapu*; *mamüll*: árbol, bosque, madera, leña; *mapu*: tierra, país, región.
- Torcaz Hermosa: *Chremodomocoñu*; *chremo*: sano, hermoso; *domo*: hembra, mujer; *coñu*: paloma torcaz (*zenaida auriculata*).
- Torito Bravo: *Pichitorocheuül*; *pichi*: cosa chica, pichón; *toro*: (tomado del español); *cheuül*: bravo.
- Uña de Puma: *Güilipan*; *güili*: uña; *pan*, de *pangui*: puma (*felis concolor*).
- Vale Por Ocho: *Purrán*; *purra*: ocho; *n*: verbalizante, ser.
- Venadito Abandonado: *Ügüepichichruli*; *ügüe*: solitario, abandonado; *pichi*: cosa chica, pichón; *chruli*: venado (*ozotoceros bezoarticus*).

- Venado Chico: *Pichichruli*; *pichi*: cosa chica, pichón; *chruli*: venado (*ozotoceros bezoarticus*).
- Vertiente Venenosa: *Chralatugüe* (*Tralatué*); *chra*: vertiente; *latugüe*: planta venenosa (*lycioplesium puberulum*).
- Viejo José: *Vutangoché*; *vuta*: grande, viejo; *Ngoché*: alteración de José.
- Viniendo Hacia Acá: *Payeiauuñ* (*Payeirán*); *pa*: hacia acá; *yeiauuñ*: trasladar.
- Volaba Planeando de Otro Modo: *Ilùvuiyümquelu*; *ilùvui*: volaba planeando; *yümquelu*: diferente, de otro modo.
- Yegua Indómita: *Aucacheuùl*; *auca*: alzado, bagual, yegua; *cheuùl*: bravo.
- Volcán Nublado: *Chromüdegüiñ* (*Tromen*); *chromü*: nubes, nuboso; *degüiñ*: volcán.
- Zorro Batallador: *Nguerenaln* (*Guerenal*, *Querenal*); *nguer*: zorro (*vulpes vulpes*); *naln*: batallar, pelear.
- Zorro Celeste: *Painenguer*; *paine*: celeste; *nguer*: zorro (*vulpes vulpes*).
- Zorro Igual al Puma: *Panguichrürnguer* (*Paguitruz Gúor*); *pangui*: puma (felis concolor); *chrür*: cosa idéntica, pareja; igual; *nguer*: zorro (*vulpes vulpes*).
- Zorro Lancero: *Guaiquinguer*; *guaiqui*: lanza; *nguer*: zorro (*vulpes vulpes*).
- Zorro Macho: *Güenchrunguer* (*Huenchugner*); *güenchru*: macho, varón; *nguer*: zorro (*vulpes vulpes*).
- Zorro Sentado: *Anünguer* (*Anegner*, *Anener*); *anün*: sentarse; *nguer*: zorro (*vulpes vulpes*).

4. PUBLICACIONES DE LAS QUE TRANSCRIBÍ FRAGMENTOS A MI TEXTO

- ÁLVAREZ, Gregorio: *El tronco de oro*, 1968.
- DEIBE, Hernán: *Canciones de los indios pampas*, El Ateneo, Bs. As. 1946.

- Diario *La Patria*, de Dolores.
- Diario *La Prensa*, de Bs. As.
- OLASCOAGA, Tcnl. Manuel J., *Estudio topográfico de La Pampa y Río Negro*, Eudeba, Bs. As. 1974.
- PASTOR, Reynaldo A., *La guerra contra el indio en la jurisdicción de San Luis*, Bibl. Soc. de Hist. Arg., Bs. As. 1942.
- PIANA, Ernesto L., *Toponimia y Arqueología del S. XIX en La Pampa*, apéndice epistolar, Eudeba, Bs. As. 1981.
- RACEDO, Cnel. Eduardo, *La conquista del desierto*, Pampa y Cielo, Bs. As. 1965.
- TAMAGNINI, Marcela: *Cartas de la frontera*, U.N. de Río Cuarto, 1994.

5. BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Como es obvio, la cantidad de materiales relacionados con el tema que he debido leer es copiosísima. Corro el riesgo inevitable de la arbitrariedad al seleccionar esta nómina de publicaciones que me parecen especialmente significativas por diversos motivos.

Libros y artículos:

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA: *Congreso Nacional de Historia sobre la conquista del desierto* (CNHSCD), B.A. 1980, 4 tomos.
- ÁLVAREZ, Gregorio: *El tronco de oro*, 1968.
- AVENDAÑO, Santiago: *Usos y costumbres de los indios de la Pampa (Recopil. del P. Meinrado Hux)*, El Elefante Blanco, B.A. 2000.
- Memorias del ex cautivo...* (v. Hux, Meinrado).
- BAIGORRIA, Manuel: *Memorias*, Solar-Hachette, B.A. 1975.

- BARBARA, Federico (Tcnl): *Manual de la lengua pampa*, Emecé, B.A. 1944.
- BECHIS, Martha: *Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el S. XIX: ¿autoridad o poder?*, mimeo, 1989.
- BENIGAR, Juan: “Creencias araucanas”, opúsculo en ÁLVAREZ, Gregorio, op. cit. Y ojalá pudiera mencionar algo de sus cerca de **trescientos** pequeños volúmenes manuscritos sobre temas *mapuche* que permanecen inéditos (y terminarán por perderse algún día, si no sucedió ya).
- BEST, Félix: *Historia de las guerras argentinas*, 2 T, Peuser, B.A. 1960.
- BRIONES DE LANATA, Claudia y otro: “Che kimín. Un abordaje a la cosmo-lógica mapuche”, *Runa* Nro. 15.
- CANALS FRAU, Salvador: *Las poblaciones indígenas de la Argentina*, Sudamericana, B.A. 1973.
- CLIFTON GOLDNEY, Adalberto: *El cacique Namuncurá*, Huemul, B.A., 2a. Ed. 1964.
- CRIVELLI MONTERO, E.A.: “Malones: ¿saqueo o estrategia?”, en *Todo es historia* Nro. 283, 1/91.
- CURRUHUINCA-ROUX: *Las matanzas del Neuquén*, Plus Ultra, 3a. Ed. correg. 1984.
- DAZA, José S. (Cnel): *Episodios militares*, Eudeba 1975.
- DEIBE, Hernán: *Canciones de los indios pampas*, El Ateneo, B.A. 1946.
- DEUS, Lorenzo: “Memorias de..., cautivo de los indios”, *Todo es historia* Nros. 215 y 216, 3 y 4/85.
- ERIZE, Esteban: *Mapuche*, 6 Tomos, Yepun, B.A. 1987-1990.
- FLURY, Lázaro: *Güiliches. Tradiciones, leyendas, apuntes gramaticales y vocabulario de la zona pampa-araucana*, Univ. de Cba. 1944.
- GARRA, Lobodón (Liborio Justo): *A sangre y lanza*, Anaconda, B.A. 1969.
- GRESLEBIN, Héctor: “Interrogatorios ranquelinos”, *Cuadernos del INA* No. 2, B.A. 1961.

- GUEVARA, Tomás: *Psicología del pueblo araucano*, T. IV de *Historia de Araucanía*, Sgo. de Chile 1911.
- , *La mentalidad araucana*, T VIII de *Historia...* (cit.).
- GUIDO, Horacio: “El menú del desierto”, *Todo es historia* Nro. 12, 4/68.
- GUINNARD, A.M.: *Tres años de cautividad entre los patagones*, Eudeba, B.A. 1961.
- GUTIERREZ GALLARDO, Juan: “Baigorrita”, en *Leyendas de Cuyo*.
- HUX, Meinrado (P): *Coliqueo, el indio amigo de Los Toldos*, Eudeba, B.A. 1978.
- , *Caciques pampa-ranqueles*, Marymar, B.A. 1991.
- , *Caciques pehuenches*, Marymar, B.A. 1991.
- , *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*, El Elefante Blanco, B.A. 1999.
- , Información epistolar directa.
- LANDABURU, Roberto E.: “La cautiva francesa de Baigorrita”, ponencia a las *Segundas Jornadas de historia y cultura ranquelinas*, Santa Rosa, 1994. (Gentileza Dr. Rojas Lagarde).
- LEVY BRUHL, Lucien: *La mentalidad primitiva*. Leviatán, B.A. 1957.
- MANDRINI, Raúl J.: “La base económica de los cacicatos araucanos del actual territorio argentino (S. XIX)”, *IV Jornadas de historia económica. Vaquerías*. Córdoba 1984.
- , “La sociedad indígena de las pampas en el S. XIX”, en Lischetti (comp), *Antropología*, Eudeba 1a. ed. 1987.
- , “La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (S.XVIII y XIX)”, *Anuario IEHS* Nro. 1, Tandil 1986.
- , “Frontera y relaciones fronterizas en la historiografía argentino-chilena”, mimeo, B.A. 1990.
- MANDRINI, Raúl J. y ORTELLI, Sara: *Volver al país de los araucanos*, Sudamericana, B.A. 1992.

- MANSILLA, Lucio V.: *Una excursión a los indios ranqueles*, ed. varias.
- MARTINEZ SARASOLA, C.: *Nuestros paisanos los indios*, Emecé, B.A. 1992.
- MASES, Enrique W.: "Consecuencias socio-económicas de la conquista del desierto (pampas y ranqueles en la industria azucarera tucumana 1878-9)", *Cuadernos de historia regional*, Vol. IV No. 10, Univ. de Luján-Eudeba, 12/87.
- MAYOL LAFERRERE, C.: "Crónica ranquelina de Mariano Rosas", *Todo es historia* Nro. 130, 3/78.
- MOESBACH, Ernesto Wilhem de (P): *Voz de Arauco*, Imp. San Francisco, Valdivia 1953.
- MUÑIZ, Rómulo: *Los indios pampas*, Edit. Bragado, B.A. 1966.
- OLASCOAGA, Manuel J. (Tcnl), *Estudio topográfico de La Pampa y Río Negro*, Eudeba, Bs. As. 1974.
- PALERMO, Miguel A.: "Prólogo" a *Una excursión...*, de Mansilla, Tomo 1, 2a. ed. CEAL, B.A. 1980.
- , "Reflexiones sobre el llamado 'complejo ecuestre' en la Argentina", *Runa* V. XVI, 1986.
- , "La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos. Génesis y procesos", *Anuario IEHS* Nro. 3, Tandil, 1988.
- PASTOR, Reynaldo A.: *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis*, Bibl. Soc. de Hist. Arg., B.A. 1942.
- PECHMAN, Guillermo (Tcnl): *El campamento (1878)*, Eudeba, 1980.
- PIANA, Ernesto L., *Toponimia y Arqueología del S. XIX en La Pampa*, Eudeba, Bs. As. 1981.
- POLICIA FEDERAL ARGENTINA: *Cuestión de indios*, Bs. As., 1979.
- PONCELA, Josefa: *La cumbre de nuestra raza*, Santa Rosa, 1942.

- RACEDO, Eduardo (Gral): *La conquista del desierto. Memoria militar y descriptiva de la 3a. Div. expedicionaria*, Pampa y Cielo, B.A. 1965.
- ROSAS, Juan Manuel de: *Gramática y diccionario de la lengua pampa*, Theoría, B.A. 1995.
- SAN MARTIN, Félix: *Neuquén*, Fondo Editorial Neuquino, ed. facs. Neuquén 1991.
- SOMMI, Luis V.: "Presentación" a *Painé*, de Zeballos, Eudeba 1964.
- TAMAGNINI, Marcela: *Cartas de frontera*, UN Río Cuarto, 1995.
- TORRES IBÁÑEZ, M.C.: "Pichí-Calquín", en *Biblioteca del Suboficial* Nro. 22, 1924.
- TRIVERO, Alberto: *Mapudungun-Español*, Mondoví (Italia) 1998, en <http://www.soc.uu.se/mapuchel/>, *Ñuque Mapu*, revista del Centro de Documentación Mapuche en Internet.
- VULETIN, Alberto: *La Pampa. Grafías y etimologías toponímicas aborígenes*, Eudeba, B.A. 1972.
- WALTHER, Juan Carlos (Cnel.): *La conquista del desierto*, Círculo Militar, 2a. ed. B.A. 1964.
- YUNQUE, Alvaro: *Cal Tucurá*, A. Zamora, B.A. 1956.
- ZEBALLOS, Estanislao S.: *La conquista de 15.000 leguas (1878/79)*, Hachette, B.A. 1958.
- , *Callvucurá y la dinastía de los piedra*, Hachette, B.A. 1954.
- , *Painé y la dinastía de los zorros*, Eudeba, B.A. 1964.

Publicaciones periódicas:

- Diario *La Prensa*, Buenos Aires, años 1878 y 1879.
- Diario *La Patria*, Dolores, años 1878 y 1879. (Gentileza del señor Moncaut. Colección particular).
- Le Courrier de La Plata*, años 1877 y 1879. (Gentileza del Dr. Rojas Lagarde).
- El Expedicionario*, 11/8/1911. (Gentileza del Dr. Rojas Lagarde).

6. CARTOGRAMA DEL ESCENARIO DE LOS ACONTECIMIENTOS

